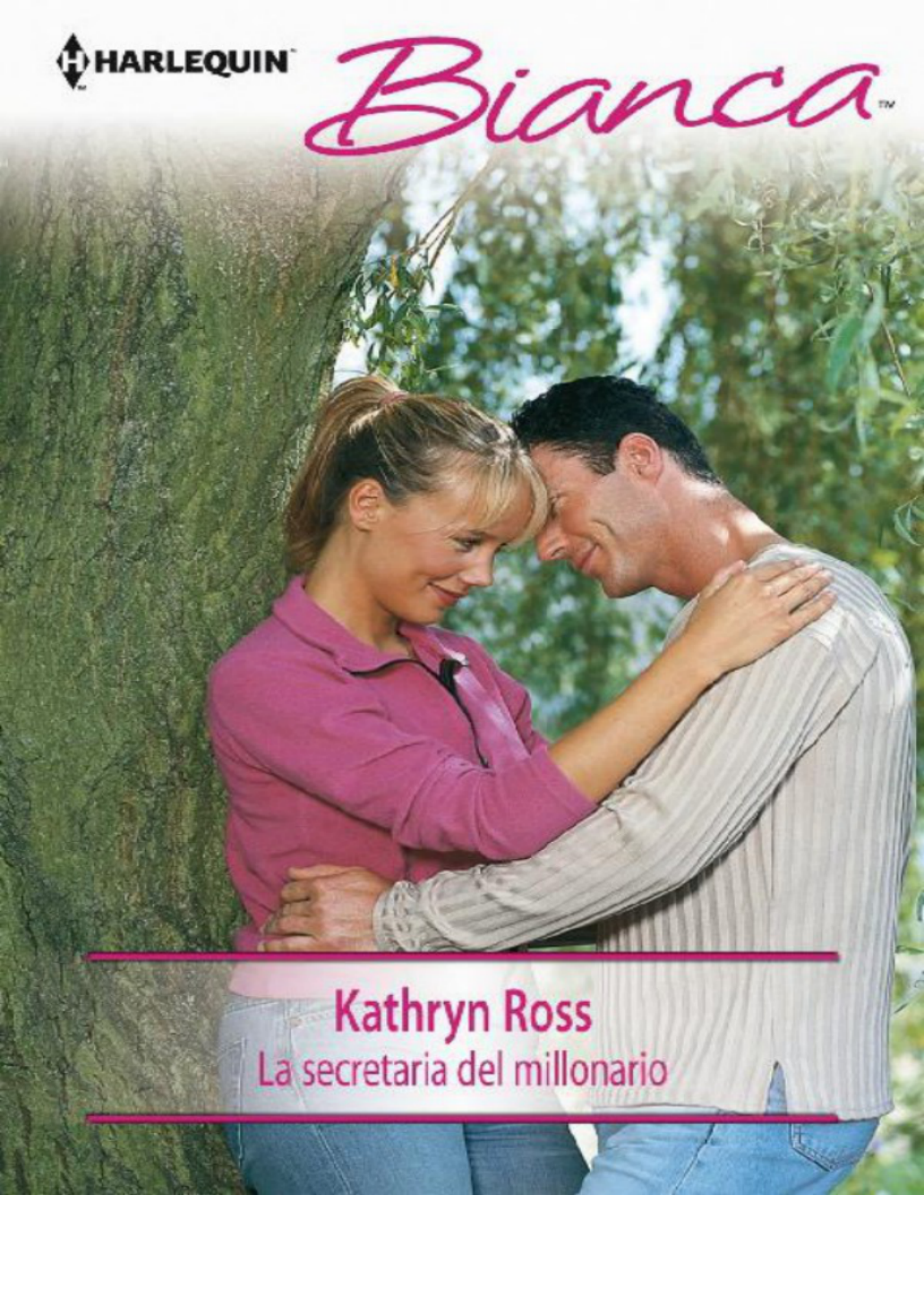
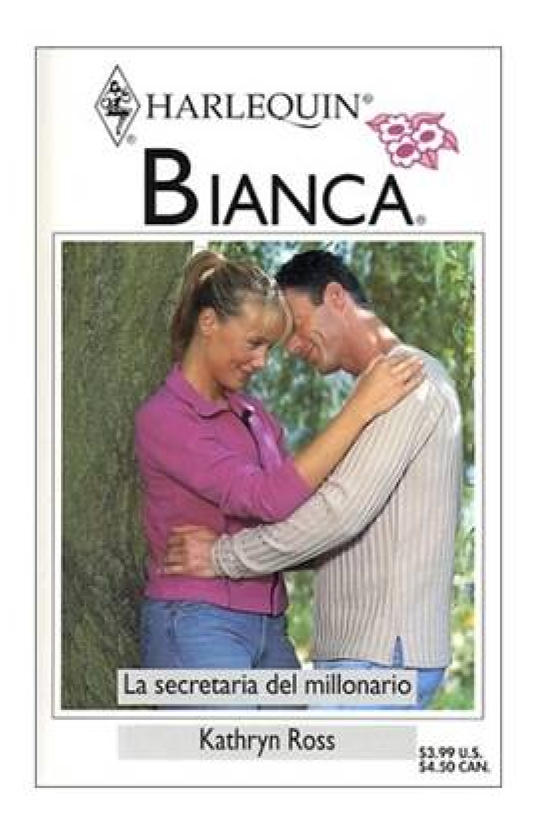

HARLEQUIN
Bianca
Kathryn Ross
La secretaria del millonario

Kathryn Ross.

LA SECRETARIA DEL MILLONARIO



LA SECRETARIA DEL MILLONARIO,
Título original: The Millionaire's Agenda
Editorial: Harlequin Ibérica
Colección: Bianca N° 1361 — 6.11.02
Género: Contemporáneo

Protagonistas: Steven Cavendish y Chloe Brown

Argumento:

Steven Cavendish era un hombre que se había hecho millonario gracias a su propio esfuerzo y que tenía una relación puramente profesional con Chloe Brown, su eficiente secretaria. Hasta que una noche olvidaron el trabajo al calor de la pasión…

No obstante, después de aquello, Chloe seguía oponiendo una fuerte resistencia ante cualquier tipo de compromiso sentimental; así que Steven decidió que, si quería que ella siguiera a su lado… y en su cama, tendría que recurrir a la responsabilidad que Chloe sentía por su trabajo. Si la única manera que tenía de no perderla era mediante un trato de negocios, eso sería lo que haría… Pero de un modo u otro iba a conseguir que se convirtiera en su esposa.

Capítulo 1

CHLOE levantó la vista del teclado y miró el calendario. ¡Solo faltaban tres semanas para la boda de su hermana! Cada vez que pensaba que tenía que ir sola, le entraba un pánico terrible; lo que, por otra parte, la hacía enfadarse consigo misma. No era para tanto. «Hoy en día muchas mujeres van solas a cualquier evento social», se dijo con firmeza. Así que no iba a agobiarse por ello.

Volvió a fijarse en la última de las cartas que tenía sobre la mesa y después miró la hora. Eran las cuatro y media, casi la hora de irse a casa. Por lo general, un viernes a esa hora de la tarde solía estar contenta, ya que empezaba el fin de semana y con él quedaban a un lado la rutina y el trabajo. Pero eso era cuando salía con Nile.

Sin embargo, su relación había terminado. Nile era cosa del pasado. A sus veintinueve años, se encontraba de nuevo sola. Había desperdiciado dos años enteros con un hombre que, de la noche a la mañana, había dejado de ser su Príncipe Azul para convertirse en Quasimodo. ¿Cómo había sido tan estúpida?, se preguntó una vez más.

La impresora empezó a sacar las cartas y ella las repasó mientras trataba de dejar de pensar en Nile Flynn. Pero no era tan fácil, en especial cuando su situación económica era un completo desastre por culpa de él.

La puerta que conectaba con el despacho de al lado se abrió y se oyó la voz de Steven Cavendish.

—Chloe, ¿has llamado a Manchester para decirles que iré mañana?

—Sí, Steven, he llamado.

—¿Y qué ha pasado con el señor Steel… arreglaste el problema con el restaurante Waterside?

—Sí, está todo solucionado.

Chloe se levantó y se alisó el elegante conjunto oscuro que llevaba puesto, preparándose mentalmente para hablar con Steven

Cavendish. Necesitaba pedirle un aumento de sueldo y había estado esperando toda aquella semana el momento adecuado. Pero, por desgracia, aquellos días era imposible hablar con su jefe.

Llevaba varios meses de negociaciones para quedarse con una cadena de restaurantes y la tensión hacía que estuviera bastante nervioso y refunfuñón. Algo extraño en él. Pero ya no podía esperar más, se dijo con firmeza. No sabía si era el momento adecuado, pero iba a pedírselo esa misma tarde, antes de marcharse.

La muchacha tomó su agenda de la mesa, recogió las cartas que él tenía que firmarle y, con paso decidido, entró en el reino de Cavendish.

Al entrar se quedó muy sorprendida, ya que su jefe, en vez de estar trabajando tras el escritorio, se había situado delante de la ventana, contemplando el perfil que formaban los edificios de Londres.

—El pronóstico del tiempo dice que va a nevar —comentó ella —. Quizá sería mejor que retrasara su viaje al norte.

—Sí, gracias, Chloe, pero no creo que un poco de nieve vaya afectar a mi vuelo.

—Es que han dicho que se prevén ventiscas.

—¿Sí? La verdad es que, como casi nunca aciertan, no me preocupan las previsiones del tiempo.

—Como quieras —Chloe dejó las cartas sobre el escritorio—. Tienes que firmarme estas… Oh, John Hunt me dijo que lo llamaras antes de las seis.

Steven no apartó la vista de la ventana.

Ella se dio cuenta de que se había quitado la chaqueta. La había dejado sobre su silla.

Los ojos de Chloe se clavaron sobre sus hombros anchos y bien formados. Para pasar tanto tiempo sentado, era un hombre con un cuerpo impresionante. Bastante fuerte y muy viril.

La primera vez que lo había visto, cuando había ido allí dos años antes a hacer la entrevista, se había quedado bastante impresionada con él. Su pelo negro y aquellos ojos oscuros, que parecían llegarle hasta el corazón, también la inquietaron bastante. Además, tenía la seguridad de una persona satisfecha consigo misma y consciente de su poderosa sensualidad. Por otro lado, era muy trabajador. Lo que había hecho que la relación laboral que mantenían fuera bastante buena.

A Chloe le encantaba el modo directo con el que se enfrentaba a

cualquier asunto. Disfrutaba del riesgo que suponía trabajar para él, quizá porque ella era también bastante perfeccionista. Después de la primera semana de estar allí, comenzó a relajarse ante él. Además, estaba en ese momento con Nile. De todos modos, tampoco había tenido tiempo para ese tipo de cosas. Desde el primer día, había tenido que concentrarse en su trabajo. Pero, en cualquier caso, ella pensaba que formaban un equipo estupendo.

Apartó los ojos de Steven y abrió la agenda.

—Renaldo llamó para decir que llegará tarde, como a las cinco y media.

—Estupendo… otro día que saldré de aquí a las tantas —comentó Steven en un tono seco.

—Oh. Y también pedí que el miércoles te enviaran a casa un ramo de rosas rojas, como me dijiste.

—Gracias.

Ella pensó que él las llevaría después en persona. Luego se preguntó, por un segundo, cómo iría la relación de él con Helen, su elegante novia. En aquellos dos años que llevaba allí, había pedido ramos de flores para muchas mujeres. Pero según había oído, desde la muerte de su esposa tres años antes, ninguna mujer le había durado tanto como Helen Smyth—Jones.

Chloe comenzó a dar golpecitos con el lápiz sobre la agenda. Después de dos años, conocía bastante bien a su jefe y normalmente sabía lo que iba a hacer o decir en cada ocasión.

Sabía que en ese momento, por ejemplo, no debía dejarse engañar por su actitud silenciosa y su mirada reflexiva. Cuando Steven Cavendish se quedaba en silencio, era cuando más peligro había. Solía significar que su cabeza, que iba encaneciendo rápidamente, estaba maquinando algo y podía estallar con un comentario totalmente inesperado y tremendo.

Comenzó a hojear las páginas de la agenda mientras esperaba. Cuando Steven estaba así, era mejor adoptar una actitud relajada. Tratar de insistirle en que firmara las cartas o hablarle del aumento de sueldo sería un tremendo error.

—La próxima semana será el cumpleaños de Beth, ¿verdad? —comentó Chloe.

Tan solo era una observación. Chloe se pasaba el tiempo recordando a Steven citas y asuntos de trabajo, pero no tenía que recordarle nada sobre su hija de seis años. Beth era para él la única persona que tenía prioridad sobre el trabajo.

—Así es. Te acuerdas de todo, ¿verdad?

Él se dio la vuelta y la miró con fijeza. Sus ojos oscuros se posaron en las gafas de Chloe y luego en el modo en que se recogía el cabello hacia atrás. Ella estaba acostumbrada a que la mirara así, como si estuviera pensando en otra cosa.

—Sí… es que lo anoto todo. Además, es mi trabajo recordarte las cosas.

—Bien, no podemos quedarnos todo el día hablando, será mejor que firme esas cartas.

Chloe sonrió para sí misma. Tenía razón. Steven estaba pensando en otra cosa y, como siempre, era en el trabajo.

—¿Le preguntaste a John Hunt para qué quería hablar conmigo?

—Sí, quiere comentar algunos problemas que han surgido en el restaurante Cuisine Cavendish —respondió ella—. Quiere decirte que puede que el jefe de cocina sea un genio, pero que él opina que está loco.

Steven refunfuñó algo y se sentó en su silla, detrás del escritorio.

—John es el maldito encargado, así que le pago para que sea él quien se ocupe de esos problemas. Mándale un e—mail y le dices que lo solucione como quiera.

Steven Cavendish no toleraba que nadie delegara en él sus problemas. Chloe se daba cuenta de que John no tenía posibilidades de quedarse mucho tiempo en la empresa si no comenzaba a demostrar ser una persona con iniciativa. El jefe no tenía fama de ser precisamente compasivo cuando llegaba el momento de echar a alguien. De hecho, ella pensaba a veces que Steven era bastante cruel. Pero, claro, nadie consigue por sí solo llegar a ser millonario a los treinta y ocho años sin ser duro y ambicioso.

Cuando Steven terminó de firmar la última carta, se las entregó a Chloe.

—¿Está todo preparado para la reunión de la semana que viene?

—Sí, he pedido algunos refrescos del restaurante Galley. También algunos sándwiches y varios tipos de tarta.

—¿No las has hecho tú misma? —él alzó la vista con un brillo de humor en los ojos.

—Si me das el lunes por la mañana libre, veré qué puedo hacer —replicó ella.

Él soltó una carcajada.

—*Touché.* Lo siento, Chloe, no lo he dicho con mala intención. Es solo que nunca dejas de asombrarme. Siempre estás en todo, nunca se te escapa nada.

Esa era su oportunidad para pedirle un aumento de sueldo y la iba a aprovechar.

—Me alegro de que estés satisfecho con mi trabajo, Steven. Y si tienes unos segundos, me gustaría comentarte algo.

—Adelante —él dejó su pluma y le hizo un gesto para que se sentara en la silla que había frente a él—. ¿Cuál es el problema?

—No hay ningún problema —dijo ella con una sonrisa, tratando de no acordarse de las facturas que tenía sobre la mesa de su habitación y que tenía que pagar cuanto antes.

—Bien. Ha sido una época un poco dura, ¿verdad? Ha sido una pena que tengas que estar con los preparativos de la boda —mientras hablaba, Steven buscaba algo entre los papeles que tenía encima de la mesa—. ¿Cómo va eso? ¿Os queda poco para terminar de pagar la nueva casa?

—Hemos pagado un depósito…

Chloe se puso nerviosa. No la sorprendía que Steven no se hubiera dado cuenta de que ya no llevaba el anillo de prometida. Quizá debería haberle dicho ya que su relación con Nile había terminado y que no iban a comprarse la casa. Pero solo hablaban de cosas personales de manera muy superficial y en momentos poco adecuados.

Por otra parte, no podía contarle que su prometido había huido, dejándola con un montón de facturas de una boda que nunca tendría lugar, además de haberla dejado sin un céntimo en el banco. Lo único que a Steven le importaba de ella era el trabajo que hacía allí y a ella le parecía bien.

En ese momento, sin ir más lejos, le había hecho una pregunta, pero no parecía interesado en la respuesta de ella. Parecía más interesado en lo que estaba buscando por la mesa.

—¿Qué buscas?

—Las notas de la última reunión con Renaldo —respondió él—.

¿Las has visto?

—Están en la carpeta azul que tienes ahí debajo.

—Gracias, Chloe —dijo él, esbozando una sonrisa—. ¿Dónde estábamos?

—Bien, yo…

Entonces, sonó el teléfono y Steven contestó después de disculparse con la mirada.

—Aquí Steven Cavendish.

Chloe trató de relajarse en su asiento. Allí siempre sucedía lo mismo. No había tiempo ni para respirar, así que mucho menos para hablar.

Se preguntó por qué estaba tan nerviosa.

Lo peor que le podía suceder era que él le negara el aumento de sueldo y, si así era, le quedaba otra alternativa. La empresa con la que había trabajado dos años antes la había llamado hacía pocos días y le había pedido que volviera, ofreciéndole un aumento de un diez por ciento sobre el salario que Steven Cavendish le estuviera pagando.

Pero ella no quería volver allí. Le gustaba trabajar para Cavendish. Notaba que estaba aprendiendo mucho y el salario también era bueno. Si no fuera por la situación en la que se encontraba, estaría satisfecha.

Miró el rostro de Steven.

—Necesito un poco más de información para contestar a eso —decía—. De acuerdo, consigue los datos y yo miraré el informe. Vuelve a llamarme.

—¿Quién era? —preguntó Chloe de forma automática cuando él colgó.

—Nada… del departamento de contabilidad. Quieren los datos de uno de los restaurantes de Renaldo en París.

—Querrán la lista que imprimí ayer. Está en mi mesa.

—Bueno, ya me la darás luego —Steven se echó hacia atrás en su silla y miró la hora—. De todos modos, Renaldo no vendrá hasta las cinco y media.

—Sí. Así que, como te iba diciendo, Steven…

Sonó de nuevo el teléfono.

«Quizá debería enviarle una carta», pensó Chloe, «o volver a mi despacho y llamarlo por teléfono». Parecía el único modo de conseguir hablar un minuto entero con él.

Se quedó mirándolo, pensando en que quizá era de nuevo el

departamento de contabilidad y comenzó a ponerse nerviosa. ¿Quizá debería despedirse y aceptar la oferta de la otra compañía? Por lo menos, en Brittas podía hablar de vez en cuando con el jefe.

Entonces vio que Steven se ponía totalmente pálido.

—Gina, tranquilízate —ordenó con tono autoritario—. No entiendo lo que me dices. Es Beth, ¿no?

Chloe se olvidó por completo de sus problemas y se dio cuenta de que algo grave había sucedido.

—De acuerdo —dijo él, mirando su reloj—. Voy directo a casa.

Steven colgó el teléfono con brusquedad, se levantó y se puso la chaqueta.

—Lo siento, Chloe, pero sea lo que sea lo que quieras decirme, tendrá que esperar. He de irme a casa. Era Gina, la chica que cuida a Beth.

—¿Le ha pasado algo a la niña?

—No… es al padre de Gina. Lo han llevado al hospital y ella tiene que marcharse.

—Pero tienes la cita con Renaldo —dijo Chloe, asombrada—. Dijo que era muy urgente.

—Tendrás que disculparme. No sé de nadie que pueda cuidar de Beth. Mi madre está de vacaciones y…

—Puedo ir yo —sugirió sin pensarlo.

Steven, que estaba sacando de un cajón las llaves de su coche, se detuvo y la miró asombrado.

—¿Tú?

—Soy perfectamente capaz de cuidar de una niña de cinco años —replicó enfadada—, y la reunión con Renaldo es importante. Quizá sea la oportunidad que has estado esperando para quedarte con la cadena de restaurantes.

Steven entornó los ojos, pensativo. Como siempre, el tono franco y seguro de ella, así como sus gafas de tímida bibliotecaria, hicieron desaparecer cualquier duda que pudiera tener.

—Me parece la solución más lógica, ¿no te parece? —insistió al ver que él no contestaba de inmediato.

—Sí, me imagino que sí. ¿Has venido en coche?

—Sí, lo tengo abajo.

Steven volvió a dejar sus llaves en el cajón.

—Gracias, Chloe, te lo agradezco muchísimo. Intentaré no llegar muy tarde; así podrás disfrutar de parte del viernes.

—De todas maneras, no iba a hacer nada —aseguró ella,

levantándose.

Steven la observó recoger sus cosas con rapidez y marcharse. Luego se echó hacia atrás.

La llamada lo había dejado alterado. En los primeros segundos, cuando no entendía lo que Gina quería decirle, había pensado que a Beth le había sucedido algo. Y, de inmediato, le llegó el recuerdo de otra llamada, en la que lo habían informado de que su mujer había fallecido. Quizá se había puesto tan nervioso porque se acercaba el aniversario de la muerte de Stephanie y había estado pensando en ello aquella misma tarde. Ya habían pasado tres años desde aquel día. ¿Qué había pasado con aquellos años? ¿Qué había hecho durante ese tiempo? Se sentía como si hubiera estado vagando en una espesa niebla desde que su mujer murió.

De pronto, recordó la voz sensata y tranquila de su madre, diciéndole que tenía que encontrar otra esposa que hiciera de madre para Beth. Él le había contestado, en el mismo tono, que no necesitaba esposa. Pero había momentos, como aquel, en que se preguntaba si su madre tenía razón. Era difícil ser padre soltero y llevar un negocio adelante a la vez. Y él deseaba con toda su alma que Beth se criara sana y alegre.

Steven movió la cabeza, impaciente consigo mismo por preocuparse tanto. Al fin y al cabo, su hija se estaba criando en un entorno seguro y sus vidas fluían con suavidad. Gina era estupenda con Beth y también podía contar con la eficaz Chloe que se había ofrecido a ayudarlo ese día.

Por otra parte, si alguna vez llegaba a decidir volver a casarse, tenía a Helen.

La idea le llegó desde lo más profundo de su mente, donde llevaba un tiempo cociéndose. Era consciente de que la relación de ellos había llegado a un cruce de caminos. Ella quería continuar y él vacilaba. No sabía por qué. Helen era guapa e inteligente y, aunque al principio se ponía nerviosa con Beth, era lo normal… ¿no? Ella no había estado casada ni tenía hijos. Era una mujer con una brillante carrera profesional.

Pero de todos modos, ya estaba mucho más tranquila con Beth… se dijo en un intento de convencerse… mucho más. Pero mientras se decía aquellas palabras a sí mismo, sabía en lo más profundo de

su corazón que la relación con Helen no era suficiente… para casarse.

El teléfono sonó de nuevo y lo descolgó de modo brusco. Era de nuevo el departamento de contabilidad. Recordando que Chloe le había asegurado que tenía en su mesa la información que le requerían, les pidió que esperaran y fue al despacho de ella.

Esbozó una sonrisa al ver lo ordenada y limpia que tenía su mesa. A un lado, había una lista con las citas del día, junto con notas específicas para poder darle la información adecuada antes de cada una de ellas.

Abrió el cajón de arriba, donde había un taco de folios en blanco. Lo iba a cerrar cuando se fijó en que había una carta. El logotipo era de una empresa que él conocía de oídas. Sin poder evitarlo, la tomó y la abrió.

Era del director con el que Chloe había trabajado antes de llegar a su empresa. La empezó a leer y, conforme llegaba al final, se iba poniendo cada vez más nervioso. Al parecer, la empresa en cuestión había progresado y querían contratarla de nuevo, ofreciéndole un aumento sobre el salario que él le pagaba. ¡Fuera el que fuera!

Steven se sentó y se quedó mirando a la carta. ¿Era eso de lo que ella le había querido hablar aquella tarde? ¿Se iba a marchar? Y al darse cuenta de lo mucho que la echaría de menos si se marchaba, se quedó atónito.

Chloe no podía irse. ¡Quedarse sin ella era algo impensable!

Capítulo 2

LAS NUBES estaban extrañamente bajas y parecía que un velo de color sepia envolvía Londres. Una neblina misteriosa flotaba sobre el Parlamento y el Támesis. En medio de aquel ambiente, se desenvolvía el usual caos de un viernes por la noche en el que las personas luchaban por volver a sus hogares.

Por lo general, Chloe estaría entre la riada de gente que se dirigía al metro. Su apartamento estaba relativamente céntrico y no se molestaba en llevarse el coche al trabajo. Aquel día, sin embargo, había preferido la soledad de su vehículo, pensó, encendiendo la radio para escuchar las noticias.

Después de lo que le pareció una eternidad, se dirigió hacia el sur. Se preguntó si Steven se cansaría alguna vez de aquel viaje que tenía que hacer todos los días dos veces.

Cuando llegó al pintoresco pueblo de Hemsworth y vio las casitas de tejados de paja y los jardines, recordó por qué él pensaba que merecería la pena el trayecto diario. Divisó la casa de su jefe justo cuando estaba empezando a nevar. La mansión de estilo georgiano estaba cubierta de hiedra. Era una imagen preciosa, con sus ventanas divididas por parteluces. Como ya estaba anocheciendo, una agradable luz se filtraba por dichas ventanas.

Detuvo el coche y corrió a la puerta, luchando contra el repentino viento que le metía la nieve en la boca y los ojos. Levantó la mano para llamar con la pesada aldaba que había en la puerta, de color rojo, pero esta se abrió antes de que terminara de hacerlo.

—Gracias a Dios que has llegado —exclamó Gina, ya con el abrigo puesto.

—He venido lo más rápidamente que he podido —dijo Chloe, entrando en la casa.

—Lo sé. Steven me telefoneó y me dijo lo que tardarías en llegar —dijo la muchacha con los ojos llorosos—. Gracias por venir, Chloe. Estoy muy preocupada por papá.

—Espero que esté bien.

Gina asintió y salió a la calle.

—Intenta llamar mañana a Steven para contarnos lo que ha pasado —le pidió Chloe cuando la chica ya corría hacia su coche.

Gina le hizo una señal con la mano, pero si dijo algo, se lo llevó el viento.

Chloe se dio la vuelta y vio a Beth en mitad del vestíbulo. Tenía el cabello revuelto como si hubiera estado haciendo el pino. Llevaba un mono y un jersey rosa, y solo tenía puesto un zapato. El otro lo llevaba en la mano, como si hubiera estado intentando ponérselo. Chloe tuvo la sensación de que había querido irse con Gina.

—Hola, Beth —dijo ella, con un tono deliberadamente alegre—. Dios, ¡qué frío hace fuera! Me alegro de estar aquí contigo en esta casa tan calentita.

—¿Va a venir pronto papá? —preguntó la niña, mirándola con sus enormes ojos azules.

—Sí, papá va a venir muy pronto —aseguró, quitándose el abrigo—. Tiene una reunión y, mientras viene, te voy a cuidar yo.

Beth se quedó en silencio y Chloe se agachó para ponerse al nivel de la pequeña.

—¿Has cenado ya?

La niña negó con la cabeza.

—Gina iba a hacer salchichas y patatas fritas.

—Eso suena muy bien. ¿Lo preparo y cenamos las dos?

—Si quieres…

—Ven entonces. Llévame a la cocina.

Beth era una niña tranquila, pensó Chloe mientras iban por el pasillo. También podía ser que fuera tímida, se dijo. Ya que, aunque se habían visto en varias ocasiones en las que ella había tenido que ir a la casa por cuestiones de trabajo, la pequeña no la conocía bien.

Chloe no había estado nunca en la cocina de aquella casa. Era enorme. Con una gran mesa en uno de los extremos y tantos armarios, que se tardaban horas en encontrar una simple taza. Steven le había contado una vez que la casa había sido en el pasado una parroquia. Un sendero que atravesaba los jardines conducía a la pintoresca iglesia de St Mary. No era difícil imaginarse a la mujer del párroco allí, naciendo pastelillos para la fiesta del pueblo. La casa entera tenía un ambiente muy acogedor.

—Gina se puso a llorar antes de que llegaras —dijo Beth mientras ella buscaba en los armarios.

—Porque está preocupada por su papá.

Beth se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa.

—¿Va a morirse el papá de Gina? —preguntó de repente la niña.

Chloe la miró, sorprendida por el tono de voz.

Y entonces comprendió por qué la pequeña estaba tan silenciosa. No era por timidez, sino porque estaba preocupada.

—Está muy enfermo, pero cuando la gente se pone enferma, se le da una medicina y se pone otra vez bien.

—O se van al cielo, como mamá —contestó la pequeña, dando una patada a una de las patas de la mesa—. No quiero que mi papá se ponga malo y lo lleven al hospital.

Chloe se acercó a ella y se arrodilló.

—Tu papá está bien, Beth. Está en su despacho, trabajando mucho.

—¿No está en el hospital?

—No, tesoro, está bien. Alguna vez es un poco cascarrabias, pero tiene una salud de hierro.

Beth se echó a reír al oír la palabra cascarrabias.

Chloe se levantó y siguió preparando la cena.

—¿Sabes? Me recuerdas a una canción de cuna en la que sale una niña con un zapato puesto y otro quitado. ¿No se llama *Humpty Dumpty?*

Beth pensó en ello unos segundos y luego hizo un gesto negativo.

—¿No era la de los tres ratones ciegos?

La pequeña volvió a reír alegremente.

—Los ratones no llevan zapatos, tonta.

Era increíble que la risa de una niña fuera tan contagiosa, pensó Chloe, sonriendo.

Y solo después, cuando hubieron terminado de comer y estaba fregando los platos, se dio cuenta de que por primera vez en varias semanas, había estado varias horas sin pensar en Nile.

Steven cerró la puerta de la calle con una agradable sensación de alivio. « ¡Qué noche!», pensó mientras se sacudía la nieve del abrigo, antes de dejarlo en el perchero del vestíbulo.

—¿Hola?

Entró en el salón, esperando encontrarse allí a Chloe. Estaba

impaciente por hablar del asunto de su partida. Pero todas las luces estaban apagadas y la chimenea se había convertido en un reflejo rojo.

Así que fue a la planta de arriba.

La lámpara de la mesilla de noche de la habitación de Beth estaba encendida y arrojaba una luz rosada sobre la colcha y la niña, plácidamente dormida. Steven se acercó para taparla y darle un beso. En ese momento vio a Chloe, que estaba acurrucada en una silla a su lado. También dormía profundamente.

Se preguntó si sería porque la había hecho trabajar mucho últimamente. ¿Se estaba sintiendo culpable? Si la convencía para que se quedara, la trataría mejor, pensó.

Sus ojos se clavaron en ella. Así, dormida, tenía un aspecto frágil. Se había puesto las gafas sobre la cabeza y parecía una persona diferente por completo sin ellas. Observó la delicada forma de su cara. Sus pestañas oscuras eran de una espesura increíble largas y resaltaban contra la palidez de la piel. Su boca sonreía un poco. Estaba excepcionalmente guapa… ¿Por qué no se había dado cuenta antes de lo atractiva que era?

Sonrió al ver que tenía el libro de cuentos de Beth en la mano, a punto de caerse al suelo. Se acercó y tomó el libro. Entonces reparó en que no llevaba puesto su anillo de compromiso. ¿Desde cuándo no lo llevaría?

En ese momento se dio cuenta de que en las últimas semanas la había visto comportarse de manera distinta. Su habitual alegría y optimismo, que a él lo hacía muchas veces sonreír, habían desaparecido por completo.

—¿Chloe? —la llamó en voz baja, tocándole el brazo—. Chloe, despierta —añadió en un tono protector al verla tan joven y vulnerable.

La mujer abrió los ojos: dos enormes zafiros azules que lo miraron muy abiertos. Por un momento, él se sintió tan desorientado como ella. Tenía unos ojos preciosos… ¿Por qué no se habría dado cuenta antes?

—¿Nile? —susurró ella, adormilada.

—No, Steven. Estás en mi casa, ¿recuerdas?

—Oh, sí —si en sus ojos asomó cierta decepción, las pestañas oscuras bajaron para ocultarlo—. Lo siento, no suelo quedarme dormida así. Habrá sido porque últimamente no he descansado muy bien.

Él observó cómo trataba de desperezarse. Se alisó la falda, se puso los zapatos y luego buscó a tientas las gafas sobre los brazos del sofá.

—¿Has visto mis gafas? —preguntó mirando a su alrededor.

Steven se las bajó desde la cabeza hasta su posición y sonrió al fijarse en el rubor que encendió sus mejillas.

—Lo siento… todavía no me he despertado bien.

—Deja de disculparte. Yo soy el que debería disculparme por venir tan tarde —se sentó en el borde de la cama y sus rodillas tocaron las de ella—. Muchas gracias por venir, Chloe.

—No te preocupes. No ha sido nada.

Ella pensó que, o eran imaginaciones suyas, o Steven la miraba de una manera inhabitual en él. Sí, la estaba observando con especial intensidad. Y ella, que pensó que debía estar muy fea, trató de echarse el pelo hacia atrás y recogerse los mechones que le caían por la cara.

—¿Qué hora es?

Él echó un vistazo a su reloj de oro.

—Casi las diez.

Steven volvió a mirarla y ella sintió que se le encogía el estómago.

Quizá fuera por lo cerca que estaban, pero lo cierto era que Chloe sentía fuertemente la presencia de él.

Él sonrió.

—Vamos abajo a tomar algo.

—No, será mejor que me vaya —dijo, levantándose—. Tengo muchas cosas que hacer en casa y también quiero ducharme.

—Chloe, no puedes ir a ningún sitio. Hace una noche diabólica y las carreteras están intransitables. He tardado horas en llegar. Te puedes quedar en la habitación de los invitados.

—No creo que sea para tanto, ¿no?

Al decirlo, se fue hacia la ventana. La nieve caía tan pesadamente, que casi había borrado la calle bajo un manto blanco.

—Un desastre, ¿no? Nunca pensarías que estamos en abril —dijo Steven.

—Es verdad —Chloe cerró las cortinas y se volvió hacia él, que la miraba de una manera a la que ella no estaba acostumbrada.

—Chloe, no estás pensando en dejar la empresa, ¿verdad?

—¿Por qué me preguntas eso? —preguntó, sorprendida.

—Estaba buscando la lista que me dijiste del departamento de

contabilidad cuando encontré una carta de Brittas en uno de los cajones de tu mesa.

—Entiendo —sintió que se ponía colorada—. Te iba a hablar de eso esta tarde…

—Entonces, ¿es verdad? Escucha, sea lo que sea lo que Brittas te ofrezca, yo te pagaré más —le aseguró con firmeza.

—Bueno, la verdad es que no iba a decirte que me marchaba, te iba a pedir que me subieras el sueldo —contestó ella, muy seria.

—¿De verdad? —contestó él, pasándose la mano por el pelo—. Gracias a Dios. Me has dado un buen susto.

—¿Sí? —preguntó, conmovida por la sinceridad con la que lo había dicho él. Luego sonrió—. Un susto lo suficientemente grande como para que me aumentes el sueldo, ¿verdad?

Él soltó una carcajada.

—Sí, Chloe… suficiente para eso. El lunes por la mañana lo arreglaré todo.

—Gracias —dijo ella, esbozando una sonrisa—. Cuando esta tarde intentaba hablarte de ello, no pensé que terminaríamos la conversación en el dormitorio de Beth.

—No… ha sido un día un poco raro.

—¿Cómo te fue con Renaldo?

—Digamos que… Renaldo es un hueso duro de roer.

—¿Te mencionó la reunión con el banco de la semana anterior?

—Sí, la mencionó…

Chloe no conseguía recogerse el pelo con las horquillas, así que se lo dejó suelto.

—Me imagino que no te comentaría nada de las cuentas extras, ¿no?

Steven se distrajo por el modo en que su suave cabello le caía sobre los hombros. Notó los diferentes matices de rubio, que le daban un aspecto vibrante.

—¿Steven?

—¿Qué?

—¿Te habló de las cuentas extras?

—Sí…

Él la miró distraído. Le resultaba increíble lo guapa que estaba con el cabello suelto. Al darse cuenta de que ella estaba esperando su respuesta, movió la cabeza.

—Lo siento, Chloe, estoy muy cansado. Creo que mi cerebro está bloqueado.

—No me extraña. Has estado en el despacho desde las ocho de la mañana.

—Es verdad. Pero bueno, tengo esperanzas de que en dos semanas todo se haya acabado.

Chloe asintió. Observó cómo se aflojaba la corbata y luego se pasaba la mano por la nuca.

—¿Quieres que te prepare un sándwich mientras te das una ducha? —preguntó sin pensar.

Steven pareció que iba a declinar su oferta, pero entonces se encogió de hombros.

—Gracias, Chloe, reconozco que estoy en deuda contigo.

—Ten cuidado con lo que dices o te pediré otro aumento —replicó ella, con una abierta sonrisa y un brillo travieso en los ojos.

Él observó cómo se acercaba a Beth. Chloe le apartó el pelo de la cara y finalmente le dio un beso en la frente.

El gesto fue tan natural y tierno, que sorprendió a Steven. No habría sabido explicar por qué. Pero hubo algo especial en aquella imagen, la niña dormida y la mujer que se inclinaba sobre ella, que lo conmovió profundamente. Quizá era el cabello largo y rubio de Chloe, que le ocultaba la cara… El pelo de Stephanie también había sido rubio y largo, como el de ella.

—¿Ha sido buena? —preguntó, casi bruscamente para apartar de sí la emoción.

Sin duda se debía a que estaba muy cansado, se dijo para convencerse.

—Sí, ha sido muy buena —afirmó, incorporándose y volviéndose hacia él—. Tienes mucha suerte, es una niña encantadora.

—Bueno… yo también lo creo. Pero soy su padre —los ojos se le clavaron en el libro infantil—. ¿Cuántas veces te lo ha hecho leer?

—Solo cuatro —respondió Chloe, echándose a reír.

—Veo que tienes mucho tacto —dijo él, sonriendo.

Ella también sonrió.

Steven pensó que tenía una sonrisa maravillosa, unos dientes de perfecta blancura y unos labios muy sensuales.

Chloe se fijó en que él se quedó mirándole los labios un instante… demasiado largo. Su mirada fue tan intensa, que la hizo estremecerse. Luego se miraron a los ojos y ella sintió un escalofrío de sensualidad que le recorrió todo el cuerpo.

Mientras él apagaba la lámpara de la mesilla, se volvió y se alejó hacia el pasillo. Lo que había sentido estaba en su imaginación,

pensó enfadada. Seguro que él solo la había mirado con una superficial atención. De hecho, aunque era muy educado y respetuoso, tenía la sensación de que la veía como un mueble más del despacho, antes que como una mujer.

Steven salió detrás de ella.

—Ahora que estamos aquí, te enseñaré tu habitación —comentó con amabilidad, conduciéndola hacia el final del pasillo, donde abrió una puerta.

Chloe miró a su alrededor, fijándose en el color violeta de las paredes y en la cama doble.

—Gina la utiliza cuando yo tengo que salir fuera. Hay un cuarto de baño incorporado a ese lado —dijo, señalando una puerta—. Ponte cómoda. Date una ducha si quieres… eso es lo que voy a hacer yo ahora mismo.

—De acuerdo, gracias.

Le sonrió y volvió a sentir la misma extraña sensación. ¿Qué demonios le pasaba? Quizá era por la extraña situación, se dijo. Estaba acostumbrada a verlo en el despacho, donde hablaban solo de trabajo. Verlo en un entorno tan diferente la ponía nerviosa, la intimidaba un poco. Quizá fuera lo que había pasado en el dormitorio de Beth.

—No tardaré mucho.

Mientras Steven se dirigía a su habitación, Chloe fue a la planta de abajo. No tenía ningún sentido ducharse cuando no podía cambiarse de ropa, se dijo.

Preparó una tetera y unos sándwiches de jamón. Luego, mientras esperaba que el té se hiciera, echó un vistazo a la colección de compactos que Steven tenía en el salón. Tenía un gusto similar al suyo, se dijo; y sin pensarlo, puso uno.

Arriba, en su habitación, él oyó el sonido distante de una melodía romántica y frunció el ceño. La canción que sonaba había sido la favorita de su mujer. Recordaba que cuando se acababan de casar, él solía gastarle bromas y decirle que siempre ponía lo mismo…

Vio sus ojos verdes sonrientes…

Se quitó la chaqueta del traje y la corbata, tratando de ignorar la sensación que le recorría la espalda. Chloe no se parecía en nada a su esposa. Lo que pasaba era que él estaba muy cansado y se acordaba de Stephanie porque iba a ser el aniversario de su muerte… eso era todo.

Chloe, sin cambiar la canción, pulsó de nuevo el *play* y la canción volvió a sonar. Llevaba mucho tiempo sin escucharla y era una de sus favoritas. Miró hacia la nieve que caía por la ventana de la cocina. Caían copos tan grandes, que la noche parecía blanca.

Se preguntó dónde estaba Nile. Por lo menos podía haberla llamado para explicarle lo del dinero, para disculparse. ¿No le debía eso por lo menos?

La música cesó y, al darse la vuelta, vio que él estaba allí, al lado del equipo de música.

—Lo siento, Steven… ¿he despertado a Beth?

—No, Beth puede dormir aunque haya un terremoto —contestó —. Pero es que me duele un poco la cabeza —añadió, después de una breve pausa.

—Será por el trabajo —contestó Chloe, disponiéndose a servirle el té.

—Creo que me tomaría algo un poco más fuerte que un té —dijo Steven, abriendo uno de los armarios—. Por aquí tengo una botella de *whisky*.

Ella estuvo a punto de decirle que, si tenía dolor de cabeza, el *whisky* no sería lo mejor para remediárselo. Pero se lo pensó mejor y decidió que Steven no necesitaba sus consejos.

Se fijó en que se había puesto unos vaqueros y una camisa azul. Llevaba el pelo todavía mojado por la ducha. Chloe nunca lo había visto así de informal. Le quedaba bien, lo hacía parecer más joven y atractivo.

—¿Te apetece a ti también uno? —preguntó Steven, dándose la vuelta, sin soltar la puerta del armario.

Ella hizo un gesto negativo.

—No, yo prefiero el té. No me gusta mucho el *whisky*.

—¿No tienes ningún vicio?

—Yo no diría tanto —contestó ella, preguntándose si Steven Cavendish pensaría que era una chica aburrida. La idea la disgustó —. De hecho, tengo demasiados.

Él arqueó las cejas.

—Dime uno de ellos —pidió él, esbozando una sonrisa.

—Podría decirte montones, pero como eres mi jefe, no creo que sea una buena idea.

Él la miró divertido.

—O sea, que conmigo muestras lo mejor de ti, ¿no?

—Eso es.

Steven sonrió y se volvió hacia el armario.

—¿Y una copa de vino? —sugirió, sacando una botella y mostrándosela—. Vamos, dame una pista, ¿me acerco a uno de tus puntos débiles?

Chloe soltó una carcajada ante la pregunta y luego asintió.

—De acuerdo, una copa de vino sí.

—Estupendo, odio beber solo —Steven colocó las bebidas y los sándwiches en una bandeja—. Vamos al salón y relajémonos.

El salón estaba a oscuras. Ella encendió una de las lámparas y Steven puso la bandeja sobre la mesa, antes de ir a la chimenea y atizar el fuego.

Chloe se sentó en uno de los cómodos sillones y observó a Steven. A los pocos minutos, las llamas comenzaron a crepitar en medio del silencio de la estancia.

—No hay nada como un buen fuego —susurró Chloe.

—Es romántico, ¿verdad? —contestó él—. Durante el día tenemos que poner la pantalla por Beth, pero por la noche, cuando está en la cama, es bonito sentarse a contemplar las llamas.

Ella pensó que había usado el plural refiriéndose a Helen.

Steven se sentó en el suelo y abrió la botella de vino. Luego, la puso cerca del fuego para que se calentara un poco.

—Si sigue nevando así, no podré ir mañana a Manchester.

—Creí que habías dicho que un poco de nieve no podría afectar a tu vuelo —recordó ella.

Steven levantó la vista y sonrió.

—Pues supongo que estaba equivocado.

—¡Dios mío, Steven Cavendish admitiendo que se ha equivocado! ¿Te ha pasado algo?

—No seas tan sarcástica, señorita Brown. ¿Tengo que recordarte

que conmigo se supone que tienes que mostrar tu lado más amable?

—Lo siento, no sé qué me ha pasado —al decirlo, se sentó con más comodidad en el sillón—. Debe ser que se acerca la hora de las brujas o algo parecido.

Steven sonrió y sirvió el vino.

—Te voy a decir una cosa. Me alegro de que se acerque la hora de las brujas. He trabajado tanto tiempo en estas últimas semanas, que podría jubilarme ya.

—Ha habido mucho trabajo, sí —admitió Chloe.

Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesilla baja que tenía al lado.

—Entonces, bebamos por el viernes —sugirió Steven, alcanzándole su copa—. Y por mi maravillosa ayudante, por supuesto, sin la cual la empresa se desintegraría en el caos.

Chloe esbozó una sonrisa y bebió un sorbo de vino. Era cálido y suave.

Se quedaron un rato en silencio y ella aprovechó para echar un vistazo al salón, admirando la elegancia con la que estaba decorado.

Todas las habitaciones eran grandes en aquella casa. Quizá, porque habían sido construidas en una época donde el estilo y el espacio eran más importantes que otras consideraciones de tipo práctico, como el precio del terreno donde se iba a edificar. Miró con admiración las bonitas acuarelas que adornaban las paredes, la chimenea Luis XV con la orla de mármol que la rodeaba y el enorme espejo que llegaba hasta el techo.

—Tienes una casa preciosa —comentó sin mirarlo.

Él sonrió.

—Lo dices como si nunca hubieras estado aquí.

—Bueno, siempre han sido visitas muy rápidas, ¿no? Cuando teníamos tanto trabajo, solíamos venir a terminarlo aquí.

—Sí, creo que tienes razón —la miró pensativo—. A veces delego demasiado en ti. Te hago trabajar mucho, ¿verdad?

—Me imagino que como todos los jefes con sus ayudantes.

Steven decidió que no era del todo cierto. Al descubrir la posibilidad de que Chloe podía irse de la empresa, lo había hecho recapacitar sobre la relación que tenía con ella.

Observó el modo en que las llamas jugaban en su rostro. Su piel

tenía una calidad suave y clara. Parecía muy joven y, cuando levantó los ojos para mirarlo, lo hizo de una manera tan frágil, que lo intrigó. ¿Y qué habría pasado con su anillo de compromiso?

—Espero no haberte estropeado demasiado el fin de semana. ¿Qué planes tenías para hoy?

—Nada especial. A propósito, ¿encontraste la lista que te pidieron en el departamento de contabilidad?

Steven notó que ella había cambiado enseguida de tema. Era evidente que no quería hablar de cosas personales. Y si lo pensaba, se daba cuenta de que no era la primera vez que lo hacía.

Era una trabajadora maravillosa. Quizá la mejor ayudante que había tenido. Sabía que podía confiar en ella totalmente, pero, por otra parte, era la mujer más reservada que había conocido jamás.

Hacía dos años había tenido una ayudante que se había enamorado de él y, cada vez que le hablaba, se ponía colorada. Si alguien le hubiera preguntado en ese momento cuál era su ayudante ideal, habría dicho que alguien como Chloe. Una persona que hacía bien su trabajo sin mostrar ningún interés personal en él. Sin embargo, en esos momentos, cuando había encontrado a la persona perfecta para el puesto, deseaba poder hablar con ella de algo más que del trabajo.

—Sí, encontré la lista, gracias —dijo. Después dio un sorbo a su copa—. Pero no hablemos hoy de trabajo. Esta semana he acabado harto.

—Como lo que tenemos en común es el trabajo, si no hablamos de él, creo que vamos a estar mucho rato callados —comentó ella con una sonrisa forzada.

Porque, en realidad, la ponía nerviosa la sugerencia.

Steven notó el repentino color de sus mejillas y sospechó que la había inquietado con el comentario. Él no tenía intención de sobrepasar los límites de la relación que mantenían… Tenía muy claro, además, que no se debía mezclar el placer con el trabajo. Aunque sentía tanta curiosidad, que no le importaría sobrepasar aquellos límites por un breve espacio de tiempo. Sólo para saber lo que se escondía tras aquella fachada de mujer trabajadora y eficaz.

—Quizá tengamos otras cosas en común que no hemos descubierto.

—¿Como que a los dos nos gusten las casas antiguas y los buenos vinos?

—Eso es. ¿Lo ves? Ya tenemos dos cosas más en común.

Ella esbozó una sonrisa ante el tono un tanto irónico de él.

—Resulta un tanto extraño que estemos así de relajados —replicó ella—. No puedo evitar pensar que en cualquier momento sonará el teléfono o vendrá alguien de cualquier departamento para preguntarme algo.

—Nunca tenemos un minuto de descanso, ¿verdad? Hace cuatro años, cuando decidí que mi empresa cotizara en Bolsa, pensé con ingenuidad que tendría menos trabajo. Pero creo que estoy trabajando muchas más horas que cuando era el único propietario.

—Quizá sea el precio del éxito —comentó ella con una sonrisa.

—Quizá.

Chloe se preguntó lo que estaría pensando él mientras ella miraba cómo las llamas jugaban en su cara. Quizá estaba pensando en las negociaciones que tenía entre manos. Era curioso que, sin saber especialmente de cocina, hubiera tenido tanto éxito con sus restaurantes.

Desde sus humildes comienzos con un solo restaurante, había desarrollado un estilo especial e imaginativo, colocando al jefe de cocina adecuado y eligiendo el lugar idóneo. Aquel restaurante había sido un éxito desde el primer momento.

—Me imagino que no debería quejarme. Cuando murió Stephanie, me alegré de poder estar ocupado tantas horas. Eso me ayudaba a no pensar. De hecho, ha habido veces en las que me sentía mejor en el despacho que en mi casa.

—Debió ser una época muy dura.

—Mucho, la peor.

Steven se quedó mirando al fuego, en silencio, durante un buen rato.

—Una de las razones por las que compramos esta casa fue porque pensamos que era muy hogareña —añadió luego—. Tiene cinco habitaciones y nosotros planeábamos llenarlas todas. Stephanie procedía de una familia numerosa y yo también. A los dos nos gustaba y queríamos lo mismo…

—Lo siento, Steven.

El tono compasivo y cariñoso de ella lo hizo volver al presente.

—La vida continúa, Chloe. He aprendido a vivir con ello.

A pesar del tono pausado, ella sabía que no había superado la muerte de su esposa. Chloe había entrado en la empresa doce meses después de la tragedia y estaba acostumbrada a verlo serio y concentrado en su trabajo, incluso distante. Pero otras personas de

la empresa le habían asegurado que la muerte de Stephanie lo había cambiado por completo y lo había vuelto un hombre muy reservado.

Sentada allí al lado del fuego y de él, se daba cuenta de que estaba conociéndolo más esa noche, que en los dos años en los que llevaban trabajando juntos. Bajo la máscara que solía llevar, era un hombre amable. Un hombre amable que, además, resultaba guapo… pensó, estudiando su aristocrático perfil, las facciones bien delimitadas, la mandíbula cuadrada y la línea sensual de sus labios.

Steven se giró y la descubrió mirándolo.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él.

—En… lo horrible que debe ser perder a alguien que quieres.

—Sí, lo es.

Steven la observó unos segundos y pensó en que ella tenía razón. Era bastante extraño estar allí sentados, hablando relajados. Pero lo curioso era lo fácil que le resultaba hablar con ella. Su intención no había sido la de sincerarse de aquel modo. De hecho, no recordaba la última vez que había hablado a alguien de Stephanie.

Se acercó y le sirvió un poco más de vino.

—Bueno, no nos pongamos tristes. Es viernes por la noche, así que hay que celebrarlo.

Chloe entendió que no quería seguir hablando de su esposa y cambió de tema.

—Y si el tiempo no cambia, quizá no tengas que ir mañana a Manchester —dijo, levantando su copa.

—Aunque el tiempo mejorara, me costaría marcharme… porque no sé si Gina podrá venir a casa.

—Bueno, si por un milagro el tiempo mejora, me quedaré mañana a cuidar de Beth.

—Gracias, Chloe.

—No te preocupes, Beth y yo nos llevamos muy bien —contestó alegre—. No va a ser una tarea dura.

Steven sonrió.

—Eres muy amable, pero, ¿qué me dices de Nile? ¿No le va a importar? ¿Dónde está hoy?

—No lo sé —respondió, nerviosa—. Es probable que esté tomando algo con amigos —se dio cuenta de que él le miraba la

mano donde había desaparecido el anillo de prometida—. Nos separamos hace casi cuatro semanas —admitió al final.

—¿Por qué no me lo dijiste? No me has comentado nada.

—Me imagino que estoy intentando hacerme a la idea todavía. Además, nunca hablamos de nuestra vida privada, ¿no? Te confieso que me ha costado incluso hablar contigo de trabajo.

—Lo siento, Chloe, espero que la situación se aclare pronto.

Ella sonrió.

—Llevamos meses diciendo eso. La verdad es que no me importa tener que trabajar mucho… por lo menos, así se me pasan los días volando.

—Entonces tu ruptura con Nile ha sido repentina, ¿no? Llevabais bastante tiempo juntos, según creo.

—Sí, lo conocí justo antes de empezar a trabajar contigo, hace dos años. Pero quizá no estuviésemos hechos el uno para el otro. Esas cosas pasan —lo aseguró con una firmeza que no sentía.

Quería demostrar que ya estaba recuperada e incluso esbozó una sonrisa.

Steven no se dejó engañar. Al contrario, notó la palidez de su piel y el brillo húmedo en sus ojos.

—Es mejor haber descubierto ahora que no os lleváis bien, que después de casados.

—Sí… eso es lo que yo me digo. Pero llevábamos viviendo juntos más de un año… y pensaba que… bueno, que era el hombre de mi vida. Fuimos incluso al registro civil…

—Entonces, si no es una pregunta demasiado indiscreta… ¿qué pasó? ¿Otra mujer?

—Bueno, no exactamente… aunque ahora sí parece que hay otra.

Quizá ya entonces estuviera manteniendo una relación con ella y había utilizado su última pelea como disculpa para marcharse con todo su dinero, pensó con amargura.

—Bueno, pues es un idiota por dejarte. Un completo idiota.

El cumplido sorprendió a Chloe.

—Gracias —dijo, apartando la vista de él y sintiéndose de repente muy incómoda.

No podía creerse que estuviera hablando de aquella manera con su jefe. Era muy extraño.

—Conocerás a alguien, te enamorarás y agradecerás no haberte casado con Nile.

—No sabía que fueras tan romántico.
—Ni yo tampoco. Pero suena bien, ¿verdad?
Chloe pensó en ello durante unos momentos y luego negó con la cabeza.
—No sé mucho sobre…
—¿Por qué no?
Se encogió de hombros.
—Todo eso de que la tierra se mueva y te pase una corriente eléctrica cuando alguien te besa… es solo una manera de distraerse, ¿no te parece?
—¿Distraerse de qué?
—De la pregunta de si en verdad la persona con la que estás es la adecuada para pasar con ella el resto de tu vida.
—Eres muy joven para ser tan cínica.
—No creo que sea nada cínico. Creo que es sensatez.
Chloe miró al fuego y pensó en su relación con Nile. Ella había creído que todo marchaba bien… pensaba que tenían los mismos gustos. Y entonces, cuatro semanas antes, discutieron y ella descubrió que no solo no tenían los mismos gustos, sino que además eran por completo diferentes.
¡La había acusado de estar demasiado centrada en el trabajo! Eso había sido una estupidez… ella siempre le había dado importancia a su carrera profesional. Además, él no se había quejado de ello cuando había necesitado ayuda económica porque sus negocios iban mal. Ella fue la que sostuvo la mayor parte del peso de la relación durante casi un año. Y lo más curioso fue que, cuando él se estaba empezando a recuperar, se lo reprochó.
Nunca entendería a los hombres, pensó enfadada. A ella no le había importado ayudarlo, haber estado a su lado tanto en el plano emocional como económico. No le había importado tener ella el sueldo más alto. Pensaba tan solo que los dos trabajaban juntos con la idea de comprarse la nueva casa.
Y lo había amado. De acuerdo, no había habido fuegos artificiales entre ellos. Eso nunca. Había sido una sensación más relajada, más sólida. Pero a Chloe le gustaba que fuera así, que los dos tuvieran los pies sobre la tierra. Y había creído que Nile pensaba lo mismo.

La terrible discusión de hacía cuatro semanas había sido una sorpresa total. Había comenzado de manera inocente porque ella había regresado tarde del trabajo. Él le había reprochado que no le dedicaba tiempo suficiente, que se equivocaba en sus prioridades, que para ella era más importante el trabajo que él. Entonces, ella le había hecho un pequeño comentario sobre que necesitaba desarrollarse a nivel profesional y él se había puesto hecho una furia. Por algunos comentarios despectivos que hizo sobre su trabajo, Chloe se había dado cuenta de que Nile estaba resentido por haberlo mantenido durante una temporada.

Cuando ella le había sugerido que se sentaran y hablaran con tranquilidad, él había reaccionado de manera arrogante, desechando la idea y marchándose del apartamento.

Había sido una discusión tan ridícula, que ella había pensado que él reflexionaría sobre ello y volvería para discutir las cosas de manera razonable. Pero Nile no había vuelto. O, por lo menos, no mientras ella había estado. Cuando había vuelto del trabajo al día siguiente, se encontró con que él se había llevado todas sus cosas, sin dejar señal alguna de que habían estado compartiendo un año de sus vidas.

—Pensé que a Nile le gustaba que fuera independiente —comentó, girándose hacia Steven—, Pero resultó que no le gustaba.

Él se fijó en el aspecto frágil que presentaba Chloe. Nunca la había visto en tal estado, así que se sorprendió mucho. Ella era una persona que se controlaba siempre y que parecía muy fuerte.

La muchacha apartó la vista y Steven se quedó pensativo.

—De todos modos, supongo que lo cierto era que estaba quedando con alguien. Una de mis amigas lo vio con ella hace poco —miró fijamente a Steven—. ¡El amor! Creo que con el próximo hombre que conozca va a ser a lo que le dé menos importancia.

Steven entornó los ojos y la miró pensativo.

—¿Y qué cosas pondrías primero en la lista?

—El respeto mutuo, lo primero —cerró los ojos como si estuviera pensando en la pregunta—. Y que fuera alguien amable y atento.

Él no pudo evitar pensar si la pasión figuraría en su lista. Tenía la sensación de que, bajo aquel aspecto profesional y sensato, ella debía esconder una faceta de increíble apasionamiento. Bajó los ojos y observó su cuerpo.

Chloe, consciente de que él la estaba mirando con bastante

atención, se puso colorada y se preguntó por qué demonios le había contado todo aquello.

—Y ya basta de hablar de mí. ¿Dónde está hoy He—len? —preguntó.

—Ha estado trabajando en un caso importante toda la semana. Hoy han dado el veredicto y su cliente ha sido absuelto. Así que me imagino que lo está celebrando con todos los compañeros.

—Debe ser difícil hacer coincidir vuestras apretadas agendas.

—Sí, a veces es complicado —admitió él.

En aquel momento, el reloj del pasillo dio las dos.

—No sabía que era tan tarde —dijo Chloe, sorprendida.

—Yo tampoco —replicó Steven, sonriendo—. Para ser dos personas que no suelen hablar de su vida privada, creo que hemos recuperado parte del tiempo perdido.

—Sí.

—Y ha sido muy agradable.

Ella se tomó el vino que le quedaba y pensó que Steven tenía razón. Era un placer estar sentada a su lado hablando. Era una persona muy amable. La luz de la chimenea y los copos de nieve que caían silenciosos en el patio, daban a la escena un aire un poco romántico. El problema estaba en que ellos dos no eran las personas adecuadas. Él debería estar con Helen y ella con Nile, se dijo casi enfadada.

Se giró hacia él y lo miró relajada, fijándose en que resultaba extremadamente *sexy* vestido de manera informal. Se preguntó de repente lo que sentiría si enredara las manos en su cabello negro y espeso antes de besarlo. De inmediato, trató de pensar en otra cosa. ¡Era su jefe! El hombre que la ponía nerviosa con su intensa mirada mientras le daba órdenes. ¿Se estaba volviendo loca o qué?

Él la miró y esbozó una sonrisa. Fue una sonrisa tan cálida, tan atractiva, que la hizo sentirse aún más confusa. Steven Cavendish era un hombre impresionante, pensó, casi mareada. Pero si se enteraba de lo que acababa de pensar, seguro que se horrorizaría. —Es mejor que me vaya a la cama —dijo. —No hemos terminado la botella de vino —protestó él—. Quédate a tomar otra copa.

—Mejor que no —dijo, levantándose.

Steven también se levantó educadamente.

—Bien, buenas noches —dijo ella con una sonrisa en los labios.

—Buenas noches —al decirlo, sus ojos encontraron los de ella y luego se posaron en sus labios.

Chloe no se movió. Parecía como si algo la atara al suelo.

Steven extendió una mano y acarició un mechón de pelo que tenía sobre los ojos. Fue un gesto íntimo y el contacto de sus dedos la hizo sentir calor por dentro.

—Estás preciosa con el pelo suelto. Lo deberías llevar así más a menudo.

—Me estorba —respondió con el corazón latiéndole a toda velocidad.

—Eres una mujer muy práctica. En tu modo de vestir y también en la manera en que piensas sobre las relaciones personales —esbozó una sonrisa—. Apuesto a que tienes tu colección de compactos ordenada alfabéticamente, ¿a que sí?

—No, pero es una buena idea.

Su voz se apagó al darse cuenta de que él se estaba acercando y la iba a besar.

Ella podía haberse ido, pero no lo hizo. Le entró una especie de locura que la hizo inclinarse hacia delante, encontrarse con sus labios y responder a la suave presión de su boca.

Estar entre sus brazos fue una sensación increíble. Los labios de Steven la provocaban eróticamente al moverse sobre los de ella. Chloe notó que se apretaba contra ella y sintió cómo una oleada de excitación recorría su cuerpo. Quería estar más cerca de él. Deseaba que le acariciara por todas partes. Cuando sintió sus manos en la espalda, quiso más. Necesitaba sentirlas sobre su piel.

Entonces, rodeó el cuello de él con sus brazos y el beso se hizo más profundo. Steven exploraba su boca con una sabiduría que la estaba haciendo enloquecer. De repente, sintió las manos de él en la cintura y se dio cuenta de que le había sacado la blusa de la falda. La sensación de aquellas manos le produjo un hormigueo por todo el cuerpo.

Deseaba que él le desabrochara la blusa. Quería sentir sus manos sobre los senos, que tenía hinchados por el placer y la excitación.

Steven la besó en la cara y luego bajó por el cuello de un modo totalmente desconocido para ella.

Si continuaban así, sabía que acabarían haciendo el amor. Se acabaría entregando por completo a él y eso no estaría bien.

Ese pensamiento la hizo volver a la realidad en medio de aquella

tormenta de deseo.

Capítulo 3

SE APARTÓ de él completamente desorientada. Nadie la había besado así jamás. Nadie la había excitado tan rápida y salvajemente. Era increíble cómo había perdido el control de sí misma.

—Me imagino que no debería haber hecho eso —murmuró Steven con voz ronca.

—No ha sido muy sensato —admitió ella, que apenas podía respirar—. Tenemos que seguir trabajando juntos…

Los ojos de él miraron con fijeza la boca de ella, que, de repente, olvidó lo que estaba diciendo, incluso dónde estaba.

Con un esfuerzo supremo, trató de apartarse.

—Lo olvidaremos y le echaremos la culpa al vino y… —no podía pensar con claridad

Su corazón seguía palpitándole a toda velocidad y sentía un deseo tan fuerte, que casi la asustaba.

—Un momento de locura al final del día —dijo él, que, al contrario que ella, parecía tranquilo.

Chloe intentó calmarse.

—Sí, desde luego ha sido una locura, pero haremos como que no ha pasado nada.

Era un alivio el haber conseguido que su voz sonara tan fría. No podía permitir que él supiera lo mucho que aquel beso la había afectado… sobre todo porque para él había sido una cosa sin importancia.

Se dio la vuelta y trató de remeterse la blusa en la falda. Se encogió al recordar que había abrazado a Steven, animándolo con ello a que siguiera acariciándola. ¿Cómo había sido capaz de comportarse con aquella desvergüenza? Y con su jefe, además.

Tomó las gafas de la mesilla de café, se las puso y fue como si se volviera a esconder detrás de su máscara.

—¿Quieres que lleve estos platos a la cocina antes de irme a

dormir?

—No, ya lo haré yo después. Voy a quedarme aquí para terminarme el vino.

—De acuerdo, buenas noches entonces.

Hizo ademán de volverse hacia él, pero entonces recordó que todo había empezado cuando ella le había dicho buenas noches. Ojalá se hubiera ido sin decir nada.

Se daba cuenta de que él la estaba observando con atención, pero no podía soportar mirarlo a la cara. ¿Qué estaría pensando Steven? ¿Se habría simplemente divertido por lo que había pasado?

—Buenas noches, Chloe. Que duermas bien.

—Sí, estoy segura de que dormiré bien… estoy agotada. Seguro que me quedo dormida nada más poner la cabeza sobre la almohada.

Fue un alivio escaparse a su habitación. Se sentó en la cama un momento, tratando de calmar su respiración y ordenar las ideas.

¿Por qué Steven la había besado así?

«Un momento de locura», había dicho… Quizá tenía razón. Una cosa era segura: si quería mantener la buena relación que tenían en el trabajo, debería olvidarse de ello.

Se levantó y entró en el cuarto de baño para darse una ducha. Luego, como no tenía ningún camisón que ponerse, se deslizó desnuda entre las sábanas de Ja cama de matrimonio. Estaban frías y le sentaron bien a su piel excitada. Apagó la lamparilla de noche y luego se quedó tumbada, mirando a la oscuridad.

Recordó la pasión del beso de Steven. No había duda de que era un hombre muy sensual. No recordaba que Nile la hubiera excitado así en ningún momento, y menos aún con un simple beso. ¿Qué sentiría si le hiciera el amor? El recuerdo de aquellas manos moviéndose sobre su piel hizo que su cuerpo se pusiera tan caliente, que se alarmó.

Se dio la vuelta y hundió la cabeza en la almohada, ordenándose a sí misma dejar de pensar en ello. Solo estaba superando lo de Nile; su corazón estaba roto en mil pedazos y quizá por eso había sentido aquello cuando Steven la había besado. ¿Se estaría

vengando de Nile?

Y de todos modos, fueran cuales fueran sus sentimientos. Steven no sentía ningún interés por ella. Era imposible teniendo una novia tan guapa como Helen. Lo de esa noche había sido un simple escarceo. Estaba cansado, no había comido lo suficiente… incluso quizá se había olvidado momentáneamente de con quién estaba. Cuando faltaba poco para el amanecer, se quedó al fin dormida. Pero tuvo sueños agitados en los que mezclaba a Nile con Steven. Cuando abrió los ojos, no podía recordar dónde estaba. Acostumbrada al ruido del tráfico que se oía desde su apartamento, notó un extraño silencio.

Entonces, oyó unos pasos corriendo y las carcajadas de una niña. Recordó todo de golpe. Miró a ver qué hora era. ¡Casi las nueve y media!

Estaba a punto de apartar la colcha y levantarse de la cama, cuando la puerta se abrió de forma brusca y apareció Beth.

—Hola, Chloe.

La niña mostró una sonrisa traviesa, pero se quedó en la puerta como si dudara de si iba a ser bien recibida.

—Buenos días, Beth. ¿Cómo estás hoy? —preguntó Chloe, incorporándose y cubriéndose a la vez con la colcha.

Beth entró en la habitación y Chloe vio que estaba vestida y bien peinada.

—Ha parado de nevar y papá dice que podemos hacer un muñeco de nieve.

—¡Qué bien! Como en navidad, ¿verdad?

Beth, encantada con la comparación, asintió y luego se subió a la cama con ella.

—¿Vas a venir a ayudarnos?

Antes de que Chloe tuviera tiempo de contestar, Steven apareció en la puerta. Iba con unos vaqueros y un jersey.

—Beth, te dije que no despertaras a Chloe.

La pequeña frunció el ceño y su labio inferior tembló un poco.

—No pasa nada, Steven, ya estaba despierta —intercedió enseguida Chloe.

Trató de no sentirse incómoda cuando Steven apartó la vista de la niña y la miró a ella. De repente, fue consciente de que tenía el pelo revuelto sobre la almohada y de que estaba desnuda bajo las sábanas.

Él esbozó una sonrisa que produjo extrañas sensaciones en el

corazón de Chloe.

—Buenos días, Chloe. ¿Qué tal has dormido?

—Me dormí nada más caer en la cama —mintió.

—Bien. Voy a preparar el desayuno. Baja cuando estés lista.

—Gracias. ¿A qué hora te vas a Manchester?

—Tengo que cancelar el billete. Es imposible que el avión pueda salir —agarró a su hija de la mano—. Vamos, Beth, dejemos que Chloe se vista.

Pero ella ignoró a su padre y miró a Chloe.

—¿Después del desayuno construirás un muñeco de nieve conmigo? —preguntó de nuevo con los ojos muy abiertos.

—No puedo, Beth. No tengo la ropa adecuada para salir a la nieve —explicó con dulzura—. Solo he traído la ropa con la que voy a trabajar.

—Beth, no te lo voy a decir otra vez —dijo impaciente Steven, que había salido y volvió a entrar en la habitación.

—Oh, por favor, Chloe —suplicó la niña. Entonces, se subió corriendo a la cama al ver que su padre avanzaba hacia ella. Este la levantó con sus fuertes brazos y la pequeña echó a reír a carcajadas.

—Por favor, Chloe —repitió mientras su padre se la ponía en el hombro y la sacaba de la habitación.

—Le da igual lo que le diga, siempre hace lo que quiere —se quejó Steven, aunque miró a Chloe con un brillo de humor en los ojos—. ¿Qué vas a hacer? ¿Te vas a quedar para jugar con nosotros?

El modo en que él lo dijo hizo que el corazón se le detuviera un segundo. En especial, cuando fue consciente de cómo sus ojos estaban mirando su pecho, que al bajársele la colcha, había quedado en parte al descubierto.

—De todos modos, no creo que puedas irte de momento —añadió Steven—. Las máquinas quitanieve no han empezado a limpiar las carreteras —llegó a la puerta y se volvió—. Si quieres ropa de más abrigo, puedes echar un vistazo en los armarios del fondo. Mi hermana suele dejar allí ropa que le sobra y estoy seguro de que no le importará que te pongas algo. Debéis de tener la misma talla.

La puerta se cerró detrás de él y ella oyó cómo se reía Beth mientras bajaban las escaleras.

Era muy halagador que Steven pensara que tenía la misma talla que su hermana, pero lo cierto era que debía de tener una menos. Así que le costó encontrar algo que le quedara bien. Al final, tomó

unos pantalones ceñidos. Tan estrechos, que tuvo que tumbarse en la cama para abrocharse la cremallera.

Pero le quedaban bien, pensó, mirándose en el espejo del dormitorio. También le sentaba bien el jersey azul de cachemira con cuello de pico y que se le ceñía delicadamente al cuerpo, remarcando su talle. Pero ella no solía vestir así. Como no era delgada, trataba de llevar ropa holgada. No porque le diera vergüenza tener caderas y pecho, sino porque iba más cómoda así. Estaba pensando si quitarse ambas prendas y buscar otra cosa cuando se oyó un golpe en la puerta.

Era Steven y, al verla, pareció sorprendido. La miró de arriba abajo con un descaro que la hizo sonrojar.

—Muy bonito —comentó con voz ronca—. Nile está al teléfono —añadió antes de que a ella le diera tiempo a contestar nada.

—¿Nile? —de inmediato se olvidó de todo. Su corazón se detuvo y sus mejillas palidecieron—. ¿Qué quiere?

—No lo sé —contestó Steven con ironía—. No creo que sea yo quien tenga que preguntarle nada.

—No, claro —sacudió la cabeza—. Lo siento. Es solo que me ha sorprendido que me llamara. Y, además, aquí.

—Bueno, te llamaba muchas veces aquí cuando venías a trabajar.

—Sí, pero no hemos hablado desde que se fue.

—Entiendo. Puedes hablar desde mi dormitorio si prefieres estar a solas —Steven señaló una puerta que había al otro lado del descansillo.

—Sí… gracias.

Chloe se sentó en el borde de la cama de Steven y tomó aire varias veces antes de descolgar. Era una estupidez ponerse nerviosa por hablar con Nile. Había sido su compañero, el hombre con el que se había acostado durante todo el año anterior… el hombre con el que había pensado pasar el resto de sus días.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—¿Cómo crees que puedo estar? Un poco sorprendida por tu repentina partida, sin mencionar otras sorpresas que me esperaban.

—Lo siento, Chloe —replicó él con voz segura—. Me pasé ayer por tu casa para verte y, como no contestabas, me senté y esperé.

Estuve toda la noche y luego me empecé a preocupar por si te había pasado algo.

Ella sintió una inmensa rabia.

—Desapareces hace cuatro semanas sin decir nada y ahora te preocupas porque no fui a casa ayer —contestó con frialdad—. No sigas hablándome como si fuera estúpida, Nile.

—Estaba muy preocupado, Chloe. Pensé que quizá habías tenido un accidente con la nieve. Llamé a todos tus amigos y estaba empezando a desesperarme cuando llamé a tu jefe. A propósito, ¿qué haces ahí? No te quedarás a trabajar todo el fin de semana, ¿verdad?

Había un tono en su voz que no le gustó a Chloe.

—Eso ya no es asunto tuyo.

—No te enfades, Chloe… Siento cómo ha sucedido todo, de verdad. Sé que debería haberme sentado tranquilamente a discutir las cosas contigo, en vez de salir corriendo.

—Dime, Nile, ¿te marchaste por la pelea que tuvimos o por la chica de la que me han hablado?

—No te dejé por ninguna otra —contestó él con rapidez.

—Oh, vamos, Nile. Mis amigas te vieron con ella la semana pasada. Una morena guapa de unos veintitantos años. ¿No te suena?

Él se quedó un momento en silencio y luego dio un suspiro.

—De acuerdo, hay otra. Pero no es una relación seria — admitió con cautela—. Simplemente, siento que ahora necesito lo que ella me ofrece. No es tan fuerte como tú… me necesita. Y me gusta lo que me hace sentir.

—Bien, pues me alegro por ti —contestó ella sin poder evitar sentirse herida.

—Mira, Chloe, las cosas han cambiado entre nosotros. Tú fuiste muy fuerte al enfrentarte a las dificultades económicas por las que yo atravesaba y nunca lo olvidaré. Pero ahora que estoy mejor, me he dado cuenta de que hay algo en nuestra relación en lo que no me había fijado antes, y es que tú en realidad no me necesitas.

—¿Y esa mujer sí?

—Sonia es totalmente diferente a ti. Es una mujer muy hogareña.

—Entiendo —Chloe no sabía qué contestar a aquello. Notaba que el corazón le palpitaba contra el pecho—, ¿Quieres decir que sabe cocinar y coser? Bueno, creo que la costura no es uno de mis puntos fuertes.

—¿Lo ves? Siempre sabes ver las cosas con sentido del humor —replicó enfadado.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Es evidente que no estamos hechos el uno para el otro. Pero si quieres que hablemos de algo más serio, ¿me puedes explicar por qué sacaste todo el dinero de la cuenta donde estaba lo que habíamos ahorrado para la boda?

—Solo lo tomé prestado. Te lo devolveré en cuanto me recupere.

—Sacaste también el dinero destinado a pagar facturas —Chloe se pasó la mano distraídamente por el cabello—. En este momento, tengo un montón de reclamaciones por no haberlas pagado.

—Escucha, saldrás de ello, ¿verdad, Chloe? Tienes un buen trabajo y eres muy fuerte. Además, te repito que te lo devolveré en cuanto pueda. Mientras tanto, tenemos que vernos para resolver otras cuentas conjuntas. El depósito que pagamos para la nueva casa…

—Como no vamos a comprarla ya, lo perderemos —replicó en tono seco.

—Por eso… Estaba pensando en comprarla yo y necesito tu firma.

—¿Por eso estabas tan preocupado anoche? ¿Y por eso me llamas a casa de mi jefe?

—Bueno, es una cosa importante. No tenemos por qué perder el depósito —Nile comenzó a hablar como un niño que se siente incomprendido.

Chloe iba a contestarle que, de todas maneras, había sido ella quien había pagado el depósito de la casa, pero se detuvo. No le gustaba hablar de aquel tipo de cosas. Además, no serviría de nada.

—He estado en el banco y me van a conceder una hipoteca, por eso es normal que la compre yo solo.

—¿Y cuándo piensas hacerlo?

—Ya te he dicho que, en cuanto pueda, te pagaré todo lo que te debo. Pero ahora tenemos que solucionar lo de la casa… y deprisa porque, si no pago el próximo plazo, lo perderé todo. Necesito que tú firmes algunos papeles…

—Me lo pensaré.

—¿Qué quieres decir con eso de que te lo pensarás? —contestó, enfadado.

—Y mientras tanto, quiero que me devuelvas las llaves de casa —añadió ella con calma.

—Oye, Chloe…

Chloe colgó. Luego se quedó un rato sentada en la cama, mirando a su alrededor. Se sentía perdida.

Nile Flynn era un canalla. Se había marchado con todo el dinero y la había dejado cargada de deudas.

Había pensado que era diferente de los otros hombres, había creído que podía confiar en él. Por eso había bajado la guardia y hasta había aceptado casarse con él.

—Un gran error por tu parte —dijo en voz alta—. Concéntrate en tu trabajo y olvídate de los hombres.

Pero, ¿y qué pasaba con los hijos? Tenía tantas ganas de formar una familia, que la necesidad la quemaba por dentro. Recordó que una vez se lo había mencionado a Nile y él se había sorprendido mucho. Le había contestado que era imposible pensar en formar una familia hasta que no tuvieran una casa nueva y él estuviera más asentado económicamente.

Y lo primero que había hecho Nile al asentarse económicamente había sido abandonarla. Todo ese tiempo que había estado ayudándolo, tratando de mostrarse alegre y de no rendirse ante las dificultades… y él la olvidaba de la noche a la mañana. Es más, la culpaba de lo que había sucedido.

—¿Todo bien? —era la voz de Steven desde la puerta.

—Sí, bien —trató de sonreír, pero fue un intento fallido.

Él entró en la habitación y se sentó a su lado. —Si quieres hablar de ello, adelante. —No hay nada que hablar, aparte de que tengo muy mal gusto para los hombres. Steven esbozó una sonrisa.

—No lo digo en broma, no. Lo único que le importa a Nile es que va a perder el depósito que dimos para la casa que íbamos a comprar a medias. Así que ha intentado convencerme de que no va en serio con la chica con la que sale, pero a mí me parece que sí… Puede que quiera irse a vivir allí con ella.

—Piensa que estás mejor sin él, Chloe. Tú te mereces algo mucho mejor.

Ella estuvo unos segundos sin poder hablar y luego esbozó una sonrisa temblorosa al encontrarse con los ojos de Steven.

—Sí, mi príncipe azul vendrá en cualquier momento a rescatarme.

Ambos echaron a reír.

—Y prefiero que llegue antes de la boda de mi hermana.

—No sabía que tenías una hermana.

Chloe asintió.

—Se llama Sinead. Tiene veintidós años y es en realidad mi hermanastra. Se va a casar en mayo, por eso te pedí unos días. Iré a la casa donde me crié, en Dublín.
—Eso parece divertido.
Chloe no contestó nada.
—¿Por qué no vienes abajo y desayunas algo? —preguntó Steven con amabilidad.
Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.
—Creo que no podría comer nada en este momento. Me siento un poco mal.
—No te sientas mal. Eres lo suficientemente fuerte para no dejarte afectar por alguien así.
—¿Cómo lo sabes? —preguntó.
Steven sonrió,
—Te he visto trabajar en la empresa y sé que eres una persona muy fuerte.
—Nile opina lo mismo, pero…
Estuvo a punto de decirle que no era cierto, que era todo una farsa y, entonces, sonrió y cambió de opinión. Chloe Brown nunca admitiría algo así y no iba a dejar que los gustos de Nile Flynn la deprimieran.
—Sí —admitió al final—, quizá tengas razón.
Levantó la barbilla, decidida.
—Por supuesto que tengo razón. Hace semanas que Nile te ha dejado y nunca te has derrumbado. Ni siquiera has faltado al trabajo diciendo que estabas enferma.
—Claro, olvidaba que eres mi jefe. ¡Lo más importante para ti es que no he faltado nunca al trabajo!
Hizo un gesto con la cabeza y sus ojos brillaron un momento.
—Bueno, por lo menos he conseguido que recuperes tu sentido del humor —dijo él, acariciándole con suavidad la mejilla y mirándola fijamente a los ojos.
En ese momento, Chloe se dio cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro… y del roce de sus manos en su piel. Lo miró a los ojos y sintió que algo se despertaba en su interior.
—¿Papá?
La voz de Beth desde el piso de abajo rompió la intimidad del momento. Steven se apartó de ella.
—Voy a ver qué quiere. Ven cuando estés lista.
Chloe se quedó un momento más en la cama. ¿Qué había

pasado? Estaba pensando en Nile y, al segundo siguiente, se le había olvidado. ¿Por qué Steven tendría aquel efecto en ella? El beso de la noche anterior había cambiado las cosas entre ellos, pensó. Y eso había sido un error. Necesitaba olvidarse de ello, se dijo enfadada. Igual que él se habría olvidado ya.

Siguió allí sentada y miró a su alrededor. La habitación estaba decorada de un modo bastante masculino. No había adornos ni volantes, solo las paredes lisas y la cama. Había una fotografía sobre la cómoda y se acercó para verla.

Era una mujer muy guapa, con el pelo rubio y largo, y los ojos verdes. Llevaba un bebé en los brazos al que sonreía con expresión tierna. Evidentemente, era la mujer de Steven con Beth, y quizá la fotografía hubiera sido tomada horas después de que naciera, a juzgar por lo pequeña que era. De repente, sintió una inmensa tristeza. ¡Qué egoísta era por deprimirse a causa de Nile! El dolor de Steven debía haber sido muchísimo mayor, ya que había perdido a su esposa, la madre de su hija.

Dejó la foto en su sitio, tratando de calmarse, y luego se fue a su habitación.

Iba con la intención de pintarse un poco los labios, pero al ver lo provocativo que era el jersey, se lo quitó y buscó en el armario algo con el cuello más alto.

Encontró un polo gris que le quedaba más largo y un poco más ancho. Le quedaba mejor, se dijo, y era más práctico para un día de frío. Luego se peinó y se recogió el pelo antes de bajar.

—Siéntate —le pidió Steven, señalándole un lugar al lado de Beth—. ¿Te apetece té o café?

—Lo que tú estés tomando.

—He hecho las dos cosas —puso las dos tazas sobre la mesa y la miró—. ¿Estás mejor?

—Sí, estoy bien —contestó, sonriendo.

Él abrió el homo, sacó una bandeja y se la puso delante.

—Aquí tienes. Come, que te sentará bien.

—¿Crees que estás alimentando a un regimiento? —preguntó Chloe, mirando su plato con ojos desorbitados—. Si me comiera todo esto tendría el tamaño de esta casa. Suelo desayunar solo cereales.

—Nosotros también. Pero como es el fin de semana, hay que relajarse un poco —Steven se sentó a su lado—. Además, necesitamos recobrar fuerzas para construir el muñeco de nieve.

El se dio cuenta de que se había quitado el jersey ceñido y se había puesto otro como el que su hermana podría utilizar para lavar el coche. Y una vez más, se había recogido el pelo hacia atrás en una coleta. También se había puesto las gafas.

Ella lo miró y, al ver que la estaba observando, sonrió.

—¿Vas a ayudarme a construir el muñeco de nieve? —preguntó Beth, entusiasmada.

Chloe dejó de mirar a Steven.

—Claro, Beth.

—Mi amiga Rachael hizo uno en Navidad y le puso el abrigo y el sombrero de su padre.

Mientras se servía una taza de té y escuchaba la cháchara de Beth, Chloe pensó en lo que animaba tener un niño al lado. Aunque además de esa sensación, notaba otra muy diferente, y que la hacía sentirse consciente de sí misma cada vez que miraba a Steven.

—¿Va Rachael a tu colegio?

—Sí, se sienta a mi lado. Tiene dos hermanos y un perro… y dos mamas. Una madrastra y una madre de verdad —Beth dio un suspiro—. Tiene mucha suerte. Y su madre tiene un novio que se llama Pete. Es rubio y sabe hacer helados.

Chloe vio por el rabillo del ojo que Steven estaba sonriendo.

—Si has terminado de desayunar, Beth, puedes ir a por tus botas para salir al jardín.

La niña se levantó de la silla y salió de la cocina corriendo.

—Si se queda más tiempo, te cuenta toda la historia de Rachael —dijo Steven.

—¿Le quedaba mucho?

—Claro, un culebrón resultaría aburrido a su lado.

Ella soltó una carcajada.

—Antes de que lo olvide, Chloe, he cambiado mi viaje a Manchester para el viernes que viene. Quizá necesite que vengas conmigo.

—De acuerdo. Lo escribiré en la agenda el lunes.

Él miró el plato de ella.

—¿Has terminado?

—Está todo muy rico, Steven, gracias. Pero no me entra nada más.

—No estarás haciendo dieta, ¿verdad? —preguntó de repente.

Ella lo miró y arqueó una ceja.

—No, pero gracias por preguntar.

Steven esbozó una sonrisa.

—Bien. No me gustan las mujeres que no comen.

Chloe recordó de inmediato a Helen. Era tan pequeñita, que no le cabría mucho más que una crema de apio.

El se levantó y comenzó a quitar los platos de la mesa. Ella se levantó para ayudarlo.

Steven se preguntó si ella habría perdido el apetito por la llamada de Nile. A pesar de la sonrisa valiente con que lo había mirado, parecía triste. Y la había visto muy perdida después de colgar. Le apetecía insistirle en lo mucho que la había perjudicado Nile y en que tenía suerte de haberse librado de él. Pero se iba a esforzar por no hacerlo. Quizá no era lo que ella necesitaba en aquel momento.

—¿Por qué no me cuentas más cosas sobre la boda de tu hermana?

—No hay mucho que contar. Creo que va a ser un gran acontecimiento y yo seré la madrina principal —hizo una mueca—. Espero que no hayan elegido un vestido demasiado feo. Me imagino con un traje rosa, lleno de volantes y me da pánico.

—Estarías muy atractiva con algo rosa con volantes. Estoy seguro —afirmó Steven sonriente.

—No, hazme caso. No estaría bien —dijo Chloe con firmeza—, pero es el día más importante de Sinead y ya le he dicho que me pondré lo que ella quiera. Además, hace mucho tiempo que no voy a casa, así que me dejaré llevar.

—No sabía que eras irlandesa. Pero, ahora que me lo has dicho, te noto cierto acento.

—En realidad, no nací en Irlanda. Cuando era pequeña, vivimos en Londres. Luego, mis padres se divorciaron y mi padre se fue a vivir a Irlanda —Chloe cerró el lavavajillas y se apoyó en él, de cara a Steven—. Después, cuando mi madre murió, me fui a vivir con mi padre y su esposa Margaret, que es de Dublín.

—¿Cómo murió tu madre?

—En un accidente de tráfico.

—Lo siento, Chloe, debió ser muy duro para ti. ¿Cuántos años tenías cuando sucedió?

—Veamos… tenía seis cuando mi padre se fue. O sea, que tenía once cuando me fui a Irlanda.

—¿Y te llevas bien con tu madrastra?

Chloe asintió.

—Sí, es encantadora. Me ha ayudado a superar muchas cosas.

—Lo dices como si hubieras pasado épocas muy malas.

Ella vaciló unos segundos.

—Sí, pero los niños se recuperan pronto —fue su respuesta.

Pero no le contó nada de aquellas malas épocas. Sobre todo de los años posteriores a la partida de su padre. Algunas veces, cuando pensaba en ello, se daba cuenta de que habían sido muy importantes en la formación de su carácter. Había visto a su madre sufrir mucho, así que conocía el dolor de primera mano.

—Supongo que tienes razón, los niños son muy resistentes. Aunque a mí me preocupa Beth. Me inquieta el hecho de que no tenga madre.

—Parece una niña feliz. ¿Crees que se acuerda mucho de su madre?

Steven sacudió la cabeza.

—No. Lo que sabe de ella es lo que yo le he contado. Cosas sin importancia, como que su madre la quería mucho.

—Eso no es una cosa sin importancia —replicó Chloe.

Le gustaba mucho cómo era Steven. Cada vez más. La conmovía la ternura con la que trataba a su hija.

—Tiene suerte por tener un padre tan bueno como tú. Además, te adora. Ayer, por ejemplo… sabía que Gina estaba preocupada por su padre y ella empezó a preocuparse por ti.

—¿Sí?

Chloe asintió.

—Sí, estuvo un rato muy seria, pensando en que eras tú quien estaba en el hospital. A mí me pasaban ese tipo de cosas con mi madre.

—Pero tú también tenías a tu padre, aunque estuvieran divorciados.

—Eso fue hace mucho tiempo… Fue una época en la que yo no sabía si él quería volver a verme.

Steven se quedó mirándola. Aunque sus palabras las decía en un tono firme, él notó mucha tristeza, la indefensión de un niño que es

incapaz de llegar hasta su padre.

Iba a seguir haciéndole preguntas, pero Beth llegó corriendo con una bufanda de lana al cuello y sus botas de cuero.

—Necesitas también el abrigo, Beth —dijo, riéndose, Chloe—, pero estás guapísima. Vamos arriba y te termino de preparar, ¿de acuerdo?

La niña la agarró de la mano con suma alegría.

—Tengo un abrigo rosa y otro azul. ¿Me vas a hacer una coleta como la tuya?

—Claro que sí —contestó Chloe—. No tardaremos nada, Steven.

—Gracias, no hay prisa —respondió él.

Las vio salir de la cocina. Chloe se llevaba muy bien con su hija… la trataba con naturalidad y cariño. Era evidente que por eso Beth se sentía bien con ella.

Todo en Chloe era una revelación, pensó, aturdido. Y en cuanto al beso de la noche anterior, lo había descontrolado por completo. Su intención había sido, en principio, solo rozar sus labios; pero, una vez que la hubo besado, fue incapaz de apartarse. Esa mañana la habría besado también. Era como si se sintiera atrapado por un hechizo y, en cualquier caso, en aquel fin de semana la relación entre ellos había cambiado para siempre.

Capítulo 4

EL JARDÍN estaba cubierto de un virginal manto. Se posaba sobre las ramas desnudas de los árboles y las plantas como azúcar helado; y decoraba los aleros de la casa como un dosel de encaje que contrastaba con el azul del cielo.

Aunque brillaba el sol, hacía un frío glacial. Chloe daba saltitos para intentar calentarse mientras observaba cómo Beth le daba los últimos retoques al muñeco.

—Está fenomenal —le aseguró Steven, a su lado—. Inclínale un poco el sombrero para darle un aire misterioso.

La niña le ladeó el sombrero tirolés.

—Ahora parece borracho —dijo Chloe, soltando una carcajada —. ¿De dónde habéis sacado ese sombrero? No es tuyo, ¿verdad, Steven?

—No. No sé de quién es. Lleva colgado en el perchero de la entrada desde hace meses. ¿Tienes frío? —preguntó, al verla frotarse las manos y que no paraba de dar saltitos.

—Solo porque estoy quieta. No tenía nada cuando estábamos haciendo el muñeco.

—Te tenía que haber buscado unos guantes.

—Ya me has dejado suficientes cosas —Chloe soltó una risita—. Llevo la ropa de tu hermana y las botas de Gina. Lo único que es mío es la trenca. Debo de tener un aspecto glorioso.

Steven la miró unos segundos con verdadera admiración, incomodándola.

—Estás muy guapa, aunque creo que me gustaba más el jersey que tenías puesto esta mañana.

—¿Sí? —preguntó Chloe, tratando de parecer indiferente a sus gustos—. Es que no era muy apropiado para este frío.

—¿Te has puesto alguna vez lentillas? —le preguntó Steven.

—Algunas veces. Pero, la verdad, prefiero llevar gafas —mantuvo la vista fija en Beth mientras hablaba.

—¿También prefieres recogerte el pelo?
—Me imagino que sí. Está bien peinado y…
—Es cómodo —terminó Steven, sonriéndole.
Chloe recordó que la noche anterior él le había dicho que la prefería con el pelo suelto… y también se acordó de cómo la había besado. El corazón le dio un vuelco.
—La verdad es que te quedan bien las gafas —añadió él.
El repentino interés de Steven por su apariencia la confundía. Quizá lo decía solo por charlar y ser amable, pero prefería que no se fijara tanto en ella. Cuando notó que la miraba a los labios, el recuerdo del beso la golpeó de nuevo, encendiendo un fuego en su interior. Se frotó las manos con más rapidez para tratar de apartar aquellos pensamientos de su mente.
—¿Sabes algo de Gina? —preguntó, tratando de cambiar de tema.
—Sí, me llamó esta mañana. Al parecer, su padre está ya mejor.
—Oh, me alegro mucho.
—Sí, son buenas noticias. El único problema es que me ha dicho que quiere cuidarlo ella misma.
—Entonces, ¿ya no volverá?
—Sí. Vendrá, como siempre, el lunes por la mañana. A su padre van a tener que internarlo durante un tiempo en una clínica porque necesita un cuidado especial. Pero ella me lo ha dicho ya para que me dé tiempo a encontrar a alguien.
—Es una buena chica.
—Sí, lo es. Y me da pena que se vaya. Beth está muy bien con ella.
Chloe se giró hacia él y vio su cara de preocupación.
—Encontrarás a alguien, Steven.
—Ya.
—Y por lo menos, tu madre vive cerca.
—Sí, mi madre es maravillosa, pero no quiero darle mucho trabajo —él se pasó una mano por el cabello oscuro—. De cualquier modo, lo único que tengo que hacer es llamar a la agencia a través de la cual encontré a Gina. Quizá podías llamarlos tú el lunes, ¿no?
—Por supuesto. ¿Quieres que lo hagamos como la otra vez y que sea yo quien me encargue de entrevistar a las chicas?
Steven sonrió.
—¿Qué haría sin ti, Chloe? —lo expresó con un tono amable que no solía utilizar con ella para cosas de trabajo.

—Estoy segura de que te las arreglarías a la perfección —contestó ella.

Steven esbozó una sonrisa que pareció protegerla del frío exterior, y encendió un fuego en su interior.

—Yo no estoy tan seguro, Chloe.

Y ella no supo si lo había dicho en broma o en serio.

Beth se cayó al alejarse del muñeco para verlo mejor y Chloe aprovechó la oportunidad para apartarse de Steven.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, ayudándola a levantarse y sacudiendo la nieve de su abrigo.

—Sí —contestó la niña, riéndose—. Me gustaría que hubiera nieve todo el año.

Chloe sonrió y reparó en los hoyuelos que se formaban en la cara de la pequeña cuando sonreía.

—Si nevara todos los días, te cansarías.

—No, no me cansaría —contestó Beth—. Tú vendrías todos los fines de semana y me ayudarías a hacer un muñeco.

—Parece que os divertís mucho juntas —dijo Steven, acercándose a ellas.

—Sí —afirmó Chloe, observando a la niña, que ya se había ido para seguir con el muñeco—. A mí también me encanta tu hija.

Era curioso, pero Beth tenía algo especial que hacía que le entraran ganas de besarla. Cuando aquella mañana estaban todos en su dormitorio y la niña había empezado a reír, ella le había acariciado el pelo y se había preguntado lo que se sentiría teniendo una hija como ella y viviendo con un hombre como Steven… siendo parte de una familia. Había sido una fantasía pasajera e irreal, pero muy agradable.

—Es muy dulce, Steven.

—Es adorable —añadió él—. Menos cuando se porta mal. Algo que Gina podría confirmar.

Chloe sonrió.

Entonces sonó el teléfono de la casa. Steven se disculpó y fue a contestar.

Cuando volvió, Beth y Chloe estaban en medio de una pelea de bolas de nieve. Se quedó un rato observándolas, sonriendo ante las payasadas que hacía ella al perseguir a la niña. Esta reía a carcajadas, dando vueltas alrededor del muñeco.

Steven se unió a ellas y, momentos después, se estaban riendo tanto, que no oyeron que alguien había llegado. Pero cuando Chloe

tiró una bola de nieve a Steven, este se apartó y le dio a Helen en la barbilla.

Él se dio la vuelta, vio lo que había pasado y soltó una carcajada. A su novia, sin embargo, no parecía haberle sentado nada bien.

—Lo siento mucho, Helen —aseguró Chloe, inquieta ante la expresión de rabia de la mujer—. Ha sido un accidente.

Helen se quedó en silencio. Estaba demasiado ocupada quitándose la nieve de la cara y de su abrigo oscuro de cachemira. Su melena negra se balanceó cuando giró la cabeza hacia Chloe y la miró entornando los ojos. Pero no dijo nada.

Chloe recordó que Steven y ella se habían besado la noche anterior y sintió una punzada de culpa. Había sido un momento de locura y, al menos, los dos se habían dado cuenta de ello… y habían parado. Trató de sentirse mejor al pensar eso, pero la culpa no se fue del todo.

—¿Podemos jugar más, papá? —preguntó Beth.

—A lo mejor después, cariño. Y ahora sé educada y saluda a Helen.

—Hola, Helen —obedeció, sin apenas mirar a la mujer.

Chloe notó que la respuesta de Helen fue igual de fría. Sin embargo, la mujer saludó a Steven con cariño. É! se acercó y ella se estiró y lo besó en los labios.

Chloe apartó los ojos con una extraña sensación. Era una sensación rara que nunca había experimentado y que no sabía cómo definir. No fue una sensación demasiado incómoda, ya que el beso no había sido demasiado ardiente… pero sí había algo de posesividad en ella. Quizá fuera porque aquello suponía la vuelta a la realidad. Ver así a Helen y a Steven, cerraba la puerta a sus estúpidas fantasías. Había sido una tonta al pensar que él podía tener cierto interés por ella o que podía llegar a tener una familia.

—¿Vamos dentro y tomamos algo? —sugirió él mientras se apartaba de Helen.

—Eso suena estupendo —contestó Helen, sonriéndole.

—Yo debería irme —comentó Chloe mientras entraban todos en la casa—. Es evidente que las carreteras ya están despejadas.

—Sí, ya lo están. Así que no te retenemos si quieres irte —dijo Helen.

—No te vayas, Chloe —le suplicó Beth, a su lado—. Quiero que juegues conmigo y con papá otra vez.

—Chloe no tiene tiempo, cariño —intercedió él, acariciando a la niña en la cabeza—. Pero tómate un café con nosotros antes de marcharte.

Steven no esperó a que ella respondiera, sino que se metió en la cocina y puso la cafetera al fuego.

Chloe se quitó las botas de Gina, colgó su trenca y siguió a Helen al salón. Beth se fue con su padre a la cocina. Helen se sentó en el sofá, donde se puso a hojear una revista. Apenas miró a Chloe, que se sentó en un sillón frente a la chimenea.

—Hemos tenido un tiempo horroroso, ¿verdad? —comentó Chloe—. No parece que estemos en abril.

—Es cierto.

Helen había hablado sin mirarla. Hojeó algunas páginas más de la revista y luego clavó su mirada en la ropa que llevaba la joven ayudante.

Era indudable que la miraba con desprecio y Chloe se dio cuenta. Pensó que era normal ya que, al lado de aquella mujer elegante y moderna, ella tenía un aspecto vulgar.

Helen era una mujer perfecta, pensó. Usaría una talla ocho y llevaba ropa de diseño. La elegante falda se ceñía a la perfección a sus estrechas caderas y a su vientre plano, llegándole por las rodillas y revelando así unas piernas largas y bien formadas, cubiertas con unas botas de suave piel.

Estuvieron unos momentos mirándose en silencio y Chloe pensó en algo que decir.

—Vine anoche a cuidar a Beth y me tuve que quedar aquí a causa de la nieve.

—Sí, ya me lo ha contado Steven —Helen dejó la revista y miró la hora, bostezando.

Chloe decidió no seguir intentándolo. Helen no hablaba apenas con ella cuando iba a la empresa, ni tampoco cuando telefoneaba a Steven. Siempre se había comportado de manera fría y reservada.

Steven volvió con una bandeja y Helen pareció, de repente, volver a la vida.

—Cariño, ayer nos lo pasamos fenomenal. Fue una pena que no te quedaras en Londres. Fuimos al club La Ruba.

—Ya, pero como te dije por teléfono, tenía una reunión y Gina tuvo que irse. Fue una tarde caótica. Hubiera sido un desastre si Chloe no me hubiera salvado.

Steven miró a Chloe y esbozó una sonrisa. Le ofreció una taza de

café y luego se sentó al lado de Helen.

—No ha sido nada —dijo ella con naturalidad. Beth llegó en ese momento y fue a sentarse en uno de los brazos del sillón donde estaba ella—. Nos lo pasamos muy bien ayer, ¿verdad, Beth?

La pequeña asintió y luego se sentó en sus rodillas.

—Jugamos al parchís y Chloe me leyó un cuento.

—¡Qué maravilla! —dijo Helen con una sonrisa que no se reflejó en sus ojos—. Ten cuidado de no tirar el café a Chloe, cielo. No queremos manchar el sillón de café, ¿a que no? ¿Por qué no vienes y te sientas conmigo? —añadió dando un golpecito a su lado, sobre el sofá.

—No voy a tirar el café a Chloe —respondió Beth, haciendo un gesto negativo.

—¿Y dónde más fuisteis anoche? —le preguntó Steven a Helen.

—Antes de ir al club, cenamos y nos tomamos una copa. Estuvieron Henry y Jason. Me mandaron saludos para ti.

Chloe se distrajo de la conversación al ver que Beth apoyaba la cabeza contra su brazo. Miró a la niña, que tenía las mejillas muy rojas y los ojos pesados.

—¿Estás cansada, Beth? —le preguntó en voz baja.

La niña asintió.

—Henry es muy divertido. Nos llevó a la zona VIP de La Ruba y estuvimos bebiendo champán toda la noche.

—Qué bien —replicó Steven, cuya mirada se había posado en su hija.

Observó que Chloe ponía la mano en la frente de la niña y luego le pasaba un brazo alrededor de los hombros. Finalmente, le susurró algo al oído. Algo que hizo que la niña sonriera.

—Henry nos ha invitado el próximo viernes al chalet que tiene en Hampshire. Podemos practicar el tiro con escopeta y montar a caballo. ¿Qué te parece?

—Lo siento, Helen, pero el próximo viernes tengo que ir a Manchester por asuntos de trabajo.

Ella frunció el ceño.

—Entonces tendremos que ir el sábado por la mañana.

—Ya veremos. Han surgido algunos problemas con Gina. Su padre está muy enfermo.

Chloe miró a Helen y vio en su rostro que la respuesta no le había gustado.

—¿Y no puedes encontrar a alguien que la sustituya? ¿Qué

dificultad puede haber en encontrar a alguien que cuide de una niña de seis años para un fin de semana?

Chloe se tomó lo que le quedaba del café de un trago, dispuesta a marcharse.

—Voy a recoger mis cosas arriba, Steven —explicó, separándose con mucho cuidado de Beth.

Esta se levantó también.

—No cumpliré seis años hasta la semana que viene —informó a Chloe mientras se iba detrás de ella.

—Lo sé, cariño. ¿Qué te van a regalar para tu cumpleaños?

—Le he pedido a papá que me compre un juego de magia.

Salieron y, al cerrar la puerta, oyó hablar a Helen.

—Chloe es una chica poco atractiva, ¿verdad? Debe ser una pena para ella.

Ella no entendió la respuesta de Steven, pero subió las escaleras con el ceño fruncido. ¿Quién demonios se creía Helen?

—Y la tía Maddi va a regalarme una pistola de agua.

—¡Madre mía! Con eso te vas a divertir mucho —respondió Chloe, mordiéndose la lengua para no añadir que con suerte podía dispararle a la tía Helen.

Una vez en la habitación, ella dobló su ropa de trabajo y la metió en una bolsa. No tenía por qué cambiarse, ya que quería lavar la ropa de la hermana de Steven antes de devolvérsela. Tomó su bolsa y se miró en el espejo.

«Es una pena»… oyó de nuevo la voz de Helen. Y no pudo evitar preguntarse lo que habría contestado Steven.

Aunque le daba exactamente igual, pensó con rabia.

Cuando se volvió hacia Beth, se fijó en que la pequeña la estaba mirando desde la puerta abierta.

—Me gustaría que no te tuvieras que ir —afirmó con tristeza la niña, mirándola con sus enormes ojos azules.

Chloe se sintió conmovida. Se acercó y le dio un abrazo.

—Lo siento, cariño. Pero volveré muy pronto, ya verás —añadió en voz baja.

Mientras se apartaba de la niña, Chloe pensó que había cosas más importantes que la forma de vestir. Si Helen Smyth—Jones se tomaba tan en serio la relación con él, haría bien en cuidar menos su aspecto y concentrarse en construir una relación con su hija.

De repente, recordó a su padrastro. No le había hablado de él a Steven cuando le había contado lo del divorcio de sus padres.

Michael Blake era alguien al que prefería olvidar. Había sido un hombre guapo, elegante y sofisticado. Su madre lo había amado con locura y habría hecho cualquier cosa por él. Chloe había observado, desde la distancia y sin poder hacer nada, cómo la había ido destruyendo. Era un hombre que había disfrutado creando un reino de terror en su casa.

Nunca quiso a Chloe. A los seis años, ella no había sido capaz de entenderlo e incluso en ese momento seguía costándole un gran esfuerzo. Lo único que sabía era que las pesadillas en las que aparecía ese hombre habían tardado mucho tiempo en desaparecer y que todavía, a veces, cerraba los ojos y veía su rostro.

Capítulo 5

EL LUNES, Chloe fue al despacho antes de lo habitual para asegurarse de que estaba todo listo para la reunión que la directiva iba a tener a las nueve. Estaba en la sala de juntas, colocando una agenda en cada lugar, cuando llegó Steven.

—¡Caramba! ¿Has dormido aquí esta noche o qué? —exclamó, mirando la hora.

Ella sonrió.

—He llegado solo diez minutos antes que tú. Pensé que era mejor adelantarme y preparar todo bien antes de que lleguen para la reunión.

Steven la miró con atención. Como siempre, iba perfectamente arreglada. Llevaba un traje de color vainilla y un top de cuello redondo del mismo color. El pelo se lo había recogido, pero no lo llevaba tan tirante como de costumbre y unos cuantos mechones le caían provocativamente alrededor de la cara. Su maquillaje era perfecto. Y a pesar de ello, se dio cuenta de que parecía cansada y tenía ojeras.

—¿No has dormido bien esta noche?

Chloe pensó si debía mentirle, pero luego desechó la idea al mirarlo a los ojos.

—La verdad es que no.

Un poco más tarde, mientras ella terminaba de distribuir los documentos en la mesa de reuniones, Steven se dio cuenta de que llevaba zapatos de tacón.

Eran modernos y elegantes, y resultaban provocativos. Quizá era porque acentuaban la pequeñez de sus tobillos.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo terminaste el fin de semana?

Steven apartó los ojos de sus tobillos.

—He tenido días mejores —contestó, abriendo su maletín para sacar algunas notas—. Traté de decirle con delicadeza a Beth que Gina nos iba a dejar.

—¿Se lo tomó bien?
Steven se quedó serio un momento.
—Lloró tanto, que estuvo a punto de ponerse mala.
—Debió ser horrible —respondió ella, preocupada.
—Sí, lo fue. Y no ayudó nada que Helen sugiriera que la mandara a un internado —añadió, notando la expresión de sorpresa de Chloe.
—No lo haría delante de Beth, ¿verdad?
—No… no es tan dura. Me lo sugirió el domingo por la tarde, cuando estábamos solos.
Una de las recepcionistas llamó a la puerta y asomó la cabeza.
—Han llegado dos de los directivos, señor Cavendish. Están en recepción.
—De acuerdo. Salgo en un minuto.
—No estarás pensando en mandar a Beth a un internado, ¿verdad? —preguntó Chloe en cuanto la puerta se cerró—. ¡Es tan pequeña!
—Sí, es muy pequeña. Le dije a Helen que no iba ni siquiera a pensármelo. Pero ella cree que no lo estoy haciendo bien. Al parecer, ella y su hermano estuvieron en internados desde muy pequeños y piensa que es una idea estupenda.
—Quizá para ella fuera bueno, pero para Beth no lo sería después de haber perdido a su madre. Te necesita para sentirse segura y querida, Steven, Eso es muy importante en su situación.

El la miró a los ojos y notó que tenía una expresión totalmente desconocida. Pensó si sería por su propia experiencia de niña, pero había una pasión en aquella súplica, que nunca había visto en ella.
—Estoy completamente de acuerdo, Helen y yo nos separamos un poco enfadados.
—Porque no aceptaste su sugerencia respecto al internado, ¿no es cierto?
—Por eso y porque no puedo irme con ella el próximo fin de semana —Steven cerró su maletín de un golpe—. Pero es que no es el momento adecuado. No puedo irme a disfrutar de un fin de semana con ella, dejando a mi hija sola en casa. Lo más importante para mí es que Beth sea feliz… pero Helen no lo entiende. Y creo que eso va a hacer que nuestra relación se acabe rompiendo.

—Lo siento, Steven, debe ser difícil —contestó Chloe en voz baja.

La recepcionista volvió a llamar a la puerta y se asomó.

—La señorita Smyth—Jones está al teléfono, señor Cavendish —anunció en tono alegre.

—De acuerdo, pásame la llamada a mi despacho —miró a Chloe antes de salir—. Será mejor que hable con ella. ¿Te encargas de todo? No tardaré mucho.

—Claro.

Ella lo vio salir y se preguntó qué era lo que querría Helen. Quizá hubiera llamado para disculparse. Desde luego, si tenía algo de sentido común, debía de ser así. Steven era un buen hombre que solo quería lo mejor para su hija. Era una de las cosas que más le gustaban de él.

Él volvió un cuarto de hora después y, para entonces, la mayoría de los directivos ya habían llegado. Chloe les había enseñado la sala de reuniones y les había ofrecido un café, que estaban tomando en esos momentos, ya sentados ante la mesa.

—Siento haberlos hecho esperar, caballeros —dijo Steven, dándoles la mano.

Al final, se sentó presidiendo la mesa. Chloe se preguntó qué habría hablado con Helen. Esperaba que él no hubiera cedido.

Pero, en aquel momento, no tenía tiempo de pensar en aquello, ya que la reunión iba a empezar.

Acabaron ya por la tarde y a ella le dolía la muñeca de tanto escribir. Mientras recogía sus notas, se le acercó uno de los directivos de la sucursal escocesa.

—Chloe, solo quería felicitarte por lo bien que has organizado todo —dijo, sonriéndole con afecto—. Si te cansas de trabajar en Inglaterra, siempre habrá un trabajo para ti en nuestra sucursal.

Antes de que Chloe pudiera decir nada, Steven los miró con el ceño fruncido.

—Perdona, Cliff, pero no está permitido robarnos personal entre nosotros —dijo en tono de broma.

Cliff soltó una carcajada.

—Lo siento, Steven, pero es que no he podido evitarlo —dijo y luego le dio a Chloe su tarjeta—. Me quedaré unos días en Londres —añadió, guiñándole un ojo.

Ella le sonrió. Cliff Roberts era un hombre muy agradable, unos diez años mayor que Steven. Tenía el pelo gris y un aire

distinguido.

—Muy bien —dijo ella en un tono alegre.

Una vez se hubo marchado todo el mundo, ella se quedó ordenando la sala de juntas y, al rato, volvió Steven.

—Bueno, me alegro de que se haya terminado —dijo él, cerrando la puerta.

—Ha ido bien, ¿no?

—Sí, pero no creía que fuera a durar tanto. Como ha dicho Cliff, lo has organizado todo a la perfección. Por cierto, no me gusta que te haga ese tipo de ofertas delante de mis narices.

—Bueno, parece un hombre agradable. Me he sentido halagada.

—Pues debes tener cuidado —aseguró él en un tono serio—. Tiene fama de mujeriego.

—¿De veras? Pero no creo que haya sido esa su intención al darme la tarjeta. Seguro que estaba de broma o quizá quiera contratarme en serio.

—Debes estar bromeando. No te ha quitado el ojo de encima en toda la reunión.

—¿De veras? —preguntó ella, muy sorprendida—. Creo que son imaginaciones tuyas, Steven.

—Y a mí me parece que eres un poco ingenua, Chloe.

—En cualquier caso, eso es asunto mío —dijo ella—. Además, a lo mejor le pido que me acompañe a la boda de mi hermana en Irlanda —añadió con malicia.

A pesar de que se trataba de una broma, a Steven no pareció hacerle ninguna gracia.

Ya estaba acabando la jornada de trabajo, cuando Steven trataba de concentrarse en un informe, sin conseguirlo. No podía dejar de mirar a Chloe que, sentada ante su escritorio, estaba trabajando en sus cosas. La luz del sol formaba una especie de halo sobre su cabello rubio. Parecía un ángel.

Entonces, recordó lo que había pasado con Cliff Roberts después de la reunión y que ella le había dicho que quizá lo invitara a la boda de su hermana. Tenía que ser una broma, se dijo.

Se levantó y fue al despacho de ella, que se sorprendió al verlo

llegar.
—¿Necesitas algo?
—No, solo quería invitarte a tomar algo después del trabajo.
Ella se lo quedó mirando con los ojos abiertos de par en par. No era extraño. Ya que hasta él mismo se había sorprendido cuando aquellas palabras escaparon de sus labios. En realidad, no sabía muy bien por qué había ido a verla.
—Como mañana vas a entrevistar a las niñeras, quería discutir contigo las condiciones y los horarios —mintió—. Y he pensado que sería más agradable hacerlo mientras tomamos una copa.
—Bueno… —miró la hora—. Es que iba a salir esta noche…
—Si estás ocupada… —dijo él, frunciendo el ceño.
Se preguntó con quién habría quedado. No podía ser que hubiera telefoneado con tanta premura a Cliff Roberts.
—Creo que podré estar contigo como una hora —le propuso ella —. ¿Te parece bien?
—Sí, muy bien.
Chloe se lo quedó mirando mientras salía de su despacho, preguntándose qué estaba sucediendo. Steven nunca la había invitado a tomar una copa en los dos años que llevaba trabajando allí.
Se preguntó si habría hecho bien al decirle que iba a salir aquella noche. No era cierto, pero había sido la primera excusa que se le había ocurrido.
Luego trató de concentrarse de nuevo en su trabajo.
Chloe estaba acostumbrada a marcharse la última en la empresa. Acompañaba a Steven por las oficinas vacías y este iba apagando las luces y cerrando con llave las puertas. Aquel día, sin embargo, parecía diferente.
En el ascensor, bajaron sin decir nada. Ella observó el reflejo de su jefe en las paredes de espejo y se detuvo en sus ojos y en el pelo negro. Muchas veces se había preguntado si tendría sangre latina.
Steven levantó la vista y, al ver que ella lo estaba observando, esbozó una sonrisa. Chloe le sonrió a su vez de modo educado y apartó la vista.
Steven estaba acostumbrado a que las mujeres lo miraran con admiración. Pero no había sido el caso de Chloe, que había querido tener los pies firmes en la tierra para no perder su trabajo.
Hasta el fin de semana anterior, aquello no había sido un problema. Steven la había tratado de manera tan profesional, que

ella nunca había pensado en él como un hombre.

Pero, en ese momento, los límites parecían haberse debilitado. No sabía si era porque había pasado con él parte del fin de semana y había descubierto que era una persona agradable y cariñosa… o si había sido aquel beso… aquella indiscreción que los dos habían desechado como una locura momentánea.

Fuera o no un error, una locura, Chloe no podía olvidarse de aquel beso y lo recordaba en los momentos más inoportunos. Como, por ejemplo, en ese.

Por fortuna, las puertas se abrieron y ella tomó aire, contenta de poder salir de allí.

El garaje, al igual que el edificio superior, estaba también vacío y sus pasos resonaron en medio del silencio.

Steven dejó el maletín en el asiento de atrás y ella esperó en la puerta por la que tenía que entrar.

—¿Tienes hambre, Chloe? Podemos comer algo.

—¿Perdona? —dijo ella, hablándole por encima del techo del coche.

—Te pregunto si tienes hambre.

Ella lo había oído la primera vez, pero no entendía bien por qué se lo preguntaba.

—Pensé que sería agradable ir a casa, pasando por el restaurante Waterside. ¿qué te parece?

—¿Has quedado allí con alguien? —preguntó ella, que sabía que era el restaurante más lujoso de la cadena Cavendish.

—No, esto no tiene nada que ver con el trabajo. Es solo porque sé que vamos a encontrar mesa sin tener que avisar con antelación. Pero podemos ir a otro lado si lo prefieres.

—No… —de repente, ella se acordó de que había dicho que había quedado aquella noche—. Será mejor que tomemos algo en un pub, porque acuérdate de que solo tengo una hora.

—De acuerdo, como quieras —respondió con una sonrisa.

Entraron en el coche y Steven condujo a través de las calles de la ciudad. Era la hora punta y Chloe se puso a mirar por la ventanilla. Era un día agradable. El sol primaveral y la lluvia habían derretido la nieve.

—¿Solucionaste el problema con Helen esta mañana? —trató de hacer la pregunta como si no le importara.

—En realidad, no —Steven la miró—. Hemos decidido terminar nuestra relación.

—¡Oh! Lo siento.

—No lo sientas. Creo que ya llevaba un tiempo intuyéndolo. Quizá si hubiera sido un soltero sin obligaciones, la cosa habría funcionado. Pero un viudo con una niña pequeña nunca ha sido la pareja ideal para Helen. Esta mañana, los dos hablamos con franqueza y decidimos que era lo mejor. Ha sido todo muy educado. Incluso ha admitido que nunca habría sido una buena madrastra y yo, si me caso de nuevo, daré prioridad a encontrar una madre para mi hija.

—Por supuesto —respondió Chloe, impresionada por sus palabras.

—Pero es bueno que sigamos siendo amigos porque pienso que es una persona muy valiosa.

Steven aparcó frente al Rose and Crown, un pub que había al lado de su casa.

Estaba lleno de gente que acababa de salir de sus trabajos. La música de fondo se veía ahogada por el rumor de las conversaciones y el sonido ocasional de un teléfono móvil.

Él eligió una mesa que había en un rincón y le pidió a Chloe que se sentara mientras iba a pedir las bebidas.

Ella lo hizo así y, mientras estaba allí, se le acercó una amiga.

—Hola, Chloe, es curioso verte aquí un lunes.

Se dio la vuelta y vio que su amiga Gillian se sentaba a su lado. Tenía más o menos la misma edad de Chloe, una melena pelirroja muy bonita y un cuerpo precioso.

—¿Cómo estás? No acostumbras venir aquí entre semana.

—La verdad es que no —dijo Chloe sonriendo—. ¿Dónde está Brian? ¿No ha venido contigo?

—Está jugando al fútbol. Yo he venido con Samantha… la conoces, ¿verdad? Trabaja conmigo en el banco. Y tú tampoco has venido con Nile, ¿verdad?

—No, no hay vuelta atrás, Gilí —aseguró ella—. Eso se acabó.

—Todavía no me lo puedo creer —contestó Gillian, mirando a su amiga con cariño.

Chloe se encogió de hombros.

—Entonces ¿con quién has venido?

—Con mi jefe. Ha ido a la barra a por las bebidas —respondió ella, señalando a Steven.

—¿Quién es?

—El moreno.

—¿Ese Adonis?

—Sí —contestó Chloe sonriendo—. Sí, es muy guapo, ¿verdad?

—Es una manera de decirlo. Yo no lo echaría de mi cama —Gillian miró hacia la barra con los ojos muy abiertos—. ¡Vaya!

—Pero hemos venido a hablar de trabajo —añadió Chloe.

—¿De verdad? Bien… solo puedo decir que lo aproveches. ¿Es soltero?

—Sí, pero…

—Nada de «peros». Es muy guapo.

—Es mi jefe, Gilí. Y de todos modos, no es mi tipo…

Cortó la frase al ver que le ponían delante una copa de vino. Ella miró para arriba y se encontró con que los ojos de Steven estaban mirándola fijamente. Sintió que se le paraba el corazón.

—¿Quién no es tu tipo? —preguntó, arqueando una ceja.

—Oh… nadie. Steven, esta es Gillian Dentón, una amiga. Gillian, este es mi jefe, Steven Cavendish.

—Encantado de conocerte.

—Para mí sí que es un placer —contestó ella, con una amplia sonrisa.

Steven se sentó y Gillian no hizo ademán de moverse.

—Así que eres el jefe de Chloe —preguntó la pelirroja, acercándose a él.

—Así es —respondió él, no muy interesado en la amiga de Chloe.

—Es una chica estupenda. No hay muchas como ella —añadió de manera efusiva Gillian.

Steven miró a Chloe y sonrió al ver que se ponía colorada.

—Sí, lo sé.

—Pero a veces no le conviene ser tan buena… Claro, que Nile se dará cuenta de su error y volverá —continuó Gillian, sin detenerse a pesar de la incomodidad de Chloe.

De repente, Gillian vio a su otra amiga entre la gente.

—Allí está. Os dejo que sigáis con vuestra reunión de negocios. Hasta pronto, Chloe… me alegro de haberte conocido, Steven.

Gillian esbozó una sonrisa, hizo un gesto a Chloe y desapareció entre la multitud.

—Lo siento… Pero lo hace con buena voluntad —dijo ella, al ver la expresión de Steven.

—¿Quién me dijiste que era?

—Una vecina. Vive en el apartamento que está frente al mío —

respondió Chloe, dando un sorbo a su vino. Luego lo miró—. ¿Qué tenías que decirme sobre las entrevistas de mañana?

—¿A cuántas has reunido?

—A cinco. Cuatro son inglesas y una es sueca.

Steven bebió un trago de cerveza.

—¿Qué te dijeron en la agencia sobre la sueca?

—Que tiene buena titulación y que habla bien inglés. ¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó, levantando la vista de los papeles que estaba leyendo.

Él le sonreía divertido.

—Nada. Bueno, la verdad es que lo que te preguntaba es más bien… si era del tipo de sueca rubia, alta y con buen cuerpo.

—Ah, bien, es lo más importante, claro —contestó Chloe sin sonreír—. ¿Es lo que querías que pusiera en la lista de requisitos? ¿Tiene que ser rubia, alta y con buen cuerpo?

Steven soltó una carcajada.

—No, es una broma. No quiero distracciones en ese sentido. La vida ya es suficientemente complicada de por sí. No, solo quiero que sea una chica agradable, en la que se pueda confiar y que demuestre que quiere a los niños de verdad. Con eso me conformo… el aspecto no es ningún requisito.

Chloe asintió y bebió otro sorbo de vino. En la mesa de enfrente se sentó un grupo de personas algo escandalosas.

—¿Y de horas? —preguntó ella, tratando de concentrarse.

—¿Qué has dicho?

Chloe se acercó y le repitió la pregunta.

Steven no contestó enseguida. La miraba como si estuviera contemplando un cuadro. Tenían los rostros muy juntos el uno del otro; ella lo miró fijamente a los ojos y sintió que el corazón le comenzaba a palpitar a toda velocidad.

—¿Dónde me dijiste que ibas esta noche? —preguntó de repente.

—No… lo dije.

—Entonces, ¿es una cita con un hombre?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Por nada, simple curiosidad.

—Es solo… que he quedado a cenar con una persona.

Se sonrojó al ver cómo la miraba él. Fue como si penetrara en su corazón. Y ella, ¿por qué le estaba mintiendo? ¿Qué pasaría si decía que no iba a ir a ninguna parte? La tentación era poderosa, pero no

se atrevía. Era mejor mantener la distancia con Steven. Al fin y al cabo, era su jefe.

Entonces, ¿por qué estaría tan interesado por lo que iba a hacer esa noche?

—¿Nos vamos? —preguntó de repente Steven—. Aquí hay demasiado ruido. ¿A cuánto está tu apartamento de aquí? —añadió ya en la calle.

—A diez minutos —contestó Chloe—. Escucha, Steven. ¿Por qué no te vas a casa, te sientas y apuntas los requisitos que quieres para la chica, el horario y todo eso? Yo lo leeré luego, antes de que comiencen las entrevistas, como lo hicimos la otra vez.

Él asintió.

—Sí… de acuerdo.

Chloe, que no sabía qué hacer, miró la hora.

—La verdad es que hace tan buena noche que creo que me voy a ir andando.

—Te acompaño —dijo Steven.

—No hace falta.

—Ya sé que no hace falta —dijo él, sonriendo—. Pero quiero hacerlo. De todos modos, me viene bien hacer un poco de ejercicio y, como has dicho, hace una buena noche.

—Oh… de acuerdo.

Ella se colgó el bolso y metió las manos en los bolsillos. La situación se estaba volviendo cada vez más extraña, pensó, tratando de adivinar por qué Steven estaba haciendo todo aquello.

Ninguno de los dos rompió el silencio mientras caminaban. Era como si ambos estuvieran sumidos en sus pensamientos. Chloe miró de reojo a Steven un par de veces, preguntándose qué estaría pensando, pero su rostro era totalmente hermético.

Cuando llegaron a la calle donde vivía Chloe, esta, muy nerviosa, buscó algo que decir. Algo que relajara la tensión que sentía por dentro.

—¿Está Gina con Beth? —preguntó al final.

—Sí, se quedará cuatro semanas más. ¿Crees que tu amiga tenía razón cuando dijo que Nile volvería?

Estaban de pie ante la puerta de su casa.

—No, definitivamente no.

—Entonces, no es con Nile con quien has quedado, ¿verdad?

—No.

Ella bajó la vista y comenzó a buscar las llaves en el bolso.

—Bien —Steven la miró con preocupación—. No me gustaría que le dieras una segunda oportunidad y que volviera a hacerte daño… eres demasiado buena, Chloe.

—¿Sí? —preguntó ella, no muy complacida—. Gracias por el voto de confianza. Pero en realidad no me conoces. Por ejemplo, creo que no voy a firmar lo de la casa hasta que Nile no me pague algunas de las facturas que me dejó.

—No sabía que había dejado facturas sin pagar.

Chloe se puso colorada.

—Pues… sí —admitió—. Esa fue la principal razón por la que te pedí un aumento de sueldo.

—Entiendo —contestó muy serio—. Creí que era porque te habían ofrecido más dinero en la otra empresa.

—No… Nile me dejó en una situación… desastrosa. Pero voy a recuperarme pronto.

Steven no tenía duda de que Chloe era capaz de cuidarse de sus propios asuntos. Era una mujer competente y capacitada. Pero el dolor que veía en sus ojos en ese momento le mostraba también un lado frágil. Era evidente que Nile se había comportado como un canalla.

—¿Quieres que te ayude?

A ella la sorprendió aquello.

—No… gracias, lo puedo solucionar yo sola.

Steven se sintió decepcionado por la respuesta.

—Bueno, si cambias de opinión, la oferta sigue en pie —contestó, como sin darle mucha importancia—. ¿Tienes tiempo para invitarme a una taza de café? —preguntó en voz baja.

Al decirlo, le quitó la llave de la puerta y el roce de sus manos provocó en Chloe un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

—Bueno, un café rápido. No quiero llegar tarde a la cena.

—No te preocupes.

Capítulo 6

STEVEN no se sentó cuando Chloe fue a preparar el café, sino que se puso a pasear por el salón. Se detuvo unos segundos frente a la ventana y miró hacia el pequeño parque que había en el centro de la plaza. El cielo estaba empezando a volverse rojizo y ya habían encendido las farolas.

Se dio la vuelta y observó la estancia. Estaba todo muy ordenado. Sobre la chimenea había varias velas y fotografías. Se acercó para verlas mejor.

—¿De quién son estas fotos? —preguntó cuando Chloe volvió con el café.

—Una es la foto de boda de mi padre y Margaret. Y la otra es mi madre con veintiún años. Y esa es mi hermana Sinead.

—Es muy guapa.

—Sí, lo es. También es muy inteligente. Ha terminado medicina y va a hacer la tesis —contestó, sirviendo el café.

—¿Estás unida a tu hermana?

—Sí, a pesar de la diferencia de edad y de que vivimos ahora muy lejos la una de la otra, seguimos muy unidas.

Steven dejó la fotografía.

—Entonces, a pesar de todo, estás deseando ir a su boda, ¿no es así?

—Sí… —respondió, no muy convencida.

—¿Con quién se casa?

—Con Mark. Es un chico muy amable y se llevan muy bien.

—Entonces, ¿qué pasa? —Steven se apoyó en la chimenea y la miró con detenimiento—. Me ha parecido que no estabas muy convencida de querer ir a su boda.

—Sí, estoy convencida.

—Entonces hay algo que te impide disfrutar de la boda de tu hermana.

—No es cierto —dijo Chloe, que estaba apoyada en la ventana

bebiendo su café.

—Pero no quieres ir sola, ¿verdad? Hoy, por ejemplo, has dicho que quizá le pidieras a Cliff Roberts que te acompañara.

—Era una broma.

Steven arqueó una ceja.

—Pero no quieres ir a la boda sola, ¿verdad?

—Bueno, a nadie le gusta ir a una boda solo… Es una de las raras ocasiones en las que todo el mundo va con pareja, como en el arca de Noé.

El sonrió ante la comparación.

—Pero hay algo más, ¿a que sí?

Ella lo miró con los ojos entornados.

—No se te pasa nada, ¿eh?

Steven se encogió de hombros.

—Bueno, si de verdad quieres saberlo… es mi padre. Sé que le haría mucha ilusión verme casada. Y ahora que mi relación con Nile ha terminado, se habrá puesto a buscar nuevos candidatos para presentármelos en la boda.

Chloe hizo una pausa y alzó las manos con impotencia.

—Sé que estarás pensando que bastará con no hacerle caso a mi padre y concentrarme en disfrutar de la boda. Pero es muy difícil ignorarlo cuando se pone a hacer de casamentero. Las últimas dos veces que me han llamado, ya me han hecho ciertas sugerencias sobre algunos solteros de la zona. Cosas como: « ¿Te he hablado alguna vez de Joe McCarthy, Chloe? Tiene una parcela de ciento veinte acres y todos los dientes sanos».

—Bueno, siempre que no quiera que le zurzas los calcetines…

Ella lo miró y vio que estaba de broma.

—Da igual —dio un suspiro—. Mi padre es así. Es tan sutil como un ladrillo. Es una estupidez, porque hoy en día muchas mujeres deciden quedarse solteras. Para ser médico y un hombre inteligente, está bastante anticuado.

—Se preocupa por ti. Es el trabajo de los padres.

—Bueno, pues no tiene por qué —contestó enfadada—. Quizá esté mejor sola, concentrada en mi carrera y olvidándome de los hombres.

—Eso sería una pena —respondió Steven con dulzura.

El hombre dejó su taza sobre la mesa y el movimiento fue tan firme, que Chloe creyó que se iba a marchar. Pero en lugar de ello, se acercó a ella.

—Tengo una idea.

—¿Qué tipo de idea?

Steven apoyó una mano sobre el alféizar de la ventana, al lado de donde estaba ella. El hecho de estar tan cerca de él puso nerviosa a Chloe. Alzó los ojos y luego deseó no haberlo hecho al recordar el viernes anterior y el beso que se habían dado.

Los ojos de él se clavaron en sus labios. Nadie la había hecho sentirse así jamás.

—¿Y si te acompaño a la boda?

—¿Tú? ¿Por qué ibas a acompañarme?

—Tú me ayudaste este fin de semana y me gustaría corresponderte.

—Pero es un viaje, Steven. Es un fin de semana en Irlanda con mi familia.

—Será divertido. Nunca he estado en Irlanda.

—No sé qué decir… Pero todo el mundo creerá que voy con mi novio y tú eres mi jefe.

—El que sea tu jefe no quiere decir que no pueda ser también tu novio. ¿O crees que no puedo interpretar el papel de manera convincente?

—No lo sé… ¿por qué querrías interpretar ese papel?

—Yo también tengo varias cenas de compromiso en los próximos meses y tampoco voy a tener pareja.

—¿Quieres decir que sería como un acuerdo comercial?

—No hace falta que hagamos un documento escrito, ¿verdad? Además, he decidido dejar de planear mi vida con exactitud.

Chloe frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Estoy diciendo que quizá podríamos ayudarnos el uno al otro. Tú necesitas una pareja para esta boda y yo voy a tener algunos compromisos en el futuro en los que necesitaré una mujer a mi lado… El mes que viene, por ejemplo, tengo una cena. Todos los altos directivos vienen a casa y a mí me vendría bien tener pareja.

—Steven, estoy segura de que no te será difícil encontrar pareja. Así que, ¿por qué quieres que sea yo?

—¿Y por qué no? Eres inteligente y encantadora. Lo cual es una ventaja para esa clase de reuniones.

—Pero si te vienes a la boda de mi hermana y yo hago de anfitriona en tu fiesta, la gente va a empezar a creer que hay algo entre nosotros.

—Que crean lo que quieran. Ninguno de los dos estamos casados, así que no vamos a hacer nada malo.

—Pero es que tú eres mi jefe. Y si mantenemos una relación fuera de la empresa, puede acabar afectando a nuestro trabajo.

—Estoy dispuesto a arriesgarme —aseguró Steven con voz grave —. La otra noche nos dimos un beso y no ha pasado nada. De hecho, a juzgar por cómo fue, creo que podremos pasar perfectamente en la boda por amantes.

—Pero ambos estuvimos de acuerdo en que aquel beso había sido producto de un momento de locura —replicó ella.

Al recordar el modo en que ella lo había besado el viernes por la noche, Steven sintió cómo un intenso deseo se despertaba en su interior. Porque quizá hubiera sido una locura, pero eso no le había restado placer. De hecho, no había podido dejar de pensar en aquel beso desde entonces. En el calor de sus labios, en su cuerpo sensual…

—Es cierto que fue una locura —dijo él, acercándose y quitándole las gafas—. Y creo que la locura está volviendo a apoderarse de mí.

Ella, al verlo tan cerca, sintió que el corazón le empezaba a latir a toda velocidad.

Entonces la besó y ella se rindió, agarrándose a los hombros de él. Chloe sintió sus manos, acariciándole la espalda y subiendo luego hasta la horquilla que le sujetaba el cabello. Este, una vez liberado, le cayó sobre los hombros. Él, después de echarle la cabeza hacia atrás, comenzó a besarle el cuello, haciéndola estremecer de placer.

Chloe sintió las manos de él sobre su cintura y, poco después, sobre sus senos. Fueron manos ardientes, manos que despertaron un intenso deseo en ella. Steven le quitó la chaqueta y empezó a desabrocharle la blusa. Ella sabía que debería detenerlo, pero no lo hizo porque en realidad lo deseaba de un modo tan poderoso, que la razón no podía hacer nada para evitarlo. Se quedó muy quieta mientras le abría la blusa y le bajaba el sujetador, dejando sus senos al descubierto.

Al sentir las manos de él sobre ellos, se quedó sin respiración. Los dedos de él contra su piel desnuda la excitaban de tal modo,

que su cuerpo se estremecía de la cabeza a los pies.

Chloe cerró los ojos, dejándose llevar por el intenso placer, mientras él le besaba un pezón.

Cuando él metió las manos por debajo de la falda, ella volvió a decirse que debería detenerlo. Pero no quería parar.

La falda cayó al suelo, y ella quedó delante de él con unas medias de encaje y unas braguitas minúsculas. Steven le dio la mano y la condujo hasta el sofá. Él se sentó primero y la atrajo para que se sentara a horcajadas encima suyo.

—No deberíamos hacerlo —susurró ella con voz ronca.

—Es cierto —admitió él, quitándole la blusa—. Pero no pensemos en eso. Limitémonos a disfrutar.

Le desabrochó el sujetador y comenzó a acariciarle los senos con los pulgares. Ella soltó un gemido de placer y, entonces, él comenzó a lamerle los pezones. Luego, se retiró para contemplarla así, con el pelo suelto y el placer dibujado en su rostro.

—Esto está mal —susurró ella antes de besarlo en la boca con apasionamiento—. Pero tienes razón. Limitémonos a disfrutar.

El deseo que reflejaba el tono de voz de ella excitó aún más a Steven, que comenzó a desabrocharse los pantalones mientras ella le quitaba la corbata y comenzaba a desabotonarle la camisa.

—Dime que me deseas —le pidió él, acariciándole de nuevo los pezones.

—Te deseo —susurró ella, incapaz de controlarse.

Cuando sintió que él le apartaba las braguitas y comenzaba a acariciarle el sexo húmedo, soltó un gemido.

—Chloe Brown, eres todo un enigma —susurró él—. Bajo esa imagen remilgada que llevas, se esconde una mujer apasionada.

—No digas nada más —le pidió ella—. Hazme el amor.

Entonces él la penetró y trató de concentrarse en darle placer, pero enseguida se sintió tan excitado por los gemidos de ella, que no pudo controlarse más. Acto seguido se dejó llevar y alcanzó el clímax a la vez que ella.

Cuando acabaron, Chloe se abrazó a él, que comenzó a acariciarle el cabello.

Ella no se atrevía a mirarlo a los ojos. Le asustaba que un hombre tuviera tanto poder sobre ella. Estaba algo enfadada consigo misma por su falta de control.

Finalmente, se apartó de él y comenzó a vestirse con manos temblorosas. Se alegró de que la habitación estuviera iluminada

solo por las luces de la calle.

—Steven, ha sido solo sexo —dijo, tratando de encontrar una salida que la hiciera recuperar su habitual autocontrol.

—Por supuesto —contestó él, algo extrañado por el tono de ella.

—Bien. Porque mientras ambos estemos de acuerdo, no habrá ningún malentendido entre nosotros. Al fin y al cabo, trabajamos juntos y no podemos dejar que lo personal afecte a nuestro trabajo.

Steven levantó el brazo para encender la lámpara que había a su lado.

—¡No! ¡No enciendas! —exclamó ella en un tono que contradecía lo que acababa de decir.

Él bajó el brazo, dándose cuenta de que a ella no le había afectado aquello tan poco como estaba tratando de fingir.

—¿Te marchas ya? —le preguntó ella, poniéndose la falda.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí.

Él se levantó y se acercó a ella, pero Chloe retrocedió.

—No, Steven.

—¿Por qué no?

—Porque… —ella iba a decir que temía que se repitiera lo que acababa de ocurrir—. Porque me aseguraste que no te quedarías mucho y quiero que te vayas.

—Vas a llegar tarde a tu cita, ¿no es eso? —preguntó él en un tono seco.

—Sí, voy a llegar muy tarde.

—Pues entonces seguiremos mañana —dijo él, sonriendo.

Ella no se esperaba que Steven la agarrara de un brazo mientras se dirigía a la puerta. En un momento, la atrajo hacia sí y la besó. Ella trató de apartarlo, pero sin mucha convicción y enseguida se encontró respondiendo a su beso.

Fue el agudo timbre del teléfono lo que hizo que se separaran.

—Hasta mañana —se despidió Steven.

El teléfono siguió sonando después de que él saliera, pero ella no contestó.

Mientras se dirigía a la ventana, saltó el contestador.

—Chloe, creía que habíamos llegado a un acuerdo.

Apoyó la frente en el frío cristal y se quedó mirando a Steven,

que acababa de salir a la calle.

—Dijiste que te pensarías lo de cederme el depósito de la casa —siguió diciendo Nile, que evidentemente estaba enfadado—. ¿Sabes cuánto dinero perderé si no firmas esos documentos?

Ella vio cómo se alejaba Steven. Luego cerró los ojos y trató de no hacer caso a las palabras de Nile. Así era como terminaba el amor, pensó con amargura.

Así que, si empezaba una relación Steven, sucedería lo mismo. ¿O no?

—Podemos vernos y hablar esto como personas adultas. Te llamaré mañana al trabajo —añadió Nile antes de colgar.

Capítulo 7

CUANDO la tercera candidata cerró la puerta del despacho, Chloe tachó su nombre de la lista. Las entrevistas no estaban yendo bien. No había encontrado a nadie que pudiera hacerse cargo de Beth. Y esa era la última de las candidatas que vería ese día.

Echó un vistazo a las notas que había tomado, tratando de pasar por alto que Steven la había pedido que fuera a verlo en cuanto acabara las entrevistas. No estaba preparada todavía para encontrarse con él. Por suerte, cuando había llegado al trabajo, él estaba hablando por teléfono. Pero aun así, solo de verlo, se había puesto nerviosa.

En ese momento llamaron a la puerta. Era David, del departamento de contabilidad.

—Ah, bien, estás aquí todavía —dijo, sonriendo.

—Por supuesto que estoy aquí. Es solo las la una y media —respondió ella, sonriendo a su vez—. ¿Desde cuándo salgo a almorzar fuera?

—Si estás buscando que me compadezca de ti, olvídate —aseguró David, echándose a reír—. Como te digo siempre, no deberías tomarte el trabajo tan en serio —añadió, sentándose en el borde del escritorio—. Bueno, ¿y cómo te va?

—Bien —respondió reclinándose en su asiento.

David acostumbraba a charlar un rato con ella cada vez que tenía que ir al despacho de Steven. Era un buen tipo, de unos treinta y cuatro años, rubio y con cierto atractivo.

Chloe se había enterado de que estaba saliendo con Cathy, una de las recepcionistas.

—Y tú, ¿qué tal estás?

—He estado mejor —David hizo una mueca, señalando el

despacho—. ¿Y el jefe? ¿Está de buen o de mal humor?

—No lo sé. Hoy no he hablado todavía con él.

—Estás muy atareada, ¿no es así? Esperemos que se llegue a un acuerdo con Renaldo antes de que nos volvamos todos locos.

—A ver si es verdad.

—Este viernes por la noche vamos a ir a tomar una copa al pub después del trabajo. ¿Por qué no te vienes?

—Me encantaría acom… —no terminó la frase—. Ah, no puedo. Le prometí a Steven que el viernes lo acompañaría a Manchester e imagino que volveremos tarde.

—Steven Cavendish te hace trabajar demasiado —David se inclinó hacia ella sobre el despacho—. Dile que tus amigos también te necesitan.

—Quizá vuelva a tiempo —Chloe frunció el ceño—. Le preguntaré a Steven a qué hora cree que volveremos. Quizá pueda reunirme con vosotros más tarde.

—No estarás aquí antes de las diez —los interrumpió la voz de Steven, al que no habían oído entrar.

Se los quedó mirando muy serio y Chloe no entendió el motivo.

David se puso en pie y cruzó una mirada cómplice con ella.

—Te he traído las cuentas que me pediste —dijo, recogiendo los papeles que había dejado encima del escritorio.

Una vez se los entregó David, Steven se quedó examinándolos.

—Veo que no están las cuentas del restaurante Galley.

—Es que todavía no nos han llegado.

Steven frunció el ceño.

—¿Y para cuándo las tendremos?

—Para mañana.

—A primera hora.

—De acuerdo —David se fue hacia la puerta y salió después de sonreír a Chloe.

Steven siguió frente al escritorio de ella, estudiando las cuentas. Ella trató de concentrarse en el ordenador, pero la ponía nerviosa la presencia de él.

Se preguntó si él estaría arrepentido de lo de la noche anterior.

—¿Qué tal las entrevistas? —le preguntó Steven de repente.

—Me temo que no muy bien.

—Te pedí que fueras a verme cuando acabaras.

—Sí, pero es que no me ha dado tiempo.

Él asintió.

—¿Y puedes venir ahora, por favor?

—Por supuesto.

Steven le dejó pasar primero y luego cerró la puerta detrás de él.

—¿Qué quería David? —le preguntó en tono brusco.

—Solo venía a traerte las cuentas —respondió ella, poniéndose muy seria—. Bueno, y también me ha contado que algunos compañeros de la empresa van a salir el viernes a tomar una copa.

—¿Fue con él con quien saliste a cenar anoche?

—¿Con quién? ¿Con David? —Chloe abrió los ojos de par en par —. Por supuesto que no. ¿Estás bromeando?

—No… era simple curiosidad —Steven se sentó tras su escritorio.

Se quedaron un rato en silencio y ella notó que el corazón le empezaba a latir a toda velocidad.

—Tenemos que hablar de lo que pasó anoche —comentó él por fin.

—No hay nada que comentar —replicó ella con frialdad—. Fue solo sexo y no debemos permitir que eso arruine nuestra relación laboral.

—¿Estás tomando la píldora?

Chloe se sonrojó un poco.

—Ya es un poco tarde para que me lo preguntes, ¿no te parece?

—¿Qué me respondes? ¿Sí o no?

Ella se sentó frente a él.

—Sí.

—Muy bien. Así tendremos que preocuparnos de una cosa menos.

—¿Es que estabas preocupado? —preguntó ella con ironía.

—Soy un hombre responsable y te aseguro que no fui a tu apartamento pensando en nacerte el amor.

—Nunca he pensado lo contrario.

—Y entonces, ¿por qué me miras como si me echaras la culpa?

—No te estoy echando la culpa de nada —aseguró ella.

Chloe se había pasado la noche recordando lo sucedido y sabía perfectamente que había sido ella quien le había pedido que le hiciera el amor. Y eso era algo que le costaba mucho admitir, ya que había perdido por completo el control y se había entregado a él sin más.

—Es que… estoy enfadada conmigo misma, eso es todo —admitió—. Me gustaba nuestra relación laboral tal y como era

antes.

—También a mí, pero también me gustó lo que pasó anoche. De hecho, disfruté mucho y, a menos que seas una excelente actriz, me parece que tú también disfrutaste.

—Sí, pero no creo que debamos mezclar lo laboral con lo personal —replicó ella de manera tajante.

—Pues me parece que ya es algo tarde para eso.

Steven se quedó mirando el cuerpo de Chloe. Como siempre, llevaba un traje discreto. Recordó cómo la había desnudado la noche anterior y la sorpresa de ver que llevaba una ropa interior delicada y femenina. También recordaba la forma dulce y suave de su cuerpo, que se amoldaba perfectamente al de él. De repente, sintió un deseo tremendo de empezar a desabrocharle los botones de la camisa para acariciar y besar la piel que escondía debajo.

—Creo que nuestra relación tiene que continuar hacia delante en vez de retroceder —afirmó Steven—. Mi propuesta de acompañarte a la boda de tu hermana sigue en pie —añadió con firmeza y mirándola a los labios.

—He cambiado de opinión —replicó ella, enfadada por la facilidad con que él conseguía excitarla. Con solo mirarla—. No creo que sea buena idea.

—Pues yo creo que sería el trato perfecto —protestó él en un tono frío—. Yo tengo esa cena el veintiséis y me vendría muy bien que vinieras… y luego está la fiesta en mi casa a finales de mayo, la de los directivos. Tu ayuda sería muy valiosa.

El repentino cambio de tono en Steven la confundió.

—Escucha, Chloe, me doy cuenta de que Nile te ha hecho daño y quizá no estés preparada todavía para comenzar otra relación. Eso me viene bien porque yo tampoco quiero mantener una relación demasiado comprometida con nadie.

—No, estoy segura de que no la quieres. Es otra de las razones por las que lo de anoche fue un error. Hace muy poco que has terminado con Helen.

—Estoy totalmente de acuerdo. La noche anterior fue estupenda, pero no creo que debamos estropear nuestra relación laboral ni complicarnos la vida en este momento.

—Yo pienso lo mismo.

—Bien, entonces estamos de acuerdo. Vendrás el próximo martes a esa cena y yo iré a la boda de tu hermana. Seremos la pareja perfecta.

Ella lo miró con expresión de duda.

—Es un trato muy razonable, Chloe.

—Bueno… siempre que sea solo cenar, Steven —trató de mirarlo a los ojos—. No voy a acostarme contigo.

—No te preocupes, nunca he forzado a una mujer a hacer nada, Chloe. Jamás —aseguró él—. Y ahora, ¿empezamos con el trabajo? Necesito enviar una carta a la sucursal de la isla de Man —continuó en un tono completamente profesional.

Chloe agarró una pluma de su escritorio, asombrada todavía por el repentino cambio de rumbo que había tomado la conversación.

—Al señor James McCord, contable de publicidad… Veamos —dijo entornando los ojos, pensativo.

Chloe lo observó mientras se hacía miles de preguntas. Y la principal era si había hecho bien aceptando que la acompañara a Irlanda.

Aunque, ¿por qué no? Lo que había ocurrido la noche anterior no podían borrarlo, pero tampoco quería decir nada. Sinceramente, pensaba que Steven seguía enamorado de Helen. Había estado saliendo con ella mucho tiempo. Incluso se habrían casado si ella se hubiera comportado de un modo más maternal con su hija.

Querer a una mujer y tenerla que dejar porque no era la mujer adecuada para cuidar de su hija debía haber sido muy duro para él.

Se quedó mirando su atractivo rostro.

Steven era una buena persona. Respetaba mucho el hecho de que antepusiera el bienestar de su hija al suyo propio.

¿Por qué no llevarlo a Irlanda? Todos se quedarían impresionados y su padre la dejaría tranquila durante un tiempo.

¿Por qué no arriesgarse? Se había pasado dos años tratando de amoldarse a una forma de vida convencional con Nile y no le había servido para nada.

Steven continuó con su dictado y ella se esforzó por concentrarse.

—Tienes que llamar al restaurante Waterside esta tarde —le recordó una vez terminada la carta—. Ah, y el director de Galley

quiere que vayas a ver su nueva promoción.

—Bien —contestó Steven, mirando la hora—. Lo haré después. ¿Qué ha pasado con las chicas que has entrevistado esta mañana?

Chloe buscó las notas que había tomado.

—La sueca era una persona dura y seca. Creo que estaría todo el tiempo diciéndole a Beth que no hiciera tal o cual cosa —miró a Steven—. Aunque era muy guapa.

—Entonces quítala de la lista —contestó él sin poder evitar un brillo de humor en los ojos.

—La segunda mujer, la señorita McArthur, está obsesionada con la educación y la limpieza… que está muy bien, pero creo que le da demasiada importancia. Me imagino que si Beth pisara la alfombra con los pies llenos de barro, ¡sería capaz de cualquier cosa!

—¿Y la tercera?

—La señorita Readon era una mujer simpática, pero por desgracia tiene seis hijos. Aunque son todos ya adolescentes, no se podría quedar nunca después de las siete —Chloe alzó la vista—. Es buena cocinera, sin embargo, y parece muy cariñosa.

Hubo un gran silencio mientras Steven digería todo aquello.

—Mañana tengo otras dos entrevistas. Quizá haya más suerte.

—Ojalá.

Ella recogió la hoja que Steven le acababa de dictar.

—¿Quieres que envíe la carta hoy mismo?

—Sí, lo antes posible.

En ese momento, sonó el teléfono y él lo descolgó. Chloe se levantó y fue a su despacho. Se sentó detrás del ordenador y trató de ignorar la voz de su conciencia, que le preguntaba por qué había mentido a Steven la noche anterior al decirle que estaba tomando la píldora.

Capítulo 8

CHLOE, sentada en un banco en el parque, desenvolvió los sándwiches. El olor del atún era nauseabundo. ¿Por qué no se había dado cuenta de que estaba pasado al abrir la lata aquella mañana? Enfadada, lo envolvió de nuevo y lo tiró a una papelera.

No tenía tiempo de ir a comprarse ninguna otra cosa. Nile llegaría en cualquier momento y ella tenía que estar de vuelta en el despacho en media hora. Dio un suspiro y se recostó en el banco.

Levantó el rostro hacia el sol, pensando en lo bonito que estaba el parque. Era increíble pensar que dos semanas antes todo estaba cubierto de nieve.

Miró la hora y vio que Nile se retrasaba ya cinco minutos. Se preguntó si debería esperarlo o irse al despacho antes de la hora. Todo era un desastre allí, lo había sido durante las dos últimas semanas porque Renaldo había estado a punto de no seguir adelante con el trato.

Steven había estado muy nervioso. Nunca lo había visto así. Lo único bueno de ello era que su… encuentro en el apartamento había sido olvidado, debido a las circunstancias.

Por otra parte, el fin de semana anterior, ella había hecho de anfitriona en una fiesta que había dado Steven. Había sido una noche estupenda, un oasis en medio de la tensión de la semana.

Uno de los restaurantes de Steven había llevado la comida y habían cenado en su casa. Fueron unas seis personas, todos socios. Al finalizar la cena, él se comportó como un caballero y la llevó a casa.

El único momento incómodo fue al despedirse. De repente, ella había sentido deseos de que la besara. Y por un instante, había creído que iba a hacerlo. Pero al final la acompañó a la puerta, esbozó una sonrisa y le dio las buenas noches. Luego se dio la vuelta y se marchó.

Notó una sombra y miró hacia arriba. Era Nile.

—Hola, Chloe. Siento haber llegado tarde. Me entretuve en el trabajo.

—No te preocupes.

—¿Cómo estás? —preguntó él, sentándose a su lado.

—Bien, ¿y tú? —lo miró a los ojos, que siempre le habían gustado.

Eran amables y cariñosos.

—Oh, a mí también me van las cosas bien —se encogió de hombros y metió la mano dentro del bolsillo de la chaqueta.

Chloe se preguntó de repente si se habría acordado de que aquel era el día de su cumpleaños y le habría llevado algo. Pero cuando Nile sacó los documentos que quería que firmara, estuvo a punto de soltar una carcajada por ser tan estúpida.

—Estás siendo muy amable al aceptar la firma de estos documentos, Chloe. De verdad, te lo agradezco.

Ella tomó los documentos y comenzó a leerlos.

—No hace falta que los leas —dijo él, sorprendido.

Ella lo miró.

—Gracias por el consejo, pero nunca firmo nada sin leerlo.

—Bueno, es que tengo que volver al trabajo dentro de diez minutos.

Ella lo ignoró y continuó leyendo.

Luego, después de un largo silencio, miró a Nile.

—¿Tienes un bolígrafo?

Él buscó en sus bolsillos y sacó al final uno. Luego se la quedó mirando mientras firmaba.

—Eres muy amable, Chloe. Te lo agradezco mucho, de verdad. Y no te preocupes, te devolveré el dinero que te debo.

Chloe era lo suficientemente realista como para saber que eso no iba a suceder, pero le devolvió los documentos.

—Que tengas suerte, Nile.

—Sí… sí… Tú también —contestó él, levantándose al ver que ella lo hacía, dispuesta a marcharse.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Steven al verla entrar.

—Tenía una cosa que hacer —respondió, dejando su abrigo detrás de la puerta.

—¿Quieres decir que has estado con Nile Flynn?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, sorprendida.

—Llamó aquí para decir que iba a llegar tarde.

—Y si sabías dónde estaba, ¿por qué me has preguntado?

—¡Oye, no te enfades conmigo! —la advirtió él—. El que seas una mujer de cierta edad…

—¿Cierta edad?

—Un pajarito me ha dicho que hoy cumples treinta años.

—¿De verdad? Demandaré a ese pajarito por calumnia.

Él metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cajita envuelta en papel de regalo.

—Feliz cumpleaños.

Ella miró la caja con los ojos muy abiertos.

—No te va a pasar nada si la abres —dijo Steven, divertido al ver que ella no hacía ademán de agarrarla.

—Me emociona que te acuerdes de mi cumpleaños, Steven —murmuró sin tocar la caja.

Él se encogió de hombros.

—Me acordé el año pasado, ¿no?

Ella recordó el precioso ramo de flores que le había enviado al despacho y sonrió.

—Es verdad.

—Y, de todos modos, tu cumpleaños es una semana después del de Beth. No es tan difícil acordarse. Me dijo que te diera las gracias por la muñeca, que por cierto, le encanta.

—Me alegro —Chloe agarró la caja—. No deberías haberme comprado nada.

—Lo sé, pero me apetecía.

Steven se quedó mirando cómo rasgaba el papel y abría la caja. En ella había una cadena de oro con un delicado diamante.

—Es precioso, Steven. Muchas gracias.

—Y hay otra cosa —le dio una tarjeta que había dejado sobre su mesa y que ella no había visto.

Chloe la abrió y contempló la delicada imagen de unas rosas. Solo ponía:

Feliz cumpleaños.

Con cariño, Steven y Beth.

Beth había escrito su nombre y al lado había puesto besos y abrazos. Eso la conmovió. Notó que se le humedecían los ojos y parpadeó varias veces, tratando de recuperarse para darle las gracias a Steven.

—No te enfades demasiado, treinta no años no son tantos —añadió él—. Es más, dicen que la vida comienza a los treinta.

—Eso es a los cuarenta —corrigió ella de manera automática.

—¿Sí? Bueno, en realidad no importa. Piensa entonces en los treinta como en la época en que va a comenzar tu felicidad.

—A veces eres un poeta, ¿lo sabías?

—¿Quieres que me lo ponga para que lo veas? —preguntó Steven, señalando el colgante.

—¿Para que vea cómo te queda? No creo que te quede bien, Stevie —respondió ella, riéndose a carcajadas.

Él la miró con los ojos muy abiertos.

—Hacía mucho tiempo que no me llamaban Stevie.

Chloe notó que se sonrojaba. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había llamado así.

—Lo siento…

—No, no importa. Una mujer bastante apasionada solía susurrármelo al oído cuando quería que hiciéramos el amor —Steven vio que ella se ponía colorada y sonrió—. Eso te enseñará a no gastarme bromas, Chloe Brown —dijo con voz ronca.

Se levantó, tomó la cajita de sus manos y se colocó detrás de ella para ponerle el colgante.

Al rozarla con los dedos provocó en Chloe un escalofrío.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —le preguntó él sin soltar el colgante.

—Gillian quería que saliéramos con otras amigas a tomar una pizza, pero he decidido aplazarlo para la semana que viene. Como mañana nos vamos a Irlanda, tengo que hacer la maleta esta noche.

—¿Preparar el equipaje en el día de tu cumpleaños?

—Sí, bueno, hemos tenido tanto trabajo aquí, Steven, que no me ha dado tiempo a pensar en el viaje.

—Te propongo una cosa. Tómate la mañana libre para hacer la maleta y hoy te vienes a cenar conmigo. De todos modos, ibas a tomarte el viernes de descanso, ¿no?

—Pero eso era antes de que tuviéramos tanto trabajo.

—Chloe, ya me las arreglaré sin ti mañana por la mañana. Será solo medio día —inclinó la cabeza para que su aliento rozara la oreja de la chica—. No le cuentes a nadie que te he dicho esto, pero a veces eres demasiado responsable.

Ella se echó a reír y, al mismo tiempo, quería darse la vuelta y besarlo en los labios. Los tenía muy cerca… y recordaba con todo detalle lo maravilloso que era sentirlos contra los suyos.

—Me encantará cenar contigo, Steven —susurró.

—Estupendo. Entonces te recogeré a las ocho.

Se puso un vestido azul claro que se ceñía a su cuerpo de maravilla, se dejó el pelo suelto y no se puso gafas, sino lentes de contacto.

Estaba mirándose por última vez en el espejo del dormitorio cuando se oyó el timbre de la puerta.

Chloe contestó al telefonillo.

—Soy yo.

La voz de Steven le provocó una extraña sensación en el estómago.

Pulsó el botón y, pocos minutos después, él apareció en la entrada.

—Has llegado temprano.

—Sí, no he tardado tanto como pensaba. No hay apenas tráfico —la miró de arriba abajo—. ¡Caramba! Estás preciosa.

—Gracias.

Él también estaba muy guapo, pensó ella. Su traje azul oscuro parecía de diseño italiano.

—¿Estás lista? He dejado el coche en doble fila, justo en la entrada. Está lloviendo y así no te mojarás al salir.

—Voy a por el bolso y el abrigo.

Steven apoyó levemente una mano en la espalda de ella cuando salieron de la casa. La ligereza del gesto elevó la temperatura de Chloe y la hizo más consciente del poder que ese hombre tenía sobre ella.

Una parte de sí quería decirle que se olvidaran de la cena. «Quedémonos en casa y hagamos el amor». El deseo la devoraba de una manera desconcertante.

Pero intentó pensar en otra cosa. Se dijo que era mejor mantener con él una simple amistad… por lo menos, durante un tiempo, para ver cómo se desarrollaban las cosas. Después de todo, no hacía mucho que había terminado con Helen.

Steven la miró y, al notar que se había quedado pensativa, arqueó una ceja.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

—Estás muy callada.

—Estaba pensando en lo que tengo que meter en la maleta mañana —mintió.

—Beth hizo su maleta hace ya unos cuantos días. ¿Te lo había contado?

—No.

—Pues sí, metió la muñeca que tú le regalaste y un par de ositos de peluche. También su cuento favorito, además de cuatro pares de zapatos y su vestido favorito.

—¿Cuatro pares de zapatos? Es una niña encantadora.

Steven soltó una carcajada.

—Gina ha tenido que luchar mucho para que la dejara rehacer la maleta.

—Parece que está muy contenta con el viaje.

—Es normal. Le ha contado a todo el mundo que va a ir a tu casa de Irlanda. Se lo ha dicho incluso al gato del vecino.

Ella se echó a reír.

—Me alegro de que le apetezca tanto.

—Fuiste muy amable al sugerir que se viniera con nosotros, Chloe —añadió Steven con dulzura.

—La casa es muy grande y los hijos de mi prima estarán allí. Ellie tiene dos niñas de la edad de Beth, más o menos. Sarán es un poco mayor y Jane un año más pequeña.

—De todas formas, has sido muy amable al invitarla —insistió él.

—A propósito, ¿quién se ha quedado con ella hoy?

—Gina, aunque tuve que pedírselo por favor. He de encontrar enseguida a alguien.

—Es difícil.

—Sí, lo es. Pero tú me ayudas mucho, Chloe —cuando la miró de reojo, ella sintió que el estómago se le encogía—. Gracias —añadió en voz baja.

—Sabes que me gusta ayudarte en todo lo que tenga que ver con Beth. Es una niña estupenda.

Aunque la escuchó en silencio, Steven parecía estar pensando en otra cosa.

—¿Sabes? Tú y yo deberíamos salir a cenar con más regularidad —dijo después de un momento—. Después de todo, nuestro negocio es la hostelería. Deberíamos ir cada semana a un sitio diferente como trabajo de investigación.

—Mejor que no lo hagamos.

—¿Por qué?

—Porque engordaría.

—No creo que tengas que preocuparte por eso. Entre nosotros, creo que tienes un cuerpo estupendo… A propósito, he reservado una mesa en el restaurante Waterside. Espero que te apetezca ir allí —añadió, cambiando precipitadamente de tema.

—Es quizá el mejor restaurante de Londres, así que sí me apetece. Pero si quieres investigar, ¿no deberíamos ir a algún restaurante de la competencia?

—Quizá tengas razón —la miró con gesto seductor—. Pero hoy quiero hacer una investigación de otro tipo.

—¿Un control de calidad? —bromeó ella, confiando en no haberse puesto colorada.

—Algo parecido.

El restaurante Waterside estaba a orillas del Támesis. Era un edificio moderno, cuya fachada tenía la forma de un semicírculo de cristal para poder contemplar el río. La decoración era de un estilo que mezclaba el cristal con el hierro forjado, y tenía tres plantas. En la de abajo estaba la barra, que se extendía en una terraza. El restaurante se encontraba en las dos plantas superiores, unidas por una escalera negra de caracol.

Chloe se alegraba de haberse puesto su vestido azul. Era elegante y moderno, por lo que resultaba adecuado para ir allí.

El director del establecimiento, Jamie McDonald, los saludó cordialmente en la entrada. Después de que una persona se hiciera cargo del abrigo de Chloe, fueron conducidos a la barra.

Ella había estado allí varias veces en comidas de negocios, pero nunca había ido con Steven. Se sentó en uno de los altos taburetes y bebió un trago del Chardonnay que les habían servido mientras observaba a los camareros ir y venir. Steven estaba hablando con Jamie.

En una situación normal, ella se habría interesado por la conversación, pero esa noche no. En lugar de ello, pensaba en cómo sería convertirse en la novia de Steven Cavendish. Estudió su perfil y recordó lo bien que sabía besar.

Si Nile le había hecho daño, ese hombre podía destrozarla, pensó de repente.

Steven la miró en ese momento y sonrió.

—Jamie, si no te importa, querríamos comer ya.

El hombre hizo un gesto con las manos, disculpándose por haberlos entretenido. Luego los condujo a una de las plantas superiores, a una mesa que había en un rincón apartado. Después de darles un menú a cada uno, los dejó a solas.

—Quizá no ha sido una buena idea venir aquí —comentó Steven —. Parece que no podemos escapar del trabajo, ¿verdad?

—No te preocupes —contestó ella.

Pero, en realidad, sí le hubiera gustado desaparecer del mundo por una hora como mínimo, y tener para ella sola a Steven.

—Debes de estar muñéndote de hambre —dijo él, abriendo la carta.

—La verdad es que no —contestó ella, esforzándose por concentrarse en el menú.

Se quedaron en silencio, envueltos por los sonidos del restaurante, al que comenzaban a llegar clientes. Chloe era consciente de que Steven la estaba mirando con atención. Se preguntaba qué estaría pensando.

—¿Qué te ha dicho Nile? —le preguntó de pronto.

—Nada. Como he firmado los documentos, estaba bastante contento.

—¿Te ha pagado el dinero que te debe?

—Preferiría no hablar de Nile.

Él sacudió la cabeza.

—Deberías haberme dejado hablar con él. Tú eres demasiado blanda.

—Solo quería olvidarme de todo este asunto, Steven. Así que no me arrepiento de haber firmado esos documentos.

—¿Sigues enamorada de él?

—No —respondió ella, algo sorprendida por la pregunta.

—Bueno, ya me imaginaba que dirías eso. No te gusta mostrarte

débil ante los demás, ¿verdad?

Sus ojos se encontraron y a Chloe comenzó a palpitarle el corazón.

—No sé de qué estás hablando. Me has hecho una pregunta y yo te he contestado.

En ese momento, se acercó el camarero para tomarles nota. Ella pidió lo primero que vio en el menú.

Steven tenía razón: no le gustaba mostrarse débil ante los demás. Y no veía nada malo en ello.

—He dado en el clavo, ¿verdad? —le preguntó él una vez se retiró el camarero.

—No, te aseguro que no estoy enamorada de Nile —dijo en un tono duro—. Ni de él, ni de nadie.

Otro camarero se acercó a la mesa con una botella de champán y les sirvió dos copas. Luego metió la botella en un cubo de hielo y se marchó.

—Feliz cumpleaños —dijo Steven, levantando su copa.

—Gracias.

Chocaron las copas y bebieron un poco.

—Lo siento —se excusó él—. No quería entrometerme.

—Y yo siento haberme puesto tan nerviosa. Quizá fuera mejor no hablar de Nile.

—Te ha hecho daño, ¿verdad? ¿O quizá ha sido otra persona?

—No. Pero puede que sí me haya afectado lo de Nile.

Sin embargo, Steven no la creía. Tenía la sospecha de que otra persona le había hecho daño. Y por eso le costaba tanto confiar en los demás. Se daba cuenta de que le iba a resultar duro ganarse su confianza.

—Si no quieres hablar de ello, no pasa nada. Yo tampoco quería hablar demasiado después de perder a Stephanie.

El le sonrió de un modo que hizo que a Chloe se le encogiera el corazón.

—Y ahora, cuéntame algo acerca de tu familia —añadió él, cambiando de tema—. Infórmame de todo lo que tenga que saber para el fin de semana.

Chloe pareció relajarse al ver que no iban a seguir hablando de ella.

—Papá es médico de familia y Margaret, mi madrastra, trabaja con él como recepcionista.

—¿Se conocieron en el trabajo?

Chloe asintió.
—¿Y tu familia? —preguntó ella.
—Mi padre murió hace cinco años y mi madre lo ha pasado muy mal. Estuvieron felizmente casados durante cuarenta años.
—Eso es todo un éxito. Muy pocos son tan afortunados.
—Es cierto.
—¿Cuántos hermanos tienes?
—Tengo cinco hermanas. Soy el único varón.
Chloe soltó una carcajada.
—No es extraño que te sientas tan cómodo entre mujeres.
—Así es. Soy todo un experto —bromeó él.
—¿Y dónde viven tus hermanas?
—Dos de ellas en América, una en Francia, otra en Holanda y Maddi vive en Cornwall. Como vive más cerca, es a la que más veo.
—¿Eran de ella los pantalones que me puse?
—Sí.
—Te los tengo que devolver. Ya los he lavado y planchado, pero siempre me olvido de llevártelos al trabajo.
—No hay prisa.
Steven rellenó las copas de champán y siguieron charlando amistosamente mientras cenaban. Chloe pensó que hacía mucho tiempo que no se relajaba tanto estando con un hombre.
—Gracias, ha sido una cena estupenda —le dijo a Steven una vez les sirvieron el café.
—Sí, lo hemos pasado muy bien —dijo él, mirándola con aquellos ojos negros e intensos que hacían que se derritiera por dentro—. Ahora será mejor que te lleve a casa.
En el camino de regreso, ambos fueron en silencio. Ella no dejaba de preguntarse si debería invitarlo a entrar. Desde luego, lo deseaba. Deseaba sentir de nuevo las manos de él sobre su piel. Deseaba saborear sus besos.
—¿Te gustaría tomar un café en casa? —le preguntó por fin cuando él detuvo el coche frente a su edificio.
Él apagó el motor y se la quedó mirando en silencio mientras afuera seguía lloviendo.
—No —respondió—, pero gracias por ofrecérmelo.
—De acuerdo —dijo ella, decepcionada.
—Mañana pasaré a recogerte sobre la una y media.
Ella asintió.
—Gracias por la cena.

Como él no hizo ningún ademán de darle un beso de buenas noches, fue ella quien lo besó en la mejilla. Pero cuando se disponía a apartarse, él la agarró y la besó en los labios. Fue un beso apasionado que despertó tal deseo en ella, que creyó que se iba a marear.

Luego la apartó con delicadeza y se metió en el coche.

Capítulo 9

DESPUÉS de meter los platos y vasos sucios del almuerzo en el lavavajillas, Chloe echó un vistazo al apartamento para comprobar que todo estuviera en orden.

Tenía el equipaje junto a la puerta y Steven llegaría en cualquier momento. Fue a la ventana y miró fuera, recordando el beso que él le había dado la noche anterior. Sus labios la habían excitado de un modo increíble. Si no fuera porque se conocían bien, podría llegar a creer que se había enamorado de él.

Pero ella sabía que el amor no funcionaba nunca. Lo único que hacía era nublarle a uno el cerebro y siempre acababa mal.

Pero entonces, ¿qué era lo que sentía cada vez que estaba cerca de él? ¿Y por qué cada vez que él la tocaba ella se encendía de deseo?

En ese momento, el BMW de Steven dobló la esquina. Se apartó rápidamente de la ventana y se miró al espejo más cercano.

Después de mucho pensárselo, se había puesto unos vaqueros, un top y una chaqueta a juego. Se había recogido el pelo y llevaba unas gafas nuevas que le habían costado bastante caras. Sabía que no debería habérselas comprado, debido a su precaria economía, pero le favorecían a la forma de su cara y no había podido resistirse.

El timbre de la puerta interrumpió sus pensamientos y fue a abrir. Él tenía un aspecto impresionante en ropa informal.

—Hola, ¿estás lista? —le preguntó, sonriéndole.

—Sí —respondió Chloe, tratando de no hacer caso de los síntomas que una vez más Steven estaba despertando en ella.

—¿Es ese todo tu equipaje? —preguntó él, señalando la maleta de ella.

—Es suficiente. ¿No te parece? —preguntó Chloe, sonriendo.

Él la levantó y comprobó lo mucho que pesaba.

—No hay nada como llevar un equipaje ligero, ¿verdad?

Salieron y Steven metió la maleta en el BMW. Chloe vio que Beth la saludaba con efusividad desde el asiento de atrás.

—Hola, cariño —le dijo ella, subiéndose al coche—. ¿Te hace ilusión montar en avión?

Durante el camino al aeropuerto de Heathrow, la pequeña no dejó de charlar. Lo cual fue una suerte, ya que a Steven y a ella parecía envolverlos un tenso silencio.

En un momento dado, él la rozó con el brazo al ir a poner el aire acondicionado y Chloe sintió que una corriente eléctrica la sacudía.

Quizá solo fuera atracción física, se dijo. No podía ser amor. Porque ella no quería enamorarse de alguien que nunca correspondería a su amor. No quería sufrir.

Steven dejó el coche en el parking del aeropuerto y fueron a recoger sus billetes. Después fueron a la sala de embarque.

—¿Quieres tomar un café? —le preguntó él a Chloe—. Queda una hora para que salga el avión.

—Sí, gracias —respondió ella, sentándose con Beth junto a un ventanal mientras Steven iba a por las bebidas.

A pesar de que llevaba bastante tiempo trabajando para él, todavía no lo conocía bien, pensó. Desconocían muchas cosas el uno del otro. Así que no podía estar enamorada, se repitió una vez más.

Se volvió hacia la barra del café, donde Steven estaba esperando a que lo despacharan. Una mujer muy guapa, que estaba esperando a su lado, le sonrió provocativamente y él le sonrió a su vez. Chloe sintió un ataque de celos totalmente desproporcionado.

Poco después, él regresó con las bebidas.

—Apuesto a que estás emocionada de volver a casa —comentó él, mirándola a los ojos.

—Sí, mucho.

¿Quizá debería tratar de seducirlo esa noche?, pensó Chloe.

La idea la sorprendió. Ella jamás había intentado algo así; pero, ¿por qué no? Sabía que Steven no se negaría y quizá le serviría a ella para demostrarse a sí misma que no estaba enamorada de él. Sería sexo nada más.

—¿Cómo es tu casa, Chloe? —preguntó Beth.

—Es grande y da al mar. Los alrededores son preciosos. Dicen que se parece a una zona de Italia llamada la bahía de Nápoles.

—¿Y de verdad hay duendes en el jardín? —quiso saber la niña.

—¡Cientos de ellos! —contestó ella, sonriente—. Pero tienes que ser muy rápida para verlos. Corren mucho.

—¿Qué tengo que hacer si veo uno? —preguntó Beth, con los ojos muy abiertos por la excitación.

—Tienes que agarrarlo del abrigo y pedirle un deseo. Tienes que ser concreta… aunque también educada. A los duendes les gustan los buenos modales.

—Lo intentaré —afirmó ella, asintiendo muy seria.

Chloe miró a Steven. Quizá no le gustaba que le llenara a su hija la cabeza de fantasías.

—Espero que no sea un fin de semana demasiado aburrido para ti, Steven.

Este sonrió.

—No seas tonta. Es más, en cuanto llegue allí, intentaré atrapar unos cuantos duendes. Me vendrían bien para hacer que Renaldo firme esta tarde.

Ella frunció el ceño.

—¿La reunión va a ser esta tarde?

—Sí… a las cuatro y media.

—¡Pero del próximo viernes, no de este!

—Así era, pero lo adelantaron de repente. Me llamaron esta mañana para decírmelo.

—En ese caso, no deberías acompañarme a Irlanda. ¡Deberías quedarte! Es muy importante, Steven.

—No más importante que la boda de tu hermana, ¿a que no? —sonrió—. Soy un hombre de palabra, Chloe, y un trato es un trato. Te dije que vendría contigo a Irlanda y aquí estoy.

—Pero podías haber cancelado el vuelo de hoy y haber salido mañana. De todos modos, la boda no será hasta mañana… Yo voy un poco antes para probarme el vestido de dama de honor…

—Chloe, no hace falta que esté yo allí para que se firmen los contratos. He hecho todo el trabajo preliminar y ahora es cosa de los abogados.

En ese momento, anunciaron su vuelo y Steven esbozó una sonrisa.

—De todas maneras, es demasiado tarde para cambiar de opinión. Vamos.

El avión aterrizó en Dublín una hora después y no tardaron en recoger el equipaje y alquilar un coche. Un Mercedes blanco.

Steven metió todo en el maletero y le pidió a Beth que se sentara en la parte de atrás y se pusiera el cinturón de seguridad.

—¿Sabes ir desde aquí? —le preguntó a Chloe mientras ellos dos

se subían también al vehículo—. ¿O tenemos que utilizar el mapa que nos acaban de dar?

—Conocería el camino incluso con los ojos cerrados, Steven.

Ella le fue indicando para no tener que entrar en la ciudad. La carretera iba, durante un tiempo, pegada a la costa.

—Solía venir a la universidad por aquí —comentó con una cierta nostalgia—. Tomaba el tren que seguía la costa, atravesando un paisaje espectacular.

—¿Te gusta estar de vuelta? —quiso saber Steven.

Ella asintió.

—Es extraño, pero no me he dado cuenta de lo que lo echaba de menos hasta ahora. Hace dos años que no vengo a casa.

—Es mucho tiempo. Y el vuelo es corto. Me sorprende que no vengas algún fin de semana que otro.

—Sí, pero ya sabes cómo es la vida. Estás siempre muy ocupado y el tiempo pasa con rapidez.

—Espero que no tenga nada que ver con que hayamos tenido tanto trabajo últimamente.

Chloe sonrió, haciendo un gesto negativo…

—El año pasado vi a mi padre. Vino a Londres y se quedó conmigo una semana.

—¿Por qué te fuiste a Inglaterra?

—En la empresa para la que yo trabajaba en Dublín me ofrecieron irme a la sucursal de Londres. Era bueno para mi curriculum y, además, me gustó la idea de independizarme de mi familia.

—¿Es la empresa que te pidió que volvieras?

—Sí, pero me alegro de no haberlo hecho.

—Yo también. Cambiaste mi despacho el mismo día que llegaste.

—Espero que no para peor.

—Eres muy buena en tu trabajo, Chloe, ya lo sabes. Y no me gustaría nada que te fueras —la miró de reojo—. Haces bien cualquier cosa.

¿Era una manera de decirle que le gustaba el trato que habían hecho para ir juntos a las reuniones de trabajo?

—¿Qué le has contado a tu padre de mí? —añadió para cambiar de tema.

—No demasiado. Y por favor, no le hagas caso cuando empiece con su sermón habitual de que tengo que casarme. Tú desconecta.

Si le haces caso y le contestas, es peor.

—¿Qué quieres que piense de nuestra relación? ¿Cómo vamos a dormir?

La pregunta desconcertó a Chloe, que enseguida miró hacia Beth.

—Está dormida, así que me lo puedes decir sin miedo.

—No he sugerido que nuestra relación sea seria. Margaret dijo que pondría a Beth en una habitación con dos camas cerca de mi dormitorio. Mi habitación tiene una cama de matrimonio. Creo que lo ha organizado así para dejar que nosotros hagamos lo que queramos —miró hacia la carretera—. Hay que tomar el próximo desvío a la derecha.

—¿Y cómo vamos a organizamos?

—Bueno, tú o yo podemos dormir en la cama de matrimonio —contestó, un poco nerviosa.

—Los detalles los dejamos para luego, ¿no?

—Sí, mejor… da igual.

Siguió un silencio prolongado en el que Chloe imaginó muchas cosas. La mayoría de ellas relacionadas con cómo podía conseguir meter a Steven Cavendish en su cama. Podía intentar seducirlo con un camisón transparente. El problema era que no tenía ninguno. Esbozó una sonrisa y se dijo que estaba volviéndose loca.

—Nuestra casa es esa de allí —dijo, señalando una puerta casi cubierta por la hiedra.

Steven tomó la calle que rodeaba los bonitos jardines para subir la colina.

Chloe, en ese momento, comenzó a sentir una gran inquietud. ¿Qué hacer?

¡Una cosa era acompañarlo a las cenas de trabajo y otra muy distinta llevarlo a la casa de su familia… con la intención de seducirlo!

Capítulo 10

CUANDO el coche se detuvo en la puerta, Sinead salió a recibirlos. —Ya estáis aquí al fin —exclamó, abrazando a su hermana—. Pensé que no llegaríais nunca.

Chloe estuvo un buen rato abrazada a su hermana. Y finalmente, le presentó a Steven.

—Hola, encantado de conocerte.

Él iba a darle la mano, pero Sinead le estampó un beso en la mejilla.

—Me alegro mucho de conocerte —dijo con afecto—. Hemos oído hablar mucho de ti.

—¿Sí?

Steven y Chloe se miraron desconcertados. Lo único que ella le había contado a su hermana era que la relación con Nile se había acabado y que se sentía atraída por su jefe.

—Espero que haya sido bien —comentó él, haciendo una mueca.

—Por supuesto.

—Estás guapísima, Sinead —comentó Chloe, tratando de cambiar de tema.

—Tú también. Es evidente que el amor te sienta bien.

Ella miró de reojo a Steven y trató de no sonrojarse. Por suerte, en ese momento salieron sus padres.

Chloe les dio un beso a ambos y luego besó de nuevo a su padre.

—Estoy muy contenta de verte, papá —afirmó, mirando dentro de sus amables ojos azules—. Estás bien. Quizá con más canas…

El padre de Chloe tenía el pelo blanco hacía mucho tiempo, pero ella trató de hacer un chiste para disimular su emoción.

Graham Brown también estaba conmovido.

—Has estado tanto tiempo fuera, que te has olvidado de cómo es tu viejo padre; ese es el problema.

Se quedaron allí unos minutos, disfrutando del sol mientras Chloe hacía las presentaciones. Todos hablaban a la vez y estaban

contentos. De repente, ella se acordó de Beth.

Fue hacia el coche y vio que la pequeña seguía profundamente dormida.

—Beth, bonita —dijo abriendo la puerta y tocándola suavemente en el hombro—. Hemos llegado.

La niña abrió los ojos, desorientada por completo. Luego dejó que Chloe la sacara del coche. Permaneció silenciosa y tímida cuando todos la saludaron. Al ver que Margaret se inclinaba para decirle que si quería entrar en casa y tomar una limonada, se escondió entre las piernas de Chloe.

—Te gustaría tomar un poco de limonada, ¿a que sí, cariño? —Chloe la levantó en brazos—. Vamos dentro y veamos qué otra cosa podemos encontrar… a lo mejor un poco de chocolate.

—Se relajará cuando vea a Sarah y a Jane —dijo Sinead—. Son las hijas de mi prima —informó a Steven—. Están en el jardín de atrás, jugando. No creo que hayan oído el coche.

Él se fijó en cómo se abrazaba su hija a Chloe mientras miraba a todos con sus grandes ojos azules. Notaba la ternura natural con la que Chloe la trataba.

El modo en que le apartaba el pelo de los ojos y le sonreía. Y se sintió conmovido.

—¡Caramba, cómo pesas! —exclamó Chloe, mirando a Steven—. Estoy segura de que has crecido algunos centímetros durante el viaje. Si sigue así, no voy a poder sostenerla en brazos.

—¿Quieres que la tenga yo?

—No, ya me las arreglo. Prefiero que te encargues del equipaje.

—No habrás traído kilos de más, ¿no, hermanita? —dijo Sinead, riéndose—. Chloe siempre viaja con exceso de equipaje y, cuando llega, tiene que pagar una tarifa extra. Me temo que vas a tener que trabajar un poco, Steven.

—No me importa. Merece la pena romperse los ligamentos si es por ella.

Todos echaron a reír.

—Te echaré una mano —le ofreció Graham mientras las mujeres entraban en la casa.

Fueron directamente a la enorme cocina, que había sido siempre el centro del hogar y en la que habían hecho grandes cambios.

—¡Santo Dios, Margaret! Parece que esperas a un regimiento —exclamó Chloe, tomando una galleta de chocolate de un plato y dándosela a Beth.

—Graham piensa que si vamos esta noche a tomar una copa al pub, luego pueden venirse algunos amigos a casa —le explicó Margaret mientras ponía la tetera al fuego—. Ya sabes lo que pasa en estos casos.

—Sí, cualquier excusa es buena para hacer una fiesta, ¿verdad? —contestó, soltando una carcajada.

Margaret siguió preparando el té y Chloe sentó a Beth en un sillón al lado de la chimenea. El teléfono no dejaba de sonar y se puso a ayudar a su madre.

—Me alegro mucho de que estés aquí, Chloe —comentó Sinead, apoyándose en el brazo del sillón donde estaba Beth—. Llevamos así un montón de días. Apenas tenemos tiempo para nada.

—Preparar una boda es casi como preparar una guerra —contestó ella, abriendo la nevera para sacar la leche.

—¡Ni que lo digas! —exclamó Sinead, haciendo un expresivo gesto con los ojos—. Y cada día es peor. Mark y yo estamos empezando a pensar que deberíamos habernos casado en una playa del Caribe.

—Chloe, ¿quién está en el jardín? —pregunto Beth, arrodillándose en el sillón para mirar por la ventana.

—Son las hijas de mi prima Ellie. ¿Dónde está Ellie? —añadió, dirigiéndose a Sinead.

—Se fue de compras a primera hora de la mañana y todavía no ha vuelto.

Chloe dejó el té reposando y se llevó a la niña al jardín para que conociera a Sarah y Jane.

—A los niños no les cuesta mucho superar la timidez entre ellos ¿verdad? —comentó Sinead sonriendo al mirar hacia el jardín minutos después y ver que las niñas desaparecían en la casa de Wendy, riendo alegremente.

Chloe sonrió, contagiada por la felicidad de los niños.

—Steven es realmente atractivo —aseguró Sinead, mirándolo a través de la ventana—. No me extraña que te guste desde hace dos años.

—No… me gusta desde hace dos años —la corrigió Chloe—. Ha sido una cosa reciente.

—Creo que no. Cada vez que mencionabas a Steven, tu voz se volvía misteriosa. Siempre te ha gustado. Da igual. Ahora te dejo sola. Mamá quiere que arregle tu habitación. Hemos puesto allí a Steven, claro. ¿Y crees que a Beth le gustará dormir con Sarah y

Jane? Es que Mark va a venir a dormir aquí porque ha tenido que dejar su habitación a uno de sus primos.

Chloe abrió la boca para decir algo, pero luego cambió de idea. Quería dormir con Steven y quizá se le había presentado la disculpa perfecta.

—¿Todo bien, Chloe? —preguntó Sinead frunciendo el ceño—. Parece que se llevan bien —añadió refiriéndose a las niñas.

Chloe sabía que debería decir que el arreglo para Beth estaba bien, pero que ella y Steven necesitaban habitaciones separadas.

—Está bien —fue su respuesta, sin embargo.

—Gracias a Dios —murmuró Sinead soltando un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios, ¿por qué? —preguntó Steven, que entraba en ese momento.

El nerviosismo de Chloe aumentó. ¿Qué demonios iba a decir Steven cuando supiera que ella había aceptado dormir con él?

—Que no te importa que Beth duerma en la misma habitación que mis sobrinas.

—Por supuesto que no.

—No suele haber problema de espacio, pero con la boda están todas las habitaciones ocupadas.

—Quizá deberíamos ir a un hotel —murmuró Chloe—. Así las cosas serían más fáciles.

—¿Estás de broma? Queremos que te quedes aquí, Chloe —dijo Sinead con cara de horror—. No se lo digas ni a mamá ni a papá… Echarían a cualquiera a la calle antes de que vosotros tuvierais que iros.

—Sinead, te llama Mark —gritó Margaret desde la entrada.

Ella se disculpó y salió corriendo.

—¿Va todo bien, Chloe? —preguntó Steven una vez se quedaron a solas.

—Bueno… —levantó la vista y lo miró a los ojos—… hay un pequeño problema de espacio —admitió con voz ronca.

—Sí, eso he creído entender.

—Nosotros tendremos que compartir habitación —concluyó.

Los minutos pasaban y él no decía nada. Chloe se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—Supongo que podría hablar con Margaret para que lo cambiaran —dijo finalmente, casi desesperada. No quería forzar la situación—. Las niñas pueden dormir en la cama grande de mi

habitación y nosotros tendríamos un dormitorio de dos camas.

—¿Es eso lo que quieres tú? —Steven se encogió de hombros—. Francamente, me parece que sería armar un lío para conseguir una pequeña diferencia. Será mejor que nos quedemos así.

—Entonces, ¿te parece bien? —preguntó dubitativa—. ¿O sería mejor si nos vamos a un hotel?

—Chloe, soy una persona que sé controlarme, lo sabes. El hecho de que vayamos a compartir una cama, no significa que espere automáticamente que hagamos el amor —sonrió y observó cómo ella se sonrojaba—. Oye, —la tomó por la barbilla y la obligó a que lo mirara a los ojos—, nunca te haría daño, Chloe. Lo sabes, ¿verdad?

ˆDe acuerdo… entonces no diremos nada y dejaremos las cosas como están.

Steven asintió.

—Buena idea. Creo que Margaret tiene ya suficiente trabajo con la boda como para preocuparse por cómo vamos a dormir.

En ese momento, llegó Sinead.

—Chloe, tenemos que ir a la boutique para que te pruebes el vestido. Podríamos ir ahora. Les dije que nos pasaríamos lo antes posible.

—Claro —Chloe miró a Steven—. No tardaré mucho, ¿por qué no llamas al despacho y averiguas si ha firmado Renaldo?

—A veces me parece que ese negocio te preocupa más a ti que a mí —comentó Steven, sonriendo.

Ella le sonrió a su vez.

—Hasta luego.

—Hasta luego, cariño —se despidió también Steven, inclinándose sobre ella y besándola en los labios.

Ella se alejó sorprendida y excitada.

—Ese vestido te queda estupendamente —dijo Sinead mientras regresaba a casa varias horas después—. Tenía miedo de que nos hubiéramos equivocado con las medidas, pero estás preciosa con él.

—A ti también te queda muy bien el vestido de boda, Sinead. Vas a ser la novia más guapa que haya habido nunca.

—Gracias, Chloe —Sinead se volvió hacia su hermana—. No sabes cómo lamento que no funcionara lo tuyo con Nile. ¿De verdad te has tomado tan bien la ruptura como parece?

—Sí, lo único que ha salido herido ha sido mi orgullo. Seguramente, no estábamos hechos el uno para el otro y lo mejor

haya sido romper. Así que quizá me haya hecho un favor, al fin y al cabo.

—Sí, porque Steven es una maravilla.

—Es cierto, pero no saques conclusiones demasiado deprisa.

—Es evidente que os entendéis muy bien —dijo Sinead, deteniendo el coche a la puerta de la casa—. Y ahora, podríamos ir al pub a tomar algo con los hombres. No te preocupes por Beth. Ellie se ha ofrecido a quedarse con ella.

—Tendré que consultárselo a Steven. Quizá no quiera dejarla con ella, ya que, como acabamos de llegar, la niña no está acostumbrada a la casa.

Chloe salió del coche y ayudó a Sinead a sacar los vestidos. Ya era de noche y hacía fresco.

—Además, ¿no trae mala suerte que veas al novio la noche antes de la boda?

—No importa. Después de haberme probado el vestido, sé que ya nada puede salir mal.

Steven y su padre estaban tomando café en el salón.

—Hola, ¿qué tal? —los saludó Chloe, sonriendo—. Espero que mi padre no te haya estado enseñando fotos mías de cuando era todavía un bebé.

—La verdad es que sí me las ha enseñado —respondió Steven—. He visto hasta las que salías desnuda en la bañera.

—¡Papá, no será verdad!

Pero al ver que su padre echaba a reír, se dio cuenta de que él le estaba tomando el pelo.

—Muy gracioso, Steven —añadió ella.

—¿Qué tal te queda el vestido? —preguntó él, sonriendo.

—Le queda perfecto —respondió Sinead—. Está estupenda.

—Chloe siempre está estupenda —comentó él.

—No exageres —replicó Chloe.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer esta noche? —preguntó Sinead —. Chloe dice que no podéis venir a tomar una copa al pub con nosotros porque tenéis que quedaros con Beth.

—¿De veras? —preguntó Steven, volviéndose hacia Chloe.

—Ya sé que Ellie se ha ofrecido a quedarse con ella, pero quizá Beth se sienta algo insegura al no conocer la casa.

—No creo que eso sea ningún problema —dijo él—. Beth se lleva muy bien con Sarán y Jane. De hecho, hacía mucho que no la veía tan contenta. Además, tu prima me ha dicho que, si surge

algún problema, me llamará al móvil.

—Muy bien —dijo Sinead—. Pues entonces voy a llamar a Mark para comentarle que nos encontraremos allí.

Chloe presentó a Steven a otro grupo de amigos. La pequeña taberna estaba abarrotada de gente y, a pesar de que era más de medianoche, todavía seguían sirviendo bebidas.

—En Inglaterra ya habrían tocado la campana hace tiempo —le comentó Steven a Graham, que estaba sentado a su lado—. Y después de la campana, no se pueden servir más bebidas.

En el extremo más alejado de la mesa de ellos empezaron a tocar música y mucha gente se puso a cantar en la barra, donde estaba Chloe.

—Chloe tiene una voz muy bonita —comentó Graham—. ¿La has oído cantar alguna vez?

—No. No sabía que le gustara cantar.

Steven se quedó mirando lo guapa que estaba con el vestido rosa que se había puesto. Sus ojos parecían brillar aún más de lo normal.

Ella se fijó en que la estaba mirando y le sonrió. Al contrario que en otras ocasiones, no apartó la vista, sino que lo miró a los ojos con una expresión que lo excitó mucho. La deseaba tanto… La sola idea de dormir con ella en la cama de matrimonio hacía que le quemara la sangre.

Recordaba que por la tarde le había dicho que no iba a aprovecharse de la situación. Pero, en esos momentos, se daba cuenta de que le iba a ser imposible dormir con ella sin hacer nada.

—Te gusta mucho mi hija, ¿verdad? —le preguntó Graham.

—¿Y a quién no le gustaría? —contestó Steven, volviéndose hacia él—. Es preciosa.

—Hacía mucho tiempo que no la veía tan feliz —comentó su padre.

—Supongo que, en cualquier caso, le costará superar la ruptura con Nile.

—Quizá. Sé que le gustaba Nile, pero desde luego no era una relación muy apasionada.

—¿Por qué piensas eso?

—Cuando fui a visitarla a Londres, me di cuenta de que él no estaba muy enamorado de Chloe y creo que ella lo sabía. Pero, al parecer, prefería tener una relación amistosa con él antes que vivir un romance apasionado —Graham sacudió la cabeza—. ¿Has conocido a Nile?

—Sí, lo vi una vez en una fiesta de navidad. Me pareció un tipo muy tranquilo.

—Es un intelectual —añadió Graham—. Se pasaba todo el tiempo estudiando y no le dedicaba a mi hija demasiada atención.

—¿Y por qué quería Chloe casarse con alguien así? —preguntó Steven, asombrado.

—Creo que lo veía como un hombre en el que podía confiar. Ella ha sufrido mucho a lo largo de su vida. Ha vivido cosas muy tristes.

—¿Cómo cuáles?

—¿No te ha hablado de su padrastro?

—No, ni siquiera sabía que tuviera ningún padrastro.

—Tampoco me extraña. Es algo que Chloe quiere olvidar. Creo que no debería haberte dicho nada —se quedó mirando a su hija en silencio durante un rato—. Creo que se siente muy bien contigo y con Beth. Steven, prométeme que no le harás daño o te las tendrás que ver conmigo.

Él sonrió al oír aquello.

—No es broma. Me siento muy culpable por haberla abandonado. Le fallé entonces, pero no volverá a suceder.

—Creo que deberías contarme todo esto más despacio.

—No quiero entrar en detalles, pero te bastará saber que mi primera mujer me dejó por un conquistador, un donjuán… Bueno, yo pensaba que no era nada más que eso, porque si no, nunca lo habría dejado al cuidado de Chloe.

Steven lo miró con los ojos entornados.

—Michael era un abogado muy reputado y, en apariencia, un ciudadano honrado, pero resultó que en la intimidad de su hogar era un hombre extremadamente violento.

Graham se quedó mirando su bebida en silencio.

—Te juro que yo no sabía nada. Tengo que reconocer que estaba demasiado ocupado tratando de reconstruir mi vida con Margaret. Cuando Chloe vino a vernos alguna vez en vacaciones, me daba cuenta de que era muy reservada, pero pensaba que se debía a que estaba afectada por la muerte de su madre.

Hizo una breve pausa.

—Más tarde, cuando se vino a vivir conmigo, le pregunté por qué no me había contado nada y ella me respondió que no quería

dejar sola a su madre con aquel hombre. Tenía miedo de que le pasara algo —Graham sacudió la cabeza—. Tenía once años cuando me contó aquello y no puedes imaginarte cómo me afectó.

Steven se quedó mirando fijamente a Chloe y comprendió al fin por qué ella a veces era tan reservada.

—Nunca se lo había contado a nadie que no fuera de la familia —añadió Graham—. Pero creo que puede ayudarte a entenderla. Porque, a pesar de que ella asegura que lo ha superado, a veces pienso que no es así.

En ese momento, Chloe se acercó a ellos.

—¿Por qué estáis tan serios? —les preguntó.

—Cosas de hombres —dijo su padre, levantándose para ir a la barra.

Chloe se sentó en la silla de él.

—¿Qué te ha estado contando? —le preguntó en un tono alegre —. Espero que no te haya estado interrogando por tus intenciones.

Steven soltó una carcajada.

—Me estaba diciendo que cantas muy bien.

—Bueno, papá piensa que lo hago todo bien.

—Quizá esté en lo cierto —dijo él, sonriendo—. ¿Te apetece que nos vayamos andando a casa?

—Sí.

Aunque el camino no estaba iluminado por farolas, podían orientarse gracias a que había luna llena.

—Parece que mañana va a hacer bueno —comentó Chloe.

—Sí, eso parece.

Ella se volvió hacia Steven y se preguntó en qué estaría pensando, porque parecía distraído. Entonces, se dio cuenta de que quizá había llamado al despacho y había recibido malas noticias.

—¿Has llamado al trabajo?

—Sí.

—¿Y qué ha pasado? —preguntó ella, impaciente—. ¿Ha firmado ya Renaldo?

—Sí, ha firmado.

Ella no pudo contenerse y se echó en sus brazos.

—Lo lograste. ¡Steven, me alegro tanto por ti!

—Bueno, tú me has ayudado mucho —comentó él—. Hacemos muy buen equipo, ¿no te parece?

De pronto, ella se dio cuenta de que seguían abrazados.

—Sí, me lo parece.

Él inclinó la cabeza y la besó.

Chloe le pasó los brazos por detrás del cuello, apretándose contra él mientras respondía al beso apasionadamente.

Cuando él la soltó, estaba temblorosa y sin aliento.

—¡Vaya, menudo beso!

—Teníamos que celebrarlo de algún modo, ¿no?

Ella asintió.

—¿Y no vamos a seguir celebrándolo?

Él volvió a besarla con tanta ternura, que ella se sintió como si le hubiera tocado el alma. Fue una sensación que no había vivido nunca.

Cuando él se separó de ella, se sentía mareada y tuvo que apoyarse en Steven un momento.

—Cuando dije que no deberíamos tener una aventura amorosa, estaba equivocada —susurró en medio de la oscuridad—. Me preocupaba que pudiera afectar a nuestra relación laboral, pero ahora sé que no —cerró los ojos y hundió su cabeza en el pecho de él—. Al fin y al cabo, los dos somos adultos y sabemos que no va en serio…

—Chloe —la interrumpió él.

—¿Qué?

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella pensó que había oído mal. Pero cuando se apartó y lo miró a los ojos, vio que no era así.

Se sentía muy confusa.

—Sí, ya te he dicho que formamos buen equipo y además tratas muy bien a Beth.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo solo porque no encuentras una niñera para tu hija? —dijo en tono de broma.

—Te lo estoy pidiendo porque me he dado cuenta de que significas mucho para mí —dijo, mirándola fijamente a los ojos—. Y no quiero perderte.

—Pero si apenas me conoces —protestó ella.

—Claro que te conozco.

—Te digo que no pienso ser la sustituía de tu niñera.

—¿De qué estás hablando? —Steven parecía perplejo—. No necesito que seas la niñera de Beth. Precisamente estamos haciendo

las entrevistas para contratar a una. Lo que necesito es a alguien con quien compartir mi vida.

—¿Y qué hay del amor? —susurró ella.

Steven se encogió de hombros.

—Dijiste que no creías en él y yo también creo que un matrimonio debe basarse en algo más sólido —él le agarró una mano—. Así que, ¿qué respondes?

—Debes haberte vuelto loco —dijo ella.

—Soy un hombre rico y puedo cuidar de ti.

—No necesito que nadie me cuide.

—Está bien. Quizá te necesite yo a ti más que tu a mí. Pero te aseguro que puedo ofrecerte una forma de vida agradable. Me gustaría que siguieras trabajando conmigo, pero lo dejo a tu elección. Lo único que te pido es que seas una buena madre para Beth.

—¿Quieres casarte conmigo solo porque tu hija necesita una madre? ¿Y qué hay de ti? ¿No quieres ser feliz?

—Es que voy a ser feliz.

Chloe sacudió la cabeza.

—No me respondas todavía —añadió él—. Piénsatelo. Disfrutemos del fin de semana y ya me contestarás cuando volvamos a Inglaterra.

Ella se quedó en silencio y él se acercó y la agarró de la barbilla, obligándola a que lo mirara a los ojos.

—¿Trato hecho? No pierdes nada por pensártelo. Si respondes que no, no pasará nada. Seguiremos trabajando juntos como si nunca te lo hubiera propuesto.

Ella se quedó mirándolo con escepticismo. Quizá él sí fuera capaz de olvidarlo y volver a su relación de antes, pero para ella no iba a ser tan fácil.

Se separaron al oír que se acercaba un coche, que frenó cuando llegó donde estaban ellos. Eran Sinead y Mark.

—¿Queréis que os llevemos? —les preguntó Mark, asomándose por la ventanilla.

—Claro que queremos —contestó Steven, agarrando la mano de ella y dirigiéndose al coche.

En el asiento de atrás iba otra pareja y Chloe se vio obligada a

sentarse muy cerca de Steven. Cuando él la abrazó, el aroma de su colonia la hizo recordar cómo habían hecho el amor la otra noche en su apartamento. Pero aun así, sabía que casarse con él sería una equivocación.

Capítulo 11

MARK aparcó frente a la casa y también lo hicieron varios coches que lo seguían. Al parecer, medio pub había ido con ellos.

Chloe se separó de Steven y fue a la cocina con el resto de la gente.

—Tómate una copa antes de irte a la cama —le ofreció Sinead.

Pero ella no había bebido alcohol en toda la noche y no le apetecía empezar en ese momento.

—No, gracias —se volvió buscando a Steven, pero no lo vio por ninguna parte.

—Oh, venga, tómate algo. Es mi despedida de soltera, Chloe — insistió Sinead, sirviéndole una copa de vino—. Todavía no me creo que vaya a casarme mañana.

Chloe vio entonces a Steven, que estaba charlando con Margaret. Parecía completamente relajado. Como si no acabara de pedirle que se casara con él. En ese momento, una morena muy atractiva se acercó a él. Poco después, los dos estaban riéndose.

Si se casaba con él, debería acostumbrarse a ese tipo de cosas, pensó ella, enfadada. No, él no la quería. Solo deseaba una madre para su hija.

Chloe agarró su copa de vino con el ceño fruncido.

Se fijó en cómo se reía Steven. Tenía una risa encantadora. De hecho, todo en él era perfecto… y por eso se había enamorado de él. Sí, tenía que admitirlo.

—Estoy enamorada de Steven Cavendish —dijo en voz alta.

—Perdona. ¿Qué has dicho? —le preguntó Sinead, que estaba charlando con una amiga.

—Nada —respondió Chloe, dando un trago de vino—. Me voy a la cama. Estoy muy cansada.

—Sí, y tú también deberías acostarte, Sinead —le dijo Margaret, que se había unido a ellas—. Debes descansar para mañana. No te olvides de que tu hermana y tú habéis quedado en pasaros a las nueve por la peluquería.

Sinead hizo una mueca.

—No te preocupes, mamá, mañana estaré bien.

Steven echó un vistazo a su alrededor. Llevaba un rato tratando de deshacerse de aquella mujer, pero ella no se separaba de él.

—¿Con quién me has dicho que has venido? —le preguntó la mujer, sonriéndole.

—Con Chloe, la hermana de Sinead.

—Muy bien. Yo soy hermana de Mark y, por cierto, me llamo Anita.

—Encantado de conocerte —dijo él, fijándose en que Chloe ya no estaba allí.

—Se ha acostado ya —le dijo Margaret que, al pasar por su lado, se había dado cuenta de que la estaba buscando con la vista.

—Gracias, Margaret. Yo también me voy a acostar —dijo, sonriendo a Anita—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Anita se quedó evidentemente decepcionada.

Steven, al salir al pasillo, decidió ir a echar un vistazo a Beth antes de acostarse.

La habitación de las niñas se encontraba a oscuras, pero la puerta estaba entreabierta. Cuando la abrió del todo, vio que Chloe estaba sentada en el borde de la cama de Beth.

—Hola —susurró él, entrando.

Se podía oír la plácida respiración de las niñas. Sarah y Jane estaban acostadas en una cama y Beth en la otra.

Steven se fijó en que su hija se había acostado junto a la muñeca que le había regalado Chloe por su cumpleaños. En la mesilla estaba su libro de cuentos favorito.

—Me pregunto cuántas veces le habrá hecho leer a—Ellie el de *Los duendes y el zapatero* —susurró Steven, mirando a Beth con una sonrisa en los labios.

—A mí también me gustaba cuando era como ella —comentó Chloe—. Debe tener relación con lo de irte a la cama y que a la

mañana siguiente todos tus problemas se hayan solucionado como por arte de magia.

—¿Fue cuando tu madre se volvió a casar?

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Me lo contó tu padre y también me dijo que no te llevabas bien con tu padrastro.

—No debió contarte nada —dijo, enfadada.

Se levantó de la cama e hizo además de irse, pero él la sujetó por un brazo.

—No trates de escapar de mí, Chloe.

Ella se quedó mirando la mano con la que la tenía agarrada y él la soltó.

—¿Qué más te dijo?

—Nada más. Lo que me extraña es que no me lo hubieras contado tú antes.

—No hay nada que contar —replicó ella, saliendo de la habitación.

Chloe entró a su dormitorio muy enfadada. No comprendía por qué su padre le había hablado de Michael a Steven, ya que sabía que ella no quería acordarse de aquella época de su vida.

Se puso a pasear de un lado para otro y, cuando se abrió la puerta, se volvió hacia él, furiosa.

—Déjame sola.

—No quiero —dijo él con suavidad—. Lamento haberte disgustado al mencionar a tu padrastro.

Ella sacudió la cabeza.

—Lo pasé muy mal en esa época, Steven, y prefiero no hablar de ello.

—A veces, para poder olvidar el pasado hay que enfrentarse a él.

—Lo he intentado.

Cuando él se acercó unos pasos, ella retrocedió.

—No tendrás miedo de mí, ¿verdad?

—No… por supuesto que no.

—Pero estás enfadada.

—No estoy enfadada contigo —lo miró fijamente a los ojos—. Solo estoy asustada —añadió, admitiendo al fin la verdad.

Estaba asustada por cómo la hacía sentirse Steven y por no saber dónde la podía llevar aquello.

—¿Asustada de qué?

—Del matrimonio y todo lo que conlleva.

—Pero tú ibas a casarte con Nile.

Ella lo miró y estuvo a punto de decirle que Nile nunca la había hecho sentirse como cuando estaba con él. Nunca la había hecho perder el control del modo en que lo hacía con él.

—No sé si me habría acabado casando con él —susurró—. Si te soy sincera, tenía ya bastantes dudas antes de romper con él.

—¿Por qué?

—Tenía miedo de estar equivocándome. Mi madre sufrió tanto con mi padrastro… ¿Sabes lo que es vivir en una casa donde siempre había gritos? —a Chloe le tembló la voz—. Ellos decían que se querían, pero al final ese amor acabó destruyéndolos.

—Todas las relaciones no son así.

—Quizá no, pero de todos modos me gustaría que no me lo hubieras propuesto.

Él arqueó una ceja.

—No me mires así, Steven. Las cosas nos iban bien tal como estábamos.

—No es cierto —dijo él, sonriendo.

A Chloe la estaba irritando lo calmado que parecía él.

—Sí que lo es. Podríamos haber vivido un romance sin más complicaciones. Pero tú lo has estropeado todo.

—No estoy de acuerdo —dijo él, agarrándola y atrayéndola hacia sí—. No he estropeado nada —la agarró por la barbilla y la besó con dulzura.

Aquel beso fue tan tierno, que la excitó de un modo increíble. Pero no era solo una atracción sexual. Estaba enamorada de él. Lo quería con toda el alma.

—Quiero hacer el amor contigo, Chloe —susurró él—. Te deseo enormemente y no quiero tener un romance contigo. Quiero que formemos una familia juntos.

Ella sintió las manos calientes de él a través de su ropa y, finalmente, le pasó los brazos por detrás del cuello y lo besó con pasión. De pronto, todos sus miedos desaparecieron.

—Yo también te deseo —admitió ella sin aliento.

Él le bajó diestramente la cremallera del vestido y ella no trató de impedírselo, sino que, al contrario, siguió besándolo con ardor.

Entonces, él la levantó en brazos y la llevó a la cama, donde se desnudaron el uno al otro con frenesí.

Enseguida, el vestido de Chloe fue a reunirse en el suelo con la camisa de él. Ella llevaba un sujetador de raso y braguita a juego. Él

se la quedó mirando provocativamente antes de besarla de nuevo en los labios. Luego, comenzó a acariciarle los pechos y ella sintió un enorme placer.

Chloe le acarició el fuerte torso y fue bajando hasta llegar a la cintura de él, que se apartó y se terminó de desnudar.

Ella se quedó mirando su magnífico cuerpo y, al darse cuenta de que él se había fijado en que lo estaba observando, se sonrojó.

La miró intensamente con sus ojos oscuros y luego se montó a horcajadas sobre ella, quitándole el sujetador. Luego comenzó a besarle en los senos con delicadeza y fue subiendo hasta el cuello y los hombros.

Chloe se moría de deseo, pero él seguía moviéndose despacio. Así, le quitó las braguitas y comenzó a acariciarle el sexo, primero con las manos y luego con la lengua. Lentamente la llevó hasta el éxtasis.

—Qué guapa eres —susurró él mientras la penetraba—. Y cómo te deseo.

Cuando Chloe se despertó, la luz del sol ya estaba bañando la habitación. Sonrió y se estiró con pereza. Luego, abrió los ojos y vio a Steven tumbado a su lado. Estaba apoyado sobre un codo y la estaba observando.

—Buenos días, preciosa.

Ella le sonrió adormilada.

—¿Cuánto llevas ahí, mirándome?

—No lo suficiente.

Ella se dio cuenta entonces de que estaba completamente desnuda sobre las sábanas. Instintivamente, hizo ademán de taparse, pero él la detuvo.

—Me lo pasé muy bien anoche —dijo antes de besarla con pasión.

—Yo también —admitió ella.

—Sí, ya me di cuenta —comentó él, sonrojándola—. Me encanta lo fácil que es hacerte sonrojar —añadió con voz ronca.

—No seas tonto —dijo ella, sonriendo.

Ella intentó escapar mientras Steven trataba de besarla otra vez, pero él no la dejó y volvió a besarla.

—¿Sabes qué me gustaría hacer cuando volvamos a casa?

—No.

—Me gustaría hacerte el amor en el despacho, sobre mi escritorio —afirmó él—. Pero antes de nada, quiero que me digas

que vas a casarte conmigo —le susurró al oído.

Ella se puso tensa.

—No quiero que hablemos de eso, Steven.

En ese momento, comenzaron a oírse risas infantiles en el pasillo. Él se apartó de inmediato de ella.

—Será mejor que vaya a ver qué tal está Beth.

—Sí —dijo ella, respirando aliviada.

—Pero luego continuaremos esta conversación —dijo él, inclinándose para volver a besarla.

—Tengo cita en la peluquería a las nueve y luego tenemos que ir a la boda, así que será mejor que dejemos esta conversación para cuando volvamos a casa.

Steven no dijo nada.

Chloe nunca había visto tan guapa a su hermana. Estaba radiante. Cuando Mark le puso el anillo y el sacerdote los declaró marido y mujer, Sinead miró a los ojos a su marido y le sonrió. Fue una mirada llena de amor, que a Chloe casi le partió el corazón.

Se volvió hacia Steven y él le sonrió de un modo que la conmovió, haciéndola apartar la mirada.

—Que seáis muy felices —terminó entonces de decir el sacerdote.

El confeti cubrió de repente el cielo, para luego caer sobre el grupo de amigos y familiares.

Steven se fijó en que Chloe comenzó a sacudirse el vestido de seda azul. Estaba impresionante con aquel traje, que le dejaba los hombros al descubierto. Llevaba el pelo recogido en un moño. Cuando se volvió hacia él y lo descubrió mirándolo, le sonrió al tiempo que se acercaba.

—Creo que los fotógrafos ya casi han terminado.

—Estás preciosa, Chloe —Steven se inclinó hacia ella—. Te quiero toda para mí. ¿Cuándo escaparemos de toda esta gente?

—Bueno, sumando la comida y la fiesta que habrá después, supongo que dentro de unas once o doce horas.

—No creo que pueda aguantar tanto.

Beth se acercó corriendo a ellos. Estaba muy guapa con su vestido blanco con pequeñas rosas dibujadas.

—Papá, ¿puedo ir al hotel en el mismo coche que Jane y Sarah?

—No, Beth —respondió él—. Sarah y Jane irán en la limusina con Chloe y Margaret porque han sido damas de honor en la boda.

Beth se quedó decepcionada.

—Di que sí puedes ir con ellas. Yo iré con tu padre.

—¿No crees que quizá no le guste a Margaret?

—Seguro que no —Chloe le dio la mano a la pequeña—. Vamos a ver qué dice Margaret.

Steven se las quedó mirando con una sonrisa en los labios mientras se alejaban.

—¿Estás segura de que vamos bien? —preguntó Steven mientras se adentraban por un estrecho camino rodeado de árboles.

—Confía en mí. Te llevo a un sitio muy bonito.

Poco más adelante llegaron a una pequeña cala de arena muy blanca.

—¡Qué bonito! —exclamó él.

—Solía venir aquí con mis padres antes de que naciera Sinead.

—Es una playa preciosa. Igual que tú —Steven la besó—. Dime que te casarás conmigo.

—Me prometiste que no sacarías el tema —susurró ella.

—¿De veras? Pues entonces me limitaré a besarte apasionadamente.

—Me estropearás el maquillaje.

—Hagamos un trato. Di que te casarás conmigo y no te estropearé el maquillaje… demasiado —dijo él con ojos ardientes.

—Me dijiste que me lo pensara con tranquilidad y que te respondiera cuando regresáramos a casa.

—Pero he cambiado de opinión. Además, si no me respondes, te estropearé el maquillaje y todo el mundo sabrá qué hemos estado haciendo de camino al hotel.

—Tendrás que atraparme primero —gritó ella, saliendo del coche y echándose a reír.

Chloe se puso a correr hacia la playa y él la siguió. Cuando al final la alcanzó, la abrazó por la cintura y la besó.

—Está bien, me rindo —dijo pasándole los brazos por detrás del cuello—. Tendré que aceptar que me estropees el maquillaje.

—Pero eso no será todo —replicó él, levantándola en brazos y yendo hacia el agua.

—¡Steven! —exclamó ella con expresión horrorizada—. ¡No te atreverás!

—Imagínate cuando todo el mundo te vea llegar empapada.

—Steven, no es justo.

Él volvió a besarla. Con tanta pasión, que la dejó sin aliento.

—Pues entonces respóndeme. ¿Me harás el honor de convertirte

en la señora Cavendish?

Ella sonrió y volvió a besarlo.

—Sí —susurró Chloe.

Capítulo 12

SEIS semanas después de volver de Irlanda, Chloe todavía se sentía como si estuviera subida a un tiovivo mágico.

Llevaba un anillo de compromiso con un diamante y Steven era cada vez más atento con ella.

Habían quedado por la noche para hablar de los preparativos de la boda y ella pasaría el fin de semana siguiente en casa de Steven para darle a Beth la noticia. Y ya no habría marcha atrás, se dijo, nerviosa.

En ese momento, sonó el teléfono.

—Aquí la ayudante de Steven Cavendish.

—Hola, Chloe, soy Helen.

Ella se inquietó al oír aquella voz familiar.

—Llamaba para felicitarte. Steven me ha contado que vais a casaros.

—Así es —respondió Chloe, que se preguntó cuándo habría visto Steven a Helen.

—Os deseo que todo os vaya bien —dijo ella—. Tú te portas muy bien con Beth, que es justo lo que Steven andaba buscando. Dile que se ponga, por favor.

A Chloe le entraron ganas de colgar, pero logró controlarse.

—Espera un momento. Voy a ver si está en el despacho.

En realidad, estaba segura de que él estaba allí, pero quizá no quisiera hablar con Helen. Pulsó el botón que activaba el interfono.

—Steven, es Helen Smyth—Jones, que quiere hablar contigo por teléfono.

—Muy bien, pásamela.

Ella hizo lo que le había pedido y luego se quedó mirando el teléfono con desagrado. ¿Qué querría Helen? Por el piloto encendido del teléfono, vio que hablaron largo rato. ¿Para qué tendría que hablar él tanto tiempo con su antigua novia?

En ese momento, le empezó a picar la piel de nuevo. Desde

hacía una semana, le picaba a menudo. Quizá sería alguna alergia, pero en cualquier caso, tenía cita con el médico a las cinco y media.

Finalmente, el piloto se apagó y se abrió la puerta del despacho de Steven.

—¿Tienes las cuentas que te pedí de París?

—Sí —ella le dio un montón de papeles que tenía sobre el escritorio.

—Gracias —dijo él, disponiéndose a volver a su despacho.

—¿Steven?

—¿Qué?

—¿Qué quería Helen?

—Al parecer, va a venir con un grupo de clientes al Waterside el próximo fin de semana y quería saber si yo podría hablar con Jamie para que los tratara especialmente bien. ¡Como si no tuviera otra cosa que hacer! —añadió, sacudiendo la cabeza—. No comprendo por qué no llama ella misma a Jamie.

Chloe sonrió, tranquilizándose al oír aquello.

—Por cierto —dijo Steven—, ¿vas a ir al médico a mirar lo del picor?

—Sí, me pasaré a ver al doctor Hallowell de camino a casa. Pero seguro que es una alergia al detergente o algo por el estilo.

—Muy bien. Ah, se me olvidaba. El viernes voy a ir a París para inspeccionar uno de los restaurantes. Volveré el sábado por la tarde. ¿Podrás quedarte con Beth? Es que la niñera me ha dicho que no puede quedarse el viernes por la noche.

—Está bien —dijo ella.

—Gracias, Chloe. Cuando hagas la maleta, mete algo para ponerte el sábado. Os llevaré a comer por ahí a Beth y a ti cuando volvamos de París.

—¿Cómo has dicho?

—Que os quiero llevar a comer el sábado. ¿No te acuerdas de que íbamos a darle a Beth la noticia de nuestra boda este fin de semana?

—Sí, claro. Me refería a que has dicho cuando *volvamos* de París.

—Ah, ¿sí? Pues me he confundido. Quería decir cuando vuelva de París.

Ella se dio cuenta de que él había evitado mirarla a los ojos al

decir aquello y tuvo la horrible sensación de que le estaba ocultando algo.

Mientras esperaba al doctor Hallowell, Chloe no podía quitarse de la cabeza la conversación con Steven.

¿Sería casual que él hubiera decidido marcharse a París justo después de hablar con Helen por teléfono? Y luego estaba lo de que hubiera dicho: «cuando volvamos de París».

Una y otra vez, había tratado de convencerse de que había sido solo una inocente equivocación. Pero el hecho de que luego Steven no se hubiera atrevido a mirarla a los ojos no dejaba de atormentarla.

Cuando la recepcionista mencionó su nombre, salió de su ensimismamiento y se puso contenta, ya que mientras el médico la atendiese, podría olvidarse durante un rato de lo que había pasado con Steven.

Capítulo 13

ESTABA embarazada, se repitió a sí misma cuando llegó a su apartamento. Se había quedado muy impactada al enterarse de que el picor en la piel se debía a que esperaba un bebé.

El médico le había explicado que se trataba de una reacción hormonal. Luego le había dicho que debía estar de unos dos meses más o menos. Por lo cual, debía haberse quedado embarazada aquella noche en que hicieron el amor en su apartamento.

Chloe miró la hora y comprobó que faltaba una hora para que Steven se pasara a recogerla. Pero no tenía ganas de verlo todavía. Quería pensar con calma cómo iba a decírselo, ya que no sabía de qué manera iba a tomárselo él.

Necesitaba consultarlo con la almohada antes de hablar con Steven, pero ya era tarde para cancelar su cita para cenar. Así que tendría que ir con él y pasar la noche lo mejor que pudiera.

Fue a ducharse y cambiarse. Cuando terminó, él ya estaba allí, diez minutos antes de la hora.

—¿Qué tal te ha ido con el doctor Hallowell?

—Bien. Solo era una alergia.

Chloe recogió su bolso.

—Estoy lista.

El Waterside estaba, como siempre, lleno, pero ellos no tuvieron que esperar ni un minuto.

Ya en la mesa, Chloe examinó el menú. Cuando llegó el camarero con una botella de champán, no le dejó que le rellenara la copa. No debía olvidar que las embarazadas no podían beber alcohol.

—Tomaré solo agua, gracias.

Una vez que se quedaron solos, levantó la vista hacia Steven.

—¿Qué tal la niñera de Beth?

—Bien. Ella está muy contenta con Paula.

Chloe asintió, recordando que había sido la última a la que había entrevistado.

Steven levantó su copa.

—Brindemos por nuestra boda. Que será… ¿en junio?

—Pero si ya estamos a mediados de junio —en realidad, no quería hacer planes hasta haberle dado la noticia de que estaba embarazada.

—Ya. Pero hay que fijar la boda cuanto antes.

Llegó un camarero y les tomó nota.

—¿Te parece que nos casemos entonces en julio? —insistió Steven—. ¿Y qué prefieres: casarte por la iglesia o por lo civil?

—Por lo civil, que es menos lío.

—Muy bien.

En ese momento, llegó un camarero y le dijo algo en voz baja a Steven.

—Lo siento, Chloe —se excusó él—. Jamie quiere verme en su despacho.

—Sí, claro.

Ella se lo quedó mirando mientras se alejaba y, en ese momento, sonó el móvil de Steven. Era Helen, según pudo leer en la pantalla.

Después de pensárselo un instante, contestó la llamada.

—Hola, cariño, quería comentarte algo sobre lo de París… —comenzó a decir Helen.

Chloe colgó, comprendiendo a qué se había debido el lapsus de Steven. Se iba a llevar a Helen a París.

—Me han llamado, ¿no?

La voz de él la sobresaltó.

—Sí —respondió ella, tragando saliva.

—¿Quién era?

—No lo sé —mintió, devolviéndole el móvil.

En ese momento volvió a sonar el teléfono, pero él no quiso contestar.

—No es importante. Ya dejarán un mensaje —dijo Steven, fijándose en que ella se había puesto muy pálida—. Chloe, ¿te pasa algo?

—No me encuentro bien —respondió ella—. ¿Te importa que nos vayamos?

—Claro —dijo él, haciendo una seña al camarero.

Jamie se acercó de inmediato para preguntarle a Steven si pasaba algo.

Pero Chloe no esperó y salió a toda prisa del restaurante. Se acercó al dique, preguntándose por qué le había afectado tanto aquello. Porque, al fin y al cabo, siempre había sabido que su matrimonio solo era una especie de trato, ya que él no la quería.

—Chloe, ¿te pasa algo? —le preguntó Steven, que había salido detrás de ella.

—No voy a casarme contigo —dijo ella en un tono frío.

—Pero eso no puede ser. Vamos al coche y hablemos.

—No hay nada que hablar —replicó ella, sacudiendo la cabeza.

Él le agarró con fuerza de la mano.

—¿Por qué?

—La que llamó hace un momento fue Helen, que quería hablar contigo del viaje a París.

—¿De qué viaje?

—Vamos, Steven, no soy tonta y sé que vas a París con ella.

—No es cierto.

—Entonces, ¿por qué ha mencionado ella lo de París?

—No lo sé, pero vamos a comprobarlo enseguida —Steven sacó su móvil y llamó a Helen—. He visto que me has llamado antes. ¿Qué querías? —sacudió la cabeza—. ¿Puedes repetirlo?

Steven le puso el móvil en la oreja de Chloe.

—Como me contaste esta mañana que ibas a París, quería pedirte que me trajeras algún bote de mi perfume favorito.

Él le quitó el móvil y colgó.

—Lo siento, Steven —se excusó Chloe—. Sé que eres un hombre honrado y que adoras a tu hija.

—Y también a su prometida. Chloe, nunca te haría algo así. No podría soportar perderte.

Ella se quedó petrificada.

—Entonces, ¿me amas?

—Por supuesto que te amo —aseguró Steven, mirándola con ternura.

—Oh, Steven —Chloe lo abrazó—. Yo también te quiero.

Se besaron apasionadamente.

—Pero, ¿por qué no me dijiste antes que me querías? —le preguntó ella—. Cuando me pediste que me casara contigo, pareció como si me estuvieras haciendo una oferta de negocios.

—Es que no quería asustarte al decirte lo que sentía por ti.

—Pues yo pensaba que era porque seguías queriendo a Helen.

—Nunca la he querido —aseguró Steven—. Nunca he sentido

por ella lo que siento por ti —añadió, besándola con ternura—. Sin embargo, sí tenías razón al sospechar que había algo raro en mi viaje a París.

Steven abrió la guantera y sacó un sobre.

—Mira, estos son nuestros billetes de avión a París. Chloe, quería darte una sorpresa.

Ella se abrazó a él.

—¡Oh, Steven, te quiero tanto!

Volvieron a besarse.

—Yo también tengo una sorpresa para ti —comentó ella con timidez.

—¿Qué sorpresa?

—Cuando empezaste a hablarme antes de la boda, no te contesté porque tengo que decirte algo importante —Chloe respiró hondo—. Estoy embarazada de dos meses, Steven. Me he enterado hoy.

Él se quedó muy serio, pero enseguida una enorme sonrisa iluminó su cara.

—Cariño, es maravilloso.

—¿No crees que quizá Beth no quiera tener un hermanito o hermanita?

—Ni hablar. Va a ponerse tan contenta como yo.

Steven la abrazó y la besó con ternura.

—Creo que al final he encontrado el Paraíso —susurró ella.